COLECCION SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO VI

COLECCION SELECTA
DE
Antiguas Novelas Españolas

TOMO VI

CASOS PRODIGIOSOS
y
CUEVA ENCANTADA

NOVELA POR

JUAN DE PIÑA

Con estudio biográfico y crítico
por
DON EMILIO COTARELO Y MORI
De la Real Academia Española

MADRID, 1907

PUBLÍCALAS LA
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO
Travesía del Arenal, 1—MADRID

IMPRENTA IBÉRICA, Á CARGO DE ESTANISLAO MAESTRE
POZAS, 12.—MADRID



INTRODUCCIÓN

I.

La gran rareza de las obras del famoso Juan de Piña, «el mayor y más antiguo amigo de Lope de Vega», como él se declaraba siempre; rareza ponderada por los eruditos D. Aureliano Fernández-Guerra (*Obras de Quevedo*, II, 476) y D. Cayetano Alberto de la Barrera (*Cat. del teatro español*, pág. 304), y de que es buena prueba el hecho de no figurar ninguna de ellas ni en el *Ensayo* de Gallardo, ni en el *Catálogo* de Salvá, ni en otras modernas bibliografías, ha sido parte á disipar el escrúpulo que sentíamos en dar al público una novela escrita en *culto*.

Sin embargo, lo insólito del caso, el ha-

ber ya aludido á dicho escritor en el prólogo del tomo IV de esta colección, con motivo de copiar un pasaje de Miguel Moreno á él referente, así como la declaración hecha al comienzo de esta *Biblioteca* de que no siempre escogeríamos textos que fuesen modelos de buen decir, pues aspirábamos á dar idea la más completa de lo que fué entre nosotros este género literario en el siglo XVII, con tal que el interés histórico, el filológico ó la simple curiosidad bibliográfica quedasen satisfechos, disculpan el haber dado nuevamente á luz estos *Casos prodigiosos*.

Entre las varias novelas de Piña hemos elegido ésta, por parecernos la menos enrevesada en el estilo y más original en la invención; por contener episodios muy extraños, y que, sin embargo, han sido hechos reales como aseguran el autor y sus aprobadores, y otros datos curiosos ó de interés para nuestra historia literaria.

Por último, creemos que ofreciendo la mayor variedad posible en estas publicaciones, no se empalagará tan pronto el gusto de los leyentes.

Y dicho esto, pasemos á bosquejar la vida

y escritos del que, á pesar de las cualidades referidas, pudo ser el amigo más íntimo del autor más claro y natural que ha tenido nuestra literatura.

II

Juan Izquierdo de Piña, ó simplemente Juan de Piña, pues de ambos modos solía él mismo designarse (1), nació en la villa de Buendía, provincia de Cuenca, hacia el año, que sólo damos como aproximado de 1566 (2).

De su familia poco sabemos. Sería probablemente deudo de un padre jesuíta, que lleva exactamente su mismo nombre, de Juan de Piña; era su coetáneo y aparece como aprobador de algunos libros, con residencia en el Colegio Imperial de esta cor-

(1) En sus *Novelas ejemplares*, por ejemplo, se nombra Juan de Piña en la portada, y añade el *Izquierdo* en la dedicatoria. Como escribano creemos que siempre se llamó *Juan de Piña* solamente.

(2) Hé aquí el lacónico articulo que D. Nicolás Antonio dedica al autor: «Ioannes Izquierdo de Piña natus in oppido Buendía, quod Lupus de Vega in *Lauru Appollinis*, silva I, testatur, cum regiae curiae, tum judicum qui religionem tuentur, notarius, scripsit praeter alia: *Novelas morales*, Matriti, 1624, 4; *Primera parte de varias fortunas*; *Primera y segunda parte de Casos prodigiosos*;

te. (1). Quizá fuese tío de nuestro novelista, quien debió dehaber hecho algunos estudios al menos de humanidades y filosofía, pues, con bastante frecuencia, alardea de conocimientos literarios, manejo de los clásicos y prácticas de las escuelas, como puede observarse en esta obra que reimprimimos, al hablar de las *Conclusiones* de San Sebastián (páginas 80 y siguientes) y de las que sostuvo en París el protagonista D. Juan Bernardo, (pág. 253).

Hizo, asímismo, los necesarios para reci-

Epitome de la explicación de las fábulas, primera parte. Matriti, 1635, in 4» (*Bib. nova*, I, 713).

El pasaje del *Laurel de Apolo* (1630) á que alude el insigne bibliógrafo, es el que sigue:

Dice Lope, celebrando los libros publicados por diversos ingenios:

> Alábese Buendía
> de los muchos que ha dado á la poesía
> *Juan Izquierdo de Piña*, á quien coronan
> las Musas que su ingenio perficionan;
> que en llegando á las Musas,
> todas parece que las tiene infusas:
> pero alabarle es vano pensamiento,
> que sus libros dirán su entendimiento.

(*Obras sueltas de Lope de Vega*: Madrid, 1776, tomo I, pág. 22.)

(1) Es uno el *Memorial de algunos efectos que el Santísimo Sacramento de la Eucaristía causa en el alma... Por Fr. Alonso de Chinchilla, monje Benito de San Martín de Madrid. Madrid, por Alonso Martín, 1611*, en folio. La aprob. del *P. Juan de Piña* lleva la fecha 16 de Mayo de 1611.

birse como escribano *de Provincia*, ó sea lo que hoy se llama *de actuaciones*, aunque también otorgaban los tales como notarios, al igual de los demás *escribanos de número* y *reales*.

Como escribano de S. M., se nombra ya en 2 de Julio de 1594, al contraer matrimonio con Estefanía Ordaz (1), de quien no tenemos otras noticias. Es indudable, pues, que se engañó, Andrés de Claramonte, cuando por los años de 1612, loando en su *Letanía moral* á los principales poetas de entonces, menciona á Juan Izquierdo de Piña, como «Alguacil de casa y corte», cargo subalterno que no ejerció nunca.

No obstante lo ingrato de sus habituales ocupaciones, Piña rendía culto á las Musas, afición nacida probablemente de su amistad estrechísima con Lope de Vega, cuyo espíritu de tal modo influía sobre los que le rodeaban, que perdían su propia naturaleza, transformándose en lo que el *Fénix* quería hacer de ellos.

---

(1) «En 2 de Julio de 1594 casó Juan de Piña, escribano de S. M., con Estefanía de Ordaz.» (Archivo parroquial de Santa Cruz. *Libro 2.º de matrimonios*, fólio 171.)

La amistad con Lope debió de comenzar pronto, acaso á la vuelta del destierro que el gran poeta sufrió por las sátiras contra su antes amada *Filis*. Es lo cierto que Piña aparece ya celebrando, en 1599, con una décima el *Isidro*, poema de Lope de Vega, publicado en dicho año. (1). Y sucesivamente elogia con sus versos las demás obras de Lope, como *La hermosura de Angélica*, con una décima, en 1602, *El peregrino en su patria*, en 1604, con unas redondillas á que contesta Lope con otras; las *Rimas*, en 1605, con un soneto; la *Jerusalém conquistada*, en 1609, dándose ya Piña el dictado de *Secretario*; *Los pastores de Belén*, en 1612, y otras que ya diremos

Al mismo tiempo eran solicitados sus versos para ornamento de otros libros, como el

(1) Como estas poesías laudatorias casi nunca tienen valor estético, sólo copiaremos á guisa de ejemplo, ésta y por ser la primera obra conocida de Piña:

Para tan buen labrador
Vega tan hermosa y bella,
que hoy á Isidro nace en ella
nueva gloria y nuevo honor.
El cielo, el arte, el primor,
en vos, Vega, han producido
un divino Abril florido,
para Isidro eterna gloria,
pues dáis al mundo su historia
libre de muerte y olvido.

Viaje entretenido, de Agustín de Rojas, en 1603, que lleva una décima de *don* Juan de Piña, y en 1605, con una glosa la *Relación de las fiestas que la imperial ciudad de Toledo hizo al nacimiento del príncipe N. S. Felipe IV, deste nombre* (1), en que también hay poesías de Lope, Gaspar de Barrionuevo, Elisio de Medinilla, Julián de Armendáriz, Lucinda Serrana, doña Isabel de Figueroa y otros menos conocidos.

Algunos años después, en 1615, así el padre como sus hijos D.ª Clementa y Jacinto de Piña, concurrieron al certamen poético que el convento de Carmelitas descalzos de San Hermenegildo de Madrid, promovió para festejar la beatificación de Santa Teresa de Jesús, y en el que no figuran, entre 45 poetas (además de Lope, verdadero organizador de la fiesta literaria), más nombres de importancia que Miguel de Cervantes, Vicente Espinel, el maestro Valdivielso y el doctor Collado del Hierro (2). En 1617 loó

(1) *En Madrid, por Luis Sanchez. Año del Señor,* M.DC.V, 4.º, 4 h. prels. y 86 foliadas. Contiene versos de 34 poetas, sin los elogios que van al principio del tomo.

(2) *Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de*

con una décima, llamándose «Familiar del Santo Oficio» el poema en octavas de la *Limpia Concepción de la Virgen Señora nuestra*, por Baltasar Elisio de Medinilla (1), tan amigo de Lope.

Eralo también el Licenciado D. Francisco de Herrera Maldonado, pues le dedicó en 1620 su traducción del Sannazaro (2), como á jefe y corifeo de toda la grey poética española, á quienes elogia en interesante episodio intercalado en su libro. Acerca de nuestro novelista, dice:

N. B. M. Teresa de Jesus, fundadora de la Reformación de descalzos y descalzas de N. S. del Carmen, en prosa y verso... Por Fray Diego de San Joseph. Impreso en Madrid por la viuda de Alonso Martin. An. 1615. 4.°, 5 h. preliminares, más 98 y 232 foliadas.

(1) Impreso en Madrid por la viuda de Alonso Martín, á costa de Alonso Pérez, en 8.°, con 16 hojas prels., 86 de texto y otras 8 de elogios poéticos al final.

(2) *Sanazaro español. Los tres libros del Parto de la Virgen nuestra Señora. Traduccion castellana de verso herayco latino. Por el Licenciado D. Francisco de Herrera Maldonado, Canónigo de la Santa Iglesia Real de Arbas de León, y natural de Oropesa. A Lope de Vega Carpio, Fiscal de su Santidad en su Camara Apostólica. Con privilegio. En Madrid. Por Fernando Correa de Montenegro. Año de 1620.* 8.°, 16 h. prels. y 79 foliadas. El elogio de los ingenios de España, comienza en el folio 57.

Por escuchar á *Piña* el sol se para,
porque es su lengua de elocuencia rayo,
luz radiante de esplendor de Apolo,
sólo en cordura y en ingenio sólo.

Por donde vemos alabado á Juan de Piña como orador, especie nueva, y que quizá nos explique la exaltación admirativa con que habla siempre que puede de la facundia elocuente de D. Francisco de la Cueva y Silva, que pasaba entonces por ser el Demóstenes español.

Esta cualidad de oradores debía de ser común á la sazón entre los escribanos, acostumbrados á hacer verbalmente la relación de las causas ante la sala de alcaldes, pues hemos visto celebrar, por serlo también en grado eminente, á Miguel Moreno, hasta por D. Nicolás Antonio. Moreno era escribano de Provincia, como Piña. (1).

Con fecha 28 de Abril de 1617, aprueba Juan de Piña, por el Consejo de Castilla, la novena parte de las *Comedias*, de Lope de Vega. Cabalmente por entonces llegaba al grado más alto su intimidad con el Fénix de los Ingenios, hasta el punto de interve-

(1) Véase la introducción al tomo IV de esta *Colección de novelas antiguas*.

nir en sus inconfesables amores con doña Marta de Nevares. En una de las cartas reservadas de Lope al Duque de Sessa, le cuenta haber cenado cierto día en casa de Juan de Piña, que había obsequiado de igual modo á doña Marta, á quien Lope hace «comadre» de Piña. Y muy poco después, el 26 de Agosto del referido año de 1617, doña Clementa Cecilia de Piña, hija del novelista, es madrina en el bautismo de Antonia Clara, vástago infeliz de aquellos reprobados amores de Lope, que llevó por padrino nada menos que al primogénito del duque de Sessa, su gran favorecedor.

Las relaciones de Juan de Piña y Lope de Vega, habían sido muy estrechas en todo tiempo. Piña le acompañaba siempre en sus expediciones y giras á las afueras de Madrid y aún á Toledo. Ante él, como escribano, otorgó Lope los documentos de carácter más privado, como sus escrituras de arras á su mujer doña Juana Guardo; el testamento de esta señora, en 1613, es autorizado por él, lo mismo que todas las obligaciones y contratos relativos á la constitución de dote y profesión de Marcela, hija de Lope, y el primer testamento de éste en

4 de Febrero de 1627, á raíz de una grave enfermedad, en que lega á su amigo «cincuenta cuerpos de libros» de su biblioteca á elección del legatorio. Hasta unos cincuenta documentos de esta clase se conocen otorgados todos ante Juan de Piña (1).

Su adoración, su delirio por Lope (en lo cual le seguían la totalidad de los españoles, aunque no fuesen literatos) es una especie de idolatría. No sólo en elogios poéticos (2), sino en todas las obras, que luego examinaremos, intercala sus ditirambos, como puede observarse en la presente. (Páginas 95 y siguientes).

En la titulada *Varias fortunas*, impresa en 1627, estampó en el prólogo estas curiosísimas palabras que añaden alguna luz sobre el carácter y portentosa facilidad de Lope.

---

(1) Pueden verse en la *Nueva biografía de Lope de Vega*, escrita por D. Cayetano Alberto de la Barrera, y publicada por la Real Academia Española. Madrid, 1891, folio.

(2) En 1618 elogió también con cuatro quintillas el *Triunfo de la fe en los Reynos del Iapon, por los años de 1614 y 1615. Año 1618. Con licencia. Por la viuda de Alonso Martin.* 8.°, 8 hojas preliminares, 8 al fin y 104 foliadas. Va dedicado al cardenal de Sandoval, y lleva un prólogo: «Al Tito Livio cristiano, luz de la Historia de España, el P. *D.* Juan de Mariana.»

«Colocar alabanzas del Fénix á quien eran debidas, á quien por raro milagro las había concedido el cielo, testigo de su inmenso poder, admiración de los valientes golpes de su pincel divino, y no fiándolas de mi ingenio, si debiera de mi amor, dijo así:—En seis mil años quiso el Hacedor de los cielos y demás cosas criadas dar al mundo la maravilla de sus excelencias en hombre humano, difícil creer que no sea divino. En seis mil años no ha hecho ninguno que le imite y en otros tantos, si los viviese el mundo, no ha de lograr igual: siglos de oro felicísimos los que merecieron tan alto bien. Mil y quinientas comedias á imaginaciones y desvelos ha hecho, que en lo diverso parecen de otros tantos dueños. Seiscientos autos divinos; bien divinos y bien diversos. Cuarenta y cuatro libros de sus excelencias impresos; y á no haber introducido la envidia estorbo fueran tantos como las comedias. De las obras sueltas ocuparán el mismo número; imposibles de juntar esparcidas y adoradas en las más remotas naciones, cuyo dueño está laureado en el Campidolio romano.

»De ninguna de estas obras (perdone el

Tostado) le ha hecho borrador ni enmienda: todo sin él le sirve, y obedecen esclavos versos y locuciones; y lo más admirable, digno de alabanzas eternas; una comedia de doce pliegos escribe en los desmedros de las competencias á que no descaezca el autor á quien ampara. En dieciocho horas, testigo soy de vista y de vistas muchísimas veces, dieciséis hojas en cada seis horas, que, habiendo oído esta monstruosidad, y no creyéndola, en mi mala intención, tuve traza como poderlo ver sólo. — Corrríase el mal intencionado de nombrar el dueño de tales excelencias y decir, cosa excusada, que era el insigne, el divino Lope de Vega Carpio, único, como el fénix del mundo y el sol del cielo; sin quien le imite, ni suceda; por quien dijo un poeta, en lo que le toca de este verso:

Un mundo, un poeta, un Dios.»

Lope pagó tanta adhesión, con la celebridad que envuelve á todo lo que atañe al hombre milagroso, y con la dedicatoria de algunas obras á su amigo y á sus hijos. En 1619 ofreció á Jacinto de Piña la comedia *El desposorio encubierto*, impresa en la *Par-*

te XIII de su colección, en 1620. Al siguiente consagró «A doña Ana de Piña, hija de Juan Izquierdo de Piña, Secretario de Provincia» la titulada *El hidalgo abencerraje*, que se halla en la *Parte XVII*, y en el mismo año de 1621 enderezó «A Juan de Piña, *su mejor amigo*» la del *Dómine Lucas*, que pertenece al mismo tomo y parte y con las frases más afectuosas (1). En la *Filomena* hay nna carta de Lope á D. Juan de Piña y en sus *Rimas* dos sonetos y una canción al mismo.

En uno de ellos, maravillándose Lope de la facilidad con que algunos hombres cam-

(1) «Sale á luz con el nombre del mayor amigo. Saben muchos que lo es v. m. y sería censada la disculpa de no ofrecerle cosas mayores, más dignas de su ingenio... que en tantos años de amor fuera locura; y más añadiendo á las amistades, recibidas tantas obligaciones, que solo le ha faltado á v. m. haber escrito la mitad de mis versos; porque en las elecciones, disposiciones y pensamientos siempre le he debido la mejor parte, y con su consejo, puesto en el papel con menos miedo la pluma... Para amar á los amigos dijo [Plutarco] que era necesario buen juicio (aqui entiendo en el escogerlos), deleite con él conversarlos y seguridad de su ánimo en las necesidades quese ofreciesen; todas tres partes he hallado en v. m. confirmadas en tantas ocasiones, que, como este amor comenzó á los principios de la vida, tendrá la misma fuerza hasta los últimos fines de su término.»

biaban de parecer y trocaban amistades en odios, exclama dirigiéndose á Piña:

> Pues eres tan discreto cortesano
> que penetras las cosas más sutiles,
> dime, para que yo no estudie en vano:
> ¿En qué consiste haber hombres tan viles,
> que quien ayer con Héctor fué troyano,
> hoy pueda ser tan griego con Aquiles?

A 19 de Marzo de 1620 se celebró en Madrid una justa poética para solemnizar la beatificación de San Isidro. Entraron en ella todos los mejores ingenios que había entonces en Madrid, y á ella concurrieron, aunque no obtuvieron premio alguno, Juan de Piña y su hijo «El *Licenciado* Jacinto de Piña» que, por lo visto, era ya sacerdote (1). Obtuvo este joven un segundo pre-

(1) Constan sus nombres y poesías en la *Ivsta Poética y Alabanzas justas que hizo la insigne Villa de Madrid al bienaventurado San Isidro en las Fiestas de su beatificacion, recopiladas por Lope de Vega Carpio. Dirigidas á la misma insigne Villa. Año 1620 En Madrid por la viuda de Alonso Martin. Vēdese en la calle Santiago en casa de Alonso Pérez, mercader de libros*. 4.°, 8 h. prels. y 140 foliadas. Fué reimpresa en el tomo XI de las *Obras sueltas* de Lope, edición de Sancha. En las páginas 448 y 497 están el soneto y quintillas que presentó Juan de Piña y en la 568 la glosa del Licenciado Jacinto de Piña, su hijo. En el *Romance* en que

mio, el siguiente año, cuando se celebraron las suntuosas fiestas al declararse la canonización del nombrado Santo, á la vez que las de Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, todos españoles (1).

El padre hizo los versos para la inscripción del convento de Carmelitas descalzos.

Lope enumeró los concurrentes al certámen, dijo:

Las de *Jacinto de Piña*
tienen por armas ajenas,
y es Juan de Piña su padre
(no es esto amor) gran poeta.
Todas las cosas criadas
sus semejantes engendran,
no es mucho si el padre es sol
que el hijo rayo parezca.

(1) *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la Canonización de su Bienaventurado Hijo y Patrón San Isidro con las comedias que se representaron y los versos que en la justa poetica se escribieron. Dirigida á la misma insigne Villa. Por Lope de Vega Carpio. Año 1622.* (Al fin.) *En Madrid. Por la Viuda de Alonso Martín. Año de 1622.* 4.°, 28 h. prels. y 156 foliadas. Reimprimióse esta *Relación* en las *Obras sueltas* de Lope, edición de Sancha, tomo XII. En la p. 380 está la glosa del Licenciado Jacinto de Piña, de quien nos dice Lope en el *Romance* en que cita los premios de la fiesta.

Dad á Jacinto de Piña
rosas y jacintos bellos,
pues con *mayores estudios*
honra vuestro monte excelso.
No busque á Apolo en laureles
quien quisiere escribir versos,
búsquele en pinos, que ya
piñas sus vacas se han vuelto.

Juan de Piña concurrió igualmente á otra justa poética verificada al mismo tiempo por el Colegio Imperial de Madrid en honor de los dos santos de su religión, San Ignacio y San Francisco de Borja (1).

(1) *Relación de las fiestas que ha hecho el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid en la canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier. Por D. Fernando de Monforte y Herrera... En Madrid por Luis Sánchez. Año de 1622.* 4.°; 4 h. prsls. y 74 foliadas. Lope de Vega hizo también de Secretario en este certamen.

III

Dedicóse luego á la composición de sus novelas, que en número de siete cortas, dió á luz en 1624, con el título de *Noveles ejemplares* (1), acompañándolas de la comedia

(1) *Novelas | exemplares, | y prodigiosas historias. | De Ivan de Piña escrivano | de Prouincia de la Casa y Corte de su Majestad, Fa- | miliar y Notario del Santo | Oficio. | A Luis Sanchez García Secretario de la santa, | suprema y general Inquisicion.* (Adorno de imprenta.) *Con privilegio, | En Madrid, Por Iuan Gonçález. | Año M.DC.XXIIII* (1624).

4.° 4 h. prels., 127 foliadas. «Tabla de las Novelas que contiene este libro: 1. *La Duquesa de Normandía*; 2, *El celoso engañado;* 3, *Los amantes sin terceros;* 4, *El casado por amor;* 5, *El engaño en la verdad;* 6, *Amar por ejemplo;* 7, *El matemático dichoso;* 8, *Epílogo de estas novelas.*» Este último no es novela, sino una serie de reflexiones y casos históricos que no se adivina á qué fin son puestos. En esta tabla omite el autor lo que en el texto llama *Novela sexta, Del amor por ejemplo*, que, en realidad no es más que una corta introducción á la comedia *Amar y disimular*, que la sigue, y está en tres jornadas en verso.—Suma de la tasa (cuatro mrs. pliego: tiene 33). Madrid, 18 Septiembre, 1624.—Fe de erratas: Madrid, 14 de íd.—Suma del privilegio por diez años: Madrid, 19 Junio, 1624.—Censura del Maestro Sebastián de Mesa,

Amar y disimular. Cómo Juan de Piña, amigo íntimo del claro, del diáfano Lope de Vega, pudo concebir y realizar el propósito de escribir unas novelas en estilo culterano, es punto que no sabremos explicar. El culteranismo que imperaba ya en la poesía, sólo se había manifestado en la prosa con algunos sermones, discursos y aprobaciones de libros; pero en la novela, aunque ya se escribía en estilo afectado y artificioso, no había aún resueltamente recibido la influencia gongorina. El deseo, pues, de innovar fué, á lo que presumo, el que, movió á Juan de Piña á cambiar el modo de escribir la prosa novelística.

Desde luego causó alguna sorpresa la novedad, pues el mismo aprobador de su primera obra, el Mercenario Fr. Alonso Remón, decía: «El autor, deseando correr con el estilo de los enigmáticos, que eran las letras que la gentilidad egipcia llamaba sa-

Cura de la Iglesia de San Justo: Madrid, 26 Abril, 1624.—Aprobación (Es la lic. del ordin.): Madrid, 28 Abril, íd.—Aprobación del P. M. Fr. Alonso Remón: Madrid, 23 Mayo, 1624.—Dedicatoria, sin fecha, firmada por Juan *Izquierdo* de Piña.—A todos.—Texto.—Epílogo.—Colofón: *En Madrid,* | *Por Iuan Gonçález.* | *Año M.DC.XXIIII.*

cras, y esta edad *cultos,* muestra que no ha hecho este libro por hacer libro, sino por hacerle libre de la censura del vulgo, á quien salía sujeto si saliera más vadeable.»

Sin embargo, el culteranismo de Piña es *incompleto.* No emplea las frases y vocablos latinizados ni abusa de la transposición y retorsión del período, pero conserva las alegorías, extrañas metáforas, empleo excesivo de la mitología y de las imágenes tomadas de la naturaleza y sus fenómenos. Lo que, sobre todo, caracteriza y hace singular su lenguaje, es que, buscando una concisión innecesaria, suprimió algunos verbos y adverbios donde su falta quita gracia y flexibilidad al período. En la presente reimpresión estuvimos tentados á ponérselos, con lo cual, en muchos casos, quedaría el párrafo natural, pero optamos por respetar el texto (1).

Tan poco acepta fué aquella innovación, que en el prólogo de la obra que el novelista

(1) Del mismo defecto le acusa su compañero de profesión Miguel Moreno, en el pasaje á que nos hemos referido antes, diciendo: «Expresar un sutil concepto *con los verbos inexcusables* en el romance castellano de manera que se ofrezca hermoso y el entendimiento que lo va percibiendo quede descan-

conquense publicó poco después, en 1627, quiso defenderla y nos dió muy bien recopiladas las objeciones que á su estilo se hacían:

«Decía el mal intencionado, no el bien, que estaba remediado el mundo con su arbitrio del oro y plata y que no se imprimiesen epítomes ni novelas, y que yo mirase las mías, que eran tropelías escritas sin verbos; todo sutilezas sin adjetivar, lenguaje extraordinario, si excelente... y que era preciso leerlas para su inteligencia tres ó cuatro veces.»

Más adelante, añadía el mal intencionado estas juiciosas y á la vez donairosas palabras. «Yo tomo su libro, voy leyendo la fábula; escurece el asunto; hace piedra lo culto; dilátale con digresiones enigmáticas; hállome cansado de mi ejercicio; quiero leer y no trabajar, entretenerme y no cuidar desvelos y breves luces. A quien sólo desea aflojar la cuerda, deleitarse un poco, ¿de

sado, es elegancia magistral; pero quitarle la dulzura y gracia con la dureza escabrosa de su transposición y *ususpación de verbos*, es indignar á la inteligencia y al gusto en vez de irles obligando». (*Novelas de Miguel Moreno*, Madrid, 1906, pp. VIII y IX.)

qué sirven laberintos y escuridades? Sepa que el fin desto es arrojar el libro con media docena de maldiciones y una de injurias al que tales esferas eligió.»

Como esto no tenía respuesta, Piña, al igual los demás culteranos, sólo se exculpa ó defiende con sarcasmos, motes de ignorantes y vulgares á los opuestos y con ponderar los primores de expresión que su lenguaje encierra.

En honor de la verdad, debemos decir que Juan de Piña no es tan culto y oscuro como nos quiere hacer creer. He observado que acumula todas sus arcanidades y confusiones en los primeros capítulos ó párrafos de sus obras. Arrastrado luego por la fuerza de la narración y lo dramático ó interesante de los sucesos olvida sus prevenciones cultas y cuenta bastante bien. Así en las seis novelas que forman el tomo de sus *Ejemplares,* la primera: *La Duquesa de Normandía,* es más complicada en el estilo que la segunda, *El celoso desengañado*, y ésta más que las siguientes. La del *Casado por amor*, que pica en satírica y aun en burlesca, se lee sin dificultad. La del *Matemático dichoso* es mucho más clara que interesante.

Es también jocosa y no mal urdida la tercera de *Los amantes sin terceros*, aunque el asunto no corresponde al título; y no desdice de las mejores del tomo la del *Engaño en la verdad*.

Lo mismo puede observarse en la obra presente en que las dificultades de inteligencia son mayores en las primeras páginas; y así en las demás que el autor dió á luz, que fueron las que siguen.

Tres años después otras cuatro novelitas con el título de *Varias fortunas* (1), menos interesantes que las anteriores, aunque no

(1) *Varias | fortvnas | Dedicadas á Nvño Díaz | Mendez de Brito, Cavallero de | la Casa de su Magestad, en el Reino | de Portugal. | Por Ivan de Piña, Escrivano de Provincia, de la Casa y Corte de su Majestad, | Familiar del Santo Oficio.* (Escudo.) *Con privilegio. | En Madrid, por Iuan Gonçález. Año M.DC.XXVII.*

4.° 8 h. prels. y 98 foliadas. A continuación, con nueva foliatura (23 h.) va la comedia de *Las fortunas del Príncipe de Polonia.*—Suma de la Tassa (cuatro mrs. pliego): Madrid, 7 Junio, 1627.—Fe de erratas: Madrid, 7 Junio 1627.—Suma del privilegio: Madrid, 22 Mayo, 1627.—Aprob. del Maestro Valdivielso: Madrid, 18 Abril, 1627. — Otra del Maestro Gil González Dávila: Madrid, 27 Abril, 1627. — Otra del Dr. D. Juan de Mendieta.—Dedicatoria del autor. (Recuerda al padre del Mecenas, Héctor Méndez de Brito.)

Prólogo al mal intencionado. «Trataba yo de dar

peor escritas. Sólo el asunto de la primera de ellas, *Las fortunas de Don Antonio Hurtado de Mendoza*, es español; las demás llevan los títulos de: *Fortunas del segundo Orlando; Fortunas de la Duquesa de Milán, Leonor Esforzia* y *Próspera y adversa fortuna del tirano Guillermo, Rey de la Gran Bretaña.*

Dedicólas al caballero portugués *Nuño Díaz Méndez de Brito,* á quien así como á su padre, el rico asentista Héctor Mèndez de Brito, se confiesa Piña muy obligado. Al mismo Nuño ofreció, como se ve, la obra ahora reimpresa. La razón de esta preferencia, así como la clase de favores que de esta familia recibió el autor, los apunta cla-

---

al molde la segunda parte (de sus *Novelas*): fuí á una imprenta de letra nueva, que esto de novedad arrebata como el primer móvil á los demás cielos. Hallé al mal intencionado imprimiendo un memorial de arbitrios, para consumir los epítomes, las Novelas y la moneda de vellón... Decía el mal intencionado, no el bien, que estaba remediado el mundo con su arbitrio del oro y plata y que no se imprimiesen epítomes ni novelas y que yo mirase las mías que eran tropelías escritas sin verbos; todo estilezas sin adjetivar, lenguaje extraordinario, si excelente...», etc. (Sigue el elogio de Lope, que también hemos copiado en lo principal).—*Tabla de lo contenido en este libro.*—Texto.

ramente en el texto de la segunda parte de estos *Casos prodigiosos*, diciendo:

«Así parecía á Ricardo que los príncipes á quien los escritores ingeniosos y divinos poetas habían eternizado en sus elevaciones y desvelos, imitaban al sol, eran buenos para soles. Esto dirá el autor del caballero de la casa de S. M. en el reino de Portugal, Nuño Díaz Méndez Brito, hijo del grande Héctor Méndez Brito; adquirido este renombre por su valor y mano pródiga, que la ha tenido y tiene, imitando á su padre, Mecenas mío; dándome mucho más de lo que costaban las impresiones de los dos libros, dirigidos á su valor, nobleza y alma generosa; de las *Varias fortunas* y *Casos prodigiosos y Cueva encantada*, siempre yo corto en sus alabanzas; si bien lo menos debido á mi obligación será proseguirlas y dirigirle otros libros que presto daré á la imprenta. Príncipe le hallo para mí, y príncipe en las acciones reales, sirviendo á más que S. M. en el proveimiento de su Palacio y socorros á millones de Italia y Flandes.»

Ni aun esta obra en que le alaba, pudo dedicarle Piña, por haber fallecido Nuño Díaz

antes de estamparlo, en el mismo año (1629), por lo cual hubo de cambiar su dirección á su hermano Francisco Díaz Méndez de Brito, que le sucedió en la casa.

IV

La primera parte de los *Casos prodigiosos* fué publicada, como se vé, en 1628, libro que no describimos porque va literalmente reproducido á continuación de este prólogo; y al siguiente año la segunda parte de los mismos (1), menos variada y cree-

(1) *Segunda | parte de los | Casos prodigiosos. | A Francisco Díaz | Mendez de Brito, | Cavallero de la Casa de sv Magestad | En el Reyno de Portvgal por Ivan de Piña, | Escrivano de Provincia | en la Casa y Corte de sv Magestad, | Notario y Familiar del | Santo Oficio. | Con privilegio: | En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. | Año de M.DC.XXIX.*

4.° 4 h. prels. y 88 foliadas.—Suma del Privilegio: Madrid, 30 Octubre 1629.—Fe de erratas: Madrid, 12 Noviembre 1629.—Suma de la Tasa: Madrid, 14 Noviembre 1629.—Aprobación del Padre Fr. Julián Abarca, trinitario: Madrid, 5 Mayo 1629.—Otra de D. Juan de Jáuregui: Madrid, 2 Junio 1629.—Dedicatoria del autor: sin fecha. («A Nuño Díaz Méndez de Brito, hermano de v. m. y bienhechor mío llevó Dios. Teníale dirigido este libro, segundo de los *Casos prodigiosos*, como el primero, y otro de *Varias fortunas;* hijo como v. m. del grande Héctor Méndez de Brito; grande por su valor y merecimientos en España y las más remotas naciones: tanto aprecio hicieron de su per-

mos que peor escrita. Ocupa la mayor parte del tomo una historia de cierta reina Porcia de Inglaterra y su hijo Ricardo, y que es la misma que la de Inés de Castro, con la diferencia de que la matadora de la inocente Isabela es la misma reina Porcia, pues el Rey, padre de Ricardo, era ya fallecido. Otro de los episodios, el de Laura y Carlos, es muy semejante á la novela de

---

sona, entendimiento y prudencia, por el varón más insigne y *más rico* que floreció en el orbe, con que tan dignamente adquirió el nombre de *Grande*... V. m. es el mayorazgo de la casa de su padre, en cuyas obligaciones generosas y poder con las de su hermano ha sucedido. Sabía esta dirección y no quise faltarle en la muerte por no haberme faltado en la vida... V. m recibirá este leve servicio que, no sin desvelo sutil, donde se halla ilustrísima la lengua española, tuve atrevimiento de hacer dueño y amparo suyo á v. m., á quien guarde Dios muchos años»).—Prólogo: «No pudiera haber dado principio al *Discurso* de la pura y limpia Concepción de Nuestra Señora la Virgen María... (que ya se imprime), si no lo hubiera estudiado en uno de los mayores devotos. .» (Todo el resto del prólogo es un elogio y biografía del P. Hortensio Félix Paravicino de Arteaga.—Texto.

Al final añade: «Con esto se da fin á la segunda parte de los *Casos prodigiosos*, para dar principio á la *Historia del Santo Rey*, que fué adorado de sus vasallos, temido de sus enemigos; y colocada con decoro, será codiciada la verdad, gloriosa entre lucientes perlas y fondosos diamantes á pesar del ceño de la envidia y de la ignorancia».

La Duquesa de Normandía. Pero en la última parte no deja de contener algunos casos curiosos, aunque poco verosímiles, que el autor da por verdaderos por haberlo así leído.

En los años que mediaron hasta que Juan de Piña dió al público la última de sus obras conocidas, hallamos que contribuyó con una poesía á ensalzar el acertado tiro de arcabuz con que Felipe IV mató un toro bravo en la Plaza del Parque, el 13 de Octubre de 1631. El toro había triunfado de un tigre, un león y un oso, encerrados con él en la plaza. D. José de Pellicer recogió la poesía de Piña con otras muchas de los principales ingenios madrileños que, en número de 89, celebraron el suceso (1).

En 1632, á la vez que Montalbán escribía su elogio en el *Para todos* (2), ponderaba

(1) *Anfiteatro de Felipe el Grande... Contiene los elogios que han celebrado la suerte que hizo en el toro en la fiesta Agonal del 13 de octubre deste año de 1631... En Madrid por Juan González* (1631), en 8.º, 12 h. prels. y 80 foliadas.

(2) «185—Juan de Piña, escribano de Provincia, Familier y notario del Santo Oficio; ingenio raro y poeta grande. Por una senda trillada de pocos dió á la estampa cuatro libros, que son: *Novelas morales; Primera parte de Varias fortunas; Pri-*

Piña la obra de su jefe el alcalde de corte D. Juan de Quiñones, *El monte Vesubio* (1) que en aquéllos días había experimentado una terrible erupción, ocasionando gran número de víctimas y otras desgracias.

El grande uso que Piña hacía de los lugares mitológicos y manejo de los libros que los contenían, inspiróle la idea de reducirlos á método y orden, quizá para utilizarlos con mayor presteza en sus escritos.

---

mera parte de Casos prodigiosos; y tiene para imprimir; *Vida y muerte de Santa Juana de la Cruz,* en octavos; *Epítome á las Fábulas de la antigüedad,* moralizando cada una; *Epítome á la Historia del rey D. Juan el segundo;* segunda parte de las *Varias fortunas* y un tratado de la *Concepción de Nuestra Señora*; fuera de muchos versos y comedias que ha hecho; aquellos elegantes y estas ingeniosas, obras todas que descubren muy claramente ser hijas de su singular ingenio y grande facilidad. pues en los pocos ratos que le deja desembarazado la forzosa y continua ocupación de su ejercicio ha escrito y escribe todo lo referido» *Para todos:* edic. de Sevilla, 1645; p. 270 (por error 184).

(1) *El monte Vesubio, ahora la Montaña de Soma, dedicado á D. Felipe IV el Grande, nuestro señor Rey catolico de las Españas... por el Dr. Juan de Quiñones, alcalde de su casa y corte. Con licencia en Madrid, por Juan Gonzàlez. Año 1632.* 4.°, 2 h. prels., 36 foliadas y 14 al final con los versos laudatorios. Tiene 23 elogiadores; los principales de la Corte.

Tal parece ser el fin del opúsculo titulado *Epítome de las fábulas de la antigüedad* (1) que tenía ya compuesto y aprobado á principios de 1628, pero que no dió á luz hasta siete años más tarde, titulándolo primera parte. No publicó la segunda ni hizo falta;

(1) *Epitome | de la | primera parte | de las fábvlas de | la Antigüedad, con una glosa en | cada una, y la de Endimión, y la | Luna sin Epitome | Dirigido á Don Pedro | Messia de Touar, de la Orden de San | tiago, Conde de Molina de | Herrera. | Por Iuan de Piña, Escriuano de Prouin- | cia, de la Casa y Corte de sv Magestad, | Notario, y Familiar del San- | to Oficio. | Con privilegio. | En Madrid. En la Imprenta del Reyno. Año 1635.*

4.º 4 h. prels. y 55 foliadas. Al fin: «En Madrid. | En la Imprenta del Reyno. | Año M.DC.XXXV».—Fe de erratas: «Madrid, Otubre 8 de 635 años» (El Licenciado Murcia de la Llana).—Suma de la tassa (cuatro mrs. pliego: 15 pliegos): Madrid, 16 Octubre 1635.—Suma del privilegio, por diez años á Piña: 20 Julio 1628.—Aprob. 11 Abril 1628: D. Lorenzo Vander Hammen y León.—Aprob. Madrid, 4 Junio 1628: D. Juan de Jáuregui.

Dedicatoria de Piña.—Prólogo: «Este y los otros librillos del autor, padecen dolencia de lo encaramado».—«Este libro es el quinto; y será el sexto *Dichas y desdichas de la vida*, y el séptimo el *Epitome á la historia del señor rey D. Juan el II*, que ya se imprimen. Otro de *La pura y limpia Concepción*, á diferencia de cuanto se ha esparcido».

Empieza con la fábula de Endimión y la Luna.

En el Epítome introduce á D. Juan Bernardo, héroe de los *Casos prodigiosos* (primera parte) que va formulando su contento ó descontento acerca de lo sustancial de las fábulas. La obra desde aquí

porque la impresa es de tan pesada lectura como todos los libros de su género, que sólo pueden soportarse cuando son los grandes poetas griegos ó latinos los que nos cuentan aquellas fábulas.

---

es un tratado de mitología. El lenguaje parece algo más claro que en otras de sus obras.

Recuerda á D. Francisco de la Cueva en términos del mayor elogio, y copia un soneto de Lope á su muerte. Le llama «el mayor orador del mundo; jurisconsulto peregrino, honor de España y del mundo: el sabio D. Francisco de la Cueva y Silva».

V

For los mismos días en que Piña corregía la impresión de este trabajo, fallecía su grande amigo el Fénix de los ingenios, el día 17 de Agosto de 1635. Pudiera sospecharse que la vieja amistad entre ambos se había entibiado algo al observar que no autoriza el último testamento de Lope, quien revocó la manda de los cincuenta tomos de su biblioteca, como las demás que había hecho en el de 1627. Sin embargo, asistió al sepelio del grande hombre en la iglesia de San Sebastián, extendiendo el acta de aquel acto y escribió dos composiciones poéticas á su muerte que se incluyeron en la *Fama póstuma*. (1).

(23) *Fama postvma á la vida y mverte del Doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio. Y elogios panegíricos á la inmortalidad de su nombre. Escritos por los más esclarecidos ingenios. Solicitados por el Dr. Ivan Pérez de Montalvan... En Madrid en la Imprenta del Reyno. Año 1636. A costa de Alonso Pérez de Montalvan, librero de su Magestad.* 4.°, 224 h. Reimprimióse este libro formando el tomo XX de las *Obras sueltas* de Lope en la edición Sancha. Las poesías de Piña están en las páginas 215 y 219.

A la vejez sólo tristezas y muertes la circundan. Cuatro años más tarde contribuyó con las suyas poéticas á las *Lágrimas panegíricas* (1), que muchos ingenios matritenses derramaron por la temprana muerte del hijo intelectual de Lope, el Dr. Juan Pérez de Montalbán.

Y no tardó en llegar la suya, falleciendo en esta Corte el día que expresa la siguiente partida que hemos hallado en el Archivo de la Parroquia de Santa Cruz:

«El Secretario Juan de Piña: en sus casas, en Provincia, falleció en nuebe de Julio de mil seiscientos y quarenta ytres años. Recibió los Santos Sacramentos, Penitencia, Eucaristía y Extrema-unción. Otorgó su testamento anteLuis Tello (2), escribano

(1) *Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del gran poeta y teólogo insigne Dr. Juan Pérez de Montalbán... Recogidas y publicadas por la estudiosa diligencia del Licenciado D. Pedro Grande de Tena, su más aficionado amigo. Dedicadas y ofrecidas á Alonso Pérez de Montalbán, padre del difunto... En Madrid, en la Imprenta del Reyno. Año M.DC.XXXIX*. 4.°, 12 h. prels. y 164 foliadas. Casi todos los poetas que había entonces en Madrid escribieron versos á la memoria del malogrado poeta.

(2) Hemos buscado en balde el testamento de Piña en el Archivo de Protocolos.

real, en Provincia, en dichos día mes y año· deja por sus albaceas al Secretario Benito de Tapia y al Secretario Blas de Verástegui, á cuya disposición deja las misas que se an de decir, y determinadamente deja cinquenta misas rezadas por su intención. Enterróse en esta Iglesia en la Capilla de las ánimas; dejó á la Fábrica doce reales».

Del mismo Archivo copiamos esta otra partida de defunción de una hija suya, que no es ninguna de las ya conocidas; doña Clementa ni doña María.

«Luisa de Piña, hija de Juan de Piña: en sus casas, en Provincia; falleció en veinte y cuatro días del mes de Agosto de mil seiscientos y cuarenta y cuatro: recibió los Santos Sacramentos; no pudo hacer testamento por la gravedad de la enfermedad. Enterróle en esta Iglesia, el Secretario Blas de Verástegui: dejó á la Fábrica por la sepultura setenta reales.»

VI

Juan de Piña es, como va indicado, un escritor de orden secundario; pero en él resplandecen, como en casi todos los autores de la primera mitad del siglo XVII, cualidades de invención y originalidad, que se perdieron luego en el transcurso del siglo, lo mismo en la poesía lírica que en el drama y en la novela. Tenía habilidad para narrar, colocando con bastante arte y gradación los sucesos historiados, aderezándolos y realzándolos con sabias reflexiones y agudas aunque oscuras comparaciones y referencias. El estilo no es muy recomendable por los defectos ya apuntados; su excesiva concisión la da un sello de dureza que á veces desagrada. Además, no cuida de evitar repeticiones, cacofonías y sonidos ásperos, y es brusco en cortar los períodos. En las descripciones aparece ampuloso y exagerado; repite unas mismas comparaciones, abusando de los lugares comunes sol, luna, aurora, estrellas, diamantes, perlas y otras zarandajas entonces muy bien recibidas.

En la novela que va á continuación, aparte de la inverosimilitud, no puede negarse que el interés se sostiene, y aun en la descripción de la cueva encantada, que es lo más flojo del tomo, el calor y animación de la narrativa quitan el aburrimiento que, en otro caso, hubieran producido aquellas paparruchas. Muy otra cosa son las partes incidentales del tomo en número de unos catorce episodios ó hechos intercalares. Sobresalen entre éstos el del toro llamado *Hosco*, que está muy bien referido; el de D. Luis y Clara; la descripción de la quinta y cuadros de D. Antonio Sotomayor; el del asesino aristócrata D. Pedro Antonio, bellamente contado; las *Conclusiones* de San Sebastián, precioso cuadro de época; el picaresco de Polonia y el supuesto D. Carlos; el terrible de Duarte y Aurelia; el de la ciudad de los Reyes, en Indias y alguno más corto, así como las repetidas alusiones á personas y cosas de su tiempo, que dan á este libro un valor histórico muy digno de aprecio.

Casos prodigiosos
y
cueva encantada

A

NUÑO DIAZ MENDEZ DE BRITO

Caballero de la Casa de su Magestad en el Reyno de Portugal

POR IVAN DE PIÑA

Escribano de Provincia de la Casa y Corte de su Magestad
Familiar del Santo Oficio

Con privilegio
En Madrid en la imprenta del Reyno
Año de M.DC.XXVIII



SUMA DEL PRIVILEGIO

Este libro, intitulado CASOS PRODIGIOSOS Y CUEVA ENCANTADA, tiene privilegio por diez años para poderse imprimir. Despachado en el oficio de Diego González de Villarroel. En San Lorenzo, á 25 de Octubre de 1628.

FE DE ERRATAS

Este libro de CASOS PRODIGIOSOS Y CUEVA ENCANTADA, está bien y fielmente impreso y corresponde con su original. En Madrid, á 24 de Noviembre de 1628.

Licenciado,
MURCIA DE LA LLANA.

SUMA DE TASA

Está tasado por los señores del Consejo á cuatro maravedís cada pliego, despachado en el mismo oficio.

Aprobación de D. Lorenzo Vander-Hammen *y León, Vicario de Jubiles, por comisión del señor Vicario general de Madrid.*

A los libros, ó los acredita el nombre del autor ó la materia que tratan; y ambas cosas se hallan en éste. Ejemplos y más de casos tan prodigiosos, sirven de espejos en que deben mirar el desengaño y condición de la vida. El autor muestra con sutileza el nunca ocioso alentado ingenio. Con elegancia y desvelo enriquece la lengua española. No tiene cosa que estorbe la licencia que pide; vuestra merced se la mande dar, para que se impriman flores útiles, prodigios verdaderos y admirables. En Madrid, 7 de Agosto de 1628.

Don Lorenzo Vander-Hammen y León.

LICENCIA DEL ORDINARIO

Por el licenciado don Juan de Velasco y Acevedo, Vicario general de Madrid, hemos hecho ver este libro compuesto por Juan de Piña, Escribano de provincia, y no tiene cosa contra nuestra Santa Fe, y buenas costumbres; y por lo que nos consta se podrá imprimir. Dado en Madrid, á 11 de Agosto de 1628.

Licenciado,

VELASCO Y ACEVEDO.

Por su mandato,

DIEGO DE RIVAS.

APROBACIÓN DE DON JUAN DE JÁUREGUI.

Muy poderoso señor: En premio de su estudio y vigilias, el autor de este libro pretende se publique como otros suyos, pues no merece menos aprobación; antes promete su materia el agrado de muchos, por tocar en prodigios y maravillas que da por verdaderas. Siendo, pues, tan notorio el ingenio y bríos de quien le escribe, basta decir que su impresión es lícita y que puede V. A. servirse de honrarle y permitirla. En Madrid, á 17 de Septiembre de 1628.

DON JUAN DE JÁUREGUI.

A NUÑO DÍAZ MÉNDEZ DE BRITO, CABALLERO *de la Casa de Su Majestad en el Reino de Portugal.*

Mi libro de VARIAS FORTUNAS, por más bella naturaleza, dirigí á v. m. en su amparo sin temor de censura. Sobre cuál era mayor alteza, dignidad y honra que daba al hombre la nobleza con la prosperidad de los hados, ó lo adquirido por virtud y propio merecimiento, batallaron los filósofos antiguos, y por no haber penetrado lo argüido en un sujeto, que á ser en este siglo, admirando estas diferencias unidas en v. m. como la paz y la justicia, no ensangrentaran las opiniones.

Lo que aprende la inteligencia no lo suelta; en esto la deseaba imitar. Aprendí sirviese á vuestra merced mi desvelo, para inmortal, á la sombra de sus laureles, como del grande Héctor Méndez de Brito, su padre, conocido por este nombre en los dos mundos; y por no posible retroceder, prosigo en dirigir á v. m. este libro de CASOS PRODIGIOSOS, y ricas *novelas* curiosidades, con el sutil lenguaje de los otros. Muestro lo que debo, y lo menos debido á v. m. que ha

sabido, sirviendo á Su Majestad en los prevenidos socorros de Italia y Flandes, de tantos millones y proveimiento de su Real Casa, mostrar de la suya por antigua nobleza el nombre muy ilustre, en estorbo de menos voluntad ó interés de los no vasallos, v. m. se le dará al libro con su valor á que todo sea prodigioso.

IVAN DE PIÑA.

PRÓLOGO

El asunto del libro ha de ser grande; y mayor si del que navega piélagos para nombre y fama eterna (1). No hay cosa tan superior como la dignidad y alteza del argumento, prenda de pensamientos ilustres; si no se desapareciere en la nube, basta haber emprendido la corona de la más alta pirámide. «¿Y cuando faltan las fuerzas?», dijo Propercio. Respondió Ovidio: «Alabar

(1) Aunque en el prólogo que antecede queda dicho lo más necesario acerca del singular estilo de Juan de Piña, todavía advertiremos que la oscuridad de su lenguaje depende no tanto de giros extraños, transposiciones viciosas y vocabulario inaudito y afectado, como de la supresión de algunos verbos, especialmente del sustantivo; extravagancia que no recordamos ver usada por otro autor de aquel tiempo. Así estos primeros renglones del prólogo, que apenas se entienden, resultan claros escritos de este modo:

«El asunto del libro ha de ser grande; y mayor si es del que navega piélagos para obtener nombre y fama eterna».

Algo más abajo, al hablar del murciélago, vuelve á omitir el verbo «andar» que dejaría el sentido claro. En el cuerpo de la novela no abusa tanto de semejante licencia.

el deseo». Moría un héroe, envidioso de los tiranos gigantes, que emprendieron conquistar el cielo, fugitivos los dioses en diversas formas, temiendo las fuerzas de los contrarios; á diferencia de los que trataron de cosas bajas y virtudes de Tersites, el más vil griego, presumir de la mosca un elefante; tratados del mosquito y pulga: aunque disculpa al autor de los bienes, de la necedad, la sutileza y malicia; si toda es malicia la necedad.

Este libro es de CASOS PRODIGIOSOS y sutiles pensamientos. Echada la sonda al mar del vulgo, tocó el vagío, en que solía no pecar con las maravillas y desvelos de los ingenios que ya le enfadan: sólo admite prodigios y portentos. Elogí este asunto; si pierden los que no se dejan manosear á la primera luz, sin ver que nubes tiene delante alguna vez el sol, lo que se debiera estimar, se desluce. Para los entendidos, lleva dulzura, elegancia, exornación y florida primavera, lenguaje acreedor á la lengua española, por ya más ilustre. El prólogo no dice á quién, porque no sabe á quién. Habrá *segunda parte*, si agradare la primera, en que se verá el enfado de Júpiter con la perdiz, por terrestre y de corto vuelo.

La querella que le dió el murciélago del sol: á que respondió Júpiter que no daba causa al agravio, y tenía la culpa, por siempre fugitivo de sus luces y resplandecientes rayos en oscuri-

dades con las aves nocturnas de tristes agüeros infelices.

El tratado del Mercurio, que trepa la pirámide por la merecida corona de laurel, y el envidioso atento, no ha dado en la tierra un paso; que vienen á ser desdichas los ojos del ave, á quien por su belleza y hermosura, las ingratas se los quieren sacar, no admirando la providencia.

Las excelencias de aquel ilustre caballero, honor de su, por él, dichosa patria, Sevilla, cuya pluma de oro y peregrino ingenio, igualan maravillas de su pincel divino, Talía, gloriosa de que le inspira y alienta, en la no fatal de la Aurora, iluminó al Poeta de estos versos:

SONETO

Si en celeste color, si en negra tinta,
pluma ó pincel, si escribe ó pinta celos,
tienen de su pincel, bordados cielos,
Homero ya, por ya divino, Aminta.

Su pluma heróica de la Esfera quinta,
si el de Apeles pincel, luces y velos,
raya línea sutil, logran desvelos,
como en el cielo la dorada cinta.

Si Orfeo eleva penas infernales,
hurte al carro del sol, canten victoria,
almas de sus amagos celestiales.

Vuele, Cisne, su nombre, fama y gloria
pluma y pincel el tiempo en sus anales,
por lauro eterno de inmortal memoria.



Casos prodigiosos y Cueva encantada

El ilustre caballero don Juan Bernardo, de noble familia, de alentado y nunca ocioso ingenio, de aquellos divinos de la insigne y más que Nápoles bella Madrid, patria dichosa de los católicos y faustos Reyes de la española Monarquía de Filipo IV, que imita al sol en luces y ser único; por quien en su eclíptica da vuelta como á los cielos, á los dos mundos, que obedientes y dichosos aman y obedecen al más que Alejandro Macedón imperioso, que si lloró por el ejemplo de Aquiles haber conquistado un mundo informado que había dos; en lo que deseaba Alejandro, hace lo que el sol el español Marte Felipe IV.

El aventurero don Juan Bernardo determinó en el primer discurso que despreció

rudimentos, peregrinar el mundo, penetrar secretos, maravillas y sutilezas del ingenio y desvelo, no ignorar lo político más remoto, costumbres, leyes, inclinaciones, nervios para las guerras, consejos y gobiernos en las paces, materias de estado que observan las provincias y reinos, y á dar (si pudiese) una vuelta al mundo por el temido estrecho de Magallanes, no temido de aquel prodigioso Palinuro español.

Era el caballero don Juan Bernardo muy rico (que no luce el que es pobre); y prevenido para el viaje de suficiente cantidad de escudos y joyas que parecían del mayorazgo del sol; elegido para la mitad de su alma, el valiente Ricardo, su amigo y pariente, que del nacer al morir habían jurado eternas paces, hasta allí firmes; prevenidos criados para llegar á la primera embarcación por Irún; observada del primer día la hora, en que don Juan, excelente en la Astrología, tenía destreza, dieron principio á la partida; si en ella tuvo peligro, al despedirse de la bellísima Leonor, más amada que el día, y más hermosa que la mañana, cuyos albos rocíos engendra el cielo en el Sur lucientes perlas, que á no dejarle espe-

ranza los estorbos de las tierras mal seguras, y tormentas en los mares de volver, á menos que la navegación trágica de Ulises imitaran á los amantes de Teruel, uno fuera el sepulcro de fama eterna, el Amor y el Mauseolo; tanto se amaban.

Ofreció Leonor á don Juan quedar en el Monasterio, de que era patrón, con doña Antonia de los Angeles, su hermana, preciso nombre de su gran belleza, que sólo era de los ángeles. Ofendióle don Juan, presumiendo más de su amor que de las rejas y tornos, que si aquéllos de hierro, de oro de muchos quilates la prisión de la voluntad. Cayó la bella Leonor, no del chapin, cuya gentil persona, en el bien prendido y milagroso talle, le excusó; y parecióle al gallardo amante segundo incendio, por haber caído el sol de su esfera; que bien dudaban las almas que la merecieron ver á cuál habían de dar la adoración. Abrasado juzgaban el mundo, disculpa de Faetón.

No se pudo ofender de la caída, si la temió primera, porque las almas que adoraba su belleza, presos en las redes y marañas de sus cabellos de oro interpuestas, en-

vidiosas de los ladrillos azules, por dicha de improviso, celosos excusaron el daño; y aunque debieran lograr venganza de sus agravios y desprecios, no la codician los verdaderos amantes.

Volvía á levantarse el sol con sus rayos á su esfera, y prometiéndole don Juan que el viaje prevenido era fábula y que sólo quería ver á Génova por sus fábricas, y Potosí grande de sutiles y útiles materias de estado, ilustrísima entre sus grandezas por la maravilla del dios de las batallas, el marqués Espínola, glorioso y bienafortunado capitán, si basta para su mayor excelencia serlo de las banderas y armas del monarca español, no lo siendo y amado como si lo fuera. Con esto, Leonor tocó á recoger lágrimas y semblante al susto de su amor, volvió las lucientes perlas á dejar salir vivo de su presencia á don Juan, que tuvo menos valor, disculpa en los hombres, lágrimas por amores.

Dejóle de sus rentas la administración, sabiendo que sóla una vez que el Sol, con necesidad á la Aurora, buscó á Céfalo que la cumplió, y no acordándose de la ofensa como Julio César del adulterio la enrique-

ció de los diamantes, perlas y las demás riquezas, de que los poetas han hecho tantas apariciones y joyas á sus damas y á las ajenas; y á no proseguir en la ausencia, Leonor volvió á su cielo y don Juan á su eclíptica, que sol por único le bendecía la mayor sangrienta envidia, que la verdad es invencible como Dios.

De seis años, don Juan sabía leer, escribir, contar, cantar y tañer y las demás gracias y donaires que los señores enseñan con discretos maestros á sus Faetones, que nacen muchos para su destrucción; si no con la inclinación de famoso, y nunca en el río del olvido, el marqués de Villena, don Enrique, cuyo ingenio despreció título, estado, rentas y señoríos, por aprender las ciencias que en él resplandecieron infusas, más por ellas que por ilustrísima casa y sangre generosa, eterna su fama y nombre al paso de los siglos, cuyos anales presiden en los del tiempo con letras de oro y diamantes esclavos.

De ocho años, no tenía qué aprender en la Gramática y Retórica, que la pudiera enseñar al Temisto gramático y al etíope Juan Latino, digno de su memoria, vasallo

del Excmo. Sr. Duque de Sesa, que no le admitió la libertad ofrecida, preciado de serlo de tan alto príncipe sabio y hombre para el cielo de Atlante, por no serlo de quien no lo fuese: tanto amaba la sabiduduría.

En Alcalá y Salamanca estudió con tal atención, que le llamaban Aristóteles, por lo que imitaba su profunda filosofía; Escoto, por la teología sutil; Bártulo, en las leyes, y Acursio en lo que sólo sabía imitar. Tuvo el don de persuadir y la elocuencia del sin igual don Francisco de la Cueva y Silva, ilustrísimo español, asombro de las extranjeras naciones, por cuya temprana muerte, que debiera ser el día del último fin, no se hallaban ya los pleitos persuadidos con dulce veneno; que el don de persuadir sólo aparece haberle concedido el cielo para gloria de su poder. Aprendió la matemática en que puso mayor atención, de ojos bajos y corazón atento, golosina de la agudeza y peligro de la vida para el que quiere valer de ella con las aves ignorantes, con dueño ó sin él. Estudió la antigua y la moderna Astrología, el astrolabio, el cuadrante y otros instrumentos. Aprendió As-

tronomía y Astrología en San Isidoro, en Josefo hebreo, Plinio, Luciano, Diódoro Sículo, Virgilio, Lucano, Juan Bautista Abioso, Francisco Juntino, Averroes, Platón, Galeno y otros muchos astrólogos y santos que escribieron de la facultad, penetrando desvelos, almas y luces de sus inteligencias. En pocos años supo todas estas maravillas; y por excelencia, graduado en ellas, ya intempestivo el grado, ya admirando la sabiduría sin los derechos de las Universidades que en su tiempo no se permitió sino á sólo don Juan, por luz y esplendor de aquellas insignes escuelas. Aprendió italiano, francés, inglés y otras lenguas; que parece no haber ignorado alguna, y de la que no había tenido noticia, la penetraba en su provincia con facilidad.

Si el que lee dice que es fábula saber un hombre en pocos años tantas ciencias, y que no lo siendo sería prodigio, se responde que, como primera aventura prodigiosa, no dirá que desdice del asunto.

Con el alba á su primera risa, á las bordaduras que el sol de oriente matizaba en los cielos nubes y prados, á la salva de las parleras aves, calandrias y ruiseñores, á la

nueva hermosura y vida de las flores, al mirarse el aurora en los cristales que la sirven de espejos lisonjeros criados que miran á su señor con cara de risa (que todo lo saturno y triste queda para los príncipes), á esta hora salía de Madrid don Juan Bernardo con su caro amigo Ricardo, que imitaba segura escopeta turquesca de largo tiro y corta coz; ó al oro fino, ó á la verdad, que no quiebran, si el verdadero amigo es la virtud, amigo seguro que honra y resplandece; y llegando á rezar á la puerta de la iglesia de San Salvador (parece que daba principio á sus aventuras), vió que de la casa más inmediata, por las espaldas de la cárcel, salían tan densas nubes y furiosas llamas, que á ser en aquel infeliz lugar creyera ver el infierno.

Salió el alcaide de aquella cárcel de la villa, que tenía vela toda la noche, aunque el asalto al alba soñolienta es el de mayor peligro.

Fué don Juan con su Ricardo, dejando los demás en guarda, á remediar el temido fuego del animoso viento, como dice Garcilaso. Temían las estrellas, que no sagrados, sino espesos humos, oscurecían sus

luces. Subieron al primer cuarto, y hallando, dichosos, dos piquetas de un maestro de obras, dueño de la casa, él, ausente, se dieron tal maña á derribar un tabique sin mucho trabajo, por delgado, que el dueño labró antes que lo fuese, que el fuego, con valiente resistencia y atajo, aplacó su ferocidad.

Acudieron, á la voz de las campanas de Santa Cruz, alguaciles, á impedir los hurtos más que el fuego, que no es de menor importancia; aunque lo pretendido con el incendio, fué que estaban en aquella cárcel seis ladrones famosos, que á un gran caballero y ministro grande le habían hurtado 8.000 escudos, y pretendían, con emprender por aquella parte el fuego, que llegase á la cárcel y fuese preciso no quedar en ella preso alguno. No lo alcanzaron bien, que con los méritos de su causa, averiguado el nuevo delito, dentro de pocos días fueron ahorcados.

Lo que en este suceso hubo de lastimoso y digno de llorar, fué que estando la dueña de la casa enferma, y debajo de su cama un poco de pólvora que encendió el fuego, la voló; y oyendo el trueno don Juan acu-

dió al remedio con tal velocidad, que dándole el que pudo, si no libró el cuerpo del ya encendido, la pudo librar de la muerte con los remedios que la hizo, que no ignoraba lo que fuese á propósito.

Agradecida quedó y el alcaide de la carcel, si no los presos.

Y prosiguiendo su camino por la toledana puente (que se pudiera excusar por demasía) llegando á la Casa del Campo, vió que traían presos en cuatro carros unos gitanos y gitanas bien atados y bien guardados de alguaciles.

No les preguntó don Juan la causa que fuera no saber, é hizo este discurso, que naciendo en Castilla, quieren ser de Egipto, y decía así: que no se bautizaban ni casaban, no oían misa, ni se enterraban en sagrado; comían carne todo el año hasta el Viernes Santo; nacían sólo á ser ladrones en los poblados y caminos, y á poblar galeras y horcas. El oficio que aprendían era hacer hierros para con seguridad los instrumentos que habían menester, y ser los mayores ladrones del mundo.

No han restituído un maravedí de tantos hurtos como han hecho. También son ma-

tadores, quebrantadores de cárceles y prisiones; de azotes solos no se les da nada, y poco de las galeras, como puedan volver á usar este oficio que aprenden. Estaba con los alguaciles así discurriendo, que los detuvieron por algunos escudos que don Juan les dió de limosna, diciéndoles que los negros procuraban ser blancos y ellos de blancos negros, y el más tostado y denegrido del sol era el más Bustamante.

A este tiempo uno de ellos conoció á don Juan y le tomó y besó la mano. Habíale visto preso en la cárcel de la Corte, por lo mismo que llevaron á los demás.

Era gentil mancebo, airoso y valiente, que á vueltas del hurto porque le prendieron, había hecho con valor resistencia á un alguacil. Aficionóle el airoso ademán del casi etíope; compuso el pleito con las partes y fué suelto. A pocos días vendía el gitano llamado Pedro de Malla, un hermoso macho en el mercado de las Vallecas, á que don Juan se aficionó, y pareciéndole ingrato el gitano, habiendo otro cuidadoso comprador, le dijo:

—Don Juan, don Juan, no lo compre que tiene una mala vuelta.

Fuese descontento, pareciéndole ingratitud en un hombre que sin su favor fuera galeote.

Vendióle en cien ducados, y, dentro de pocos días, se le sacaron al comprador por haberle hurtado el gitano. Entregóse al dueño primero, y el segundo se quedó sin él y sin los cien ducados. Algunos días después encontró Malla á don Juan y le dijo:

—Mira si te decía yo bien que no comprases aquel macho por la vuelta.

En gracia le cayó el cuento, y habiendo sabido que sólo venía preso Malla por veinte ducados que debía, que en los hurtos de los demás presos no había sido cómplice, se los dió á los alguaciles, que eran del lugar más cercano, y le soltaron. Quedó agradecido, envidiosos los demás, y parecíale á don Juan que éstos eran gentiles, sí, gentiles ladrones, y que para echarlos en galeras perpetuas no se había de hacer más averiguación que andar en hábito de gitanos, hablando aquella lengua no conocida en Egipto, sino en Castilla.

Con esto prosiguieron con los presos á la cárcel; los caminantes á Guadarrama, y

acordóse don Juan de estos cuatro versos del sutil don Luis de Góngora:

Bailan las gitanas,
y ellos dan vueltas;
otro nudo á la bolsa
mientras que trepan.

Antes de llegar á la Torre de Lodones, y de los gitanos, vió don Juan una cosa que le admiró: cerca del camino, un toro, aunque muerto, feroz á una parte, y cerca de él un vaquero el cual tenía tantas heridas de cornadas que no tenía en su cuerpo donde cupiesen más. Había en aquellos prados una gran vacada de muchos toros y vacas; y al más cercano vaquero llamó don Juan y dándole un escudo (que era muy liberal) le pidió cuenta de aquel suceso; y le respondió que el mayoral muerto, llamado Truchado, había criado aquel toro desde que tuvo el primero nombre, el cual le amaba y reconocía como si el instinto fuera entendimiento, y por la sal que le daba y regalos que le hacía, más que agradecido se mostraba, y sólo con Truchado no la ferocidad que tenía el *Hosco*, éste nombre del toro. Que de otra vacada, que estaba de allí media legua, se había venido celosa

del suyo, la más hermosa vaca que habían visto ni los prados ni los pastores. De ésta se enamoró el *Hosco*, y teniendo á su cargo dieciséis que son ó pocas más las que reparten los vaqueros á un toro, no cuidaba de otra; con ella andaba de día y de noche, no la perdía de vista, desviábala de las otras vacas y toros, y si alguno se la quería enamorar, le hacía pedazos; tal era la fiereza del *Hosco*. Los pastores le temían; no se le acercaban, sino era su amigo Truchado, que nombrándole, y con la sal en las manos, se le venía á ellas y solicitaba á la vaca llamada *Morena*, porque no lo era, á que lamiese en las manos de Truchado, ó la sal ó las reliquias. Sucedió (decía el pastor) que el de la otra vacada vino por su vaca á tiempo que, no pareciendo el *Hosco*, se la llevó; echóla menos, fué corriendo á la vecina, y buscando el toro llamado el *Bragado*, que ya estaba con su vaca menos celosa, arremetió el uno contra el otro con tal destreza y ferocidad, que se dieron muchas heridas á vista de la *Morena*, que no osaba (al parecer) mostrar el que pretendía vencedor.

Tantas cornadas se dieron, que de sangrientos y rendidos se apartaron. El *Hosco*

se volvió á su vacada, llevando la peor parte, causa del tiempo que estuvo con la vaca, cosa entre sus peleas de grande importancia para ser vencido.

El día siguiente volvió á la misma lid, y otros, y teniendo el mismo inconveniente el *Bragado*, quedaba estos días mal parado. Al fin, defendiendo el toro y su dueño la vaca, el *Hosco* se volvió sin ella y sin matar al contrario, porque los vaqueros también con sus varas se lo defendieron al *Hosco*, que solo, como el león, quería venganza de quien le había ofendido hallándole en pelea.

Tan desesperado venía el celoso, que si fuera persona de razón no hiciera iguales sentimientos: los bufidos parecían suspiros, no volvía á los silbos, nadie se atrevía á ponerse cerca. Llegó á su vacada, y tan temerario venía (dijo el pastor), que llegando á llamarle y hablarle *Truchado*, sin memoria de la amistad (que esto hacen los animales), le dió las cornadas de que le mató con tantas heridas, y luego él se cayó muerto cerca de su mayoral.

Admiróse don Juan de aquel suceso tan peregrino; lo mismo Ricardo y los demás, pareciendo á don Juan, según la hermosura

de la vaca, que la diosa Juno pudiera, á ser en tiempo que su marido Júpiter amaba á Io, tener celos y ponerle guardas, y preguntó al pastor qué sería la causa de tan apresurada muerte si no fuese de las heridas.

Respondió que de ellas no podía morir, porque en las peleas, los valientes toros madrigados y acostumbrados á pelear, hurtan el cuerpo al enemigo y las heridas no las hacen á su salvo del que las da, con la destreza que el más diestro con la espada en la guerra, y así de esto morían pocos. Que lo presumido y lo que pudieron alcanzar fué que con la rabia de los celos de su contrario, le había dado el mal de aquel mismo nombre, y que con ella había muerto á *Truchado* y luego se había quedado muerto él. Y aseguraba ser verdad, por la experiencia que hicieron en otros toros que morían como los perros del mal de rabia. ¿Pero qué mayor mal que celos? Y agradárase don Juan de que el pastor le dijera sólo que había muerto de celos el *Hosco,* si nadie más hosco que los celos. Y aquí vienen bien estos versos del Ariosto, padre de la invención:

Che dolce piu, che piu iocondo stato
saria di quel d'un amoroso cuore
che viver piu felice, é piu beato,
che ritrovarsi in servitu de amore;
se non fosse l'huom sempre stimolato
di quel suspetorio, di quel timore
di quel martir, di quella frenesía,
di quella rabia detta gelosía.

Reposaron en la Torre los caminantes y partieron para Guadarrama; llegó la noche y á poco más que el crepúsculo vieron en el cielo una exhalación abrasada de que salían centellas; era tan larga como una lanza, y á poco mirar, vieron que se había convertido en la figura de una serpiente, que imitaba á la que de lienzo, en grande altura, se vió en Madrid en la fiesta del divino labrador San Isidro, digna de memoria y admirable. Un cuarto de hora fué la dilación. Acordábase don Juan de haber visto algún tiempo antes otra semejante maravilla, no cometa, sino la que parece que la anunciaba, y que había nacido uno en Castilla y otro en Portugal; dos mónstruos; el uno, armado de conchas y capacete, con diferentes letras del a, b, c en cada concha, y parecióle á don Juan demostraba que había de haber guerra de armas y letras, y así las

hubo. El de Portugal, sólo con el capacete y conchas.

No le agradaban monstruosidades, mas las quisiera á imitación de los que vieron los romanos entre los gentiles; que los prodigios no son para felicidades; tal vez denotan ruínas y asolamientos, y como en Roma se vieron tantos, no tuvo las medras que los augures á consuelos pronosticaron.

Caminaban con gusto amigos y dineros, que estas vienen á ser las jornadas que se codician. A poco más de media legua, oyeron, apartados del camino, unas voces tristes y dolorosas, que parecían de mujer, en la voz delicada y dolorosa. Don Juan puso el oído atento, y con él los demás, á penetrar por el aire la parte de donde traía la voz, que de las campanas engaña tal vez, y exparciéndose para no perderla á los gemidos, que ya las voces más flacas se oían, si no más lejos, y siguiendo por el oído acertó á llegar, no á mucha distancia, á la parte donde ya no se le podía huir la ocasión.

Llegó, y poco después Ricardo y algunos criados, y vieron con la luz de la luna antes de menguante (que bien clara la hacía) una dama que en el traje y pocos años parecía

doncella, y casi entre sus brazos, un hombre, mancebo, de buen talle, y al parecer caballero, que á ser Endimión, no dudara ser la dama la blanca y hermosa que los daba luz. Violencias parece que intentaba el galán, y antes que pudiera huir, don Juan, que en sacar de presto la espada fué su destreza no creída, se la puso á los pechos, diciendo:

—¡Tente, traidor!

La dama volvió en sí viendo el socorro que con la belleza de don Juan (que en extremo la tenía como la persona) más le pareció angel de su guarda que acaso el que la socorría; y como llegó Ricardo y algunos que los siguieron, el vil caballero se dió por perdido, si lo mismo pudiera decir viéndose de improviso tan asaltado, que temiera Hércules fuerte. Con la misma presteza tomó don Juan del suelo la espada y daga y una pistola que cerca de él estaba, á los pies de un famoso caballo andaluz que, si no en el hierro, le pareció de los que dejaba en su casa, traídos de la ribera del fecundo Betis.

No sabía el caballero qué hacer, ni qué decir; turbado estaba; de temeroso y cobarde no pronunciaba palabra; faltábale alien-

to por la gran defensa que (al parecer) la dama le había hecho, si hay quien presume que no se puede hacer fuerza á quien no se deja vencer.

Maniataron al delincuente, y la dama, ya con algún aliento, dobladas las rodillas, daba á don Juan muchas gracias (que no le hicieron falta) por el peligro de que la había librado.

Don Juan le ofreció todo el favor que hubiese menester y servirla en cuanto mandase.

Parece cuento de libro de caballerías; cierto que no lo es, sino verdadero suceso, éste y los demás del valiente don Juan, sabidos con la debida certidumbre para darlos á la estampa. Don Juan era discreto y conciso con la pluma y sin ella; aborrecía digresiones y largos discursòs; lo del rayo y cometa le agradaba por ver luces con brevedad, buenas ó diversas fortunas. Mandó á un criado tomar las armas del ya preso mal amante (si lo era) y él se puso en el caballo y la dama en la litera (que á poco trecho quedaba) en que venía; y prosiguiendo el camino, fueron á Guadarrama, que estaría como una legua. Siguió sus aventuras, no de las fa-

mosas de *Orlando furioso* y el *enamorado;* no el que por ya no usados guardaba los pasos honrosos, como el famoso heróico caballero Suero de Quiñones en tiempo del señor rey don Juan el segundo, de quien en su libro particular de esta sin igual hazaña, dice el escritor nombrándole, el excelente, generoso, de magnánimo corazón, esforzado, de gran virtud, honorable y otras excelencias que describe de su heróico valor; de quien entre otros ilustres varones de su casa y familia, vive el doctor don Juan de Quiñones, del Consejo de Su Majestad, alcalde de su Casa y Corte al presente, digno de grandes y merecidos premios. Que el asunto de don Juan era peregrinar á saber, á inquirir los otros reinos, y con el ingenio darlo á conocer donde floreciese, y emprender cualquier honrosa hazaña, que letras y valor tenía para la mayor maravilla.

No sabía la dama agradecimientos que hacer á don Juan; quisiera besarle los pies, si bien parecía que á los suyos en aquellos prados habrían sucedido claveles y que su belleza debiera envidiar el alba hermosa.

Al mal caballero atrevido, hizo (dando cuenta á la justicia) poner en la cárcel, que

hasta saber el suceso le pareció indigno el no correspondiente castigo.

A la mejor posada llevó la dama, donde ya hallaron los criados que desde Valladolid, de donde era natural, la venían acompañando hasta Madrid, esperada como el día de los padres de su esposo, de que don Juan recibió grande gusto y contento. Hízola regalar con cuidado, si bien ella no traía pocos regalos. La cortesía de don Juan la suplicó sosegase, y viéndola afligida y llorosa, y que le daba cuenta de aquella desdicha, lo estorbó por aquella noche, dejando la historia al prólogo del día.

Despidióse don Juan de la dama, que le pidió con lágrimas (por no decir perlas), pues tan liberal le había hecho el mayor bien, la volviese á Valladolid á casa de sus padres, que no quería pasar á Madrid, que la desdicha le había sucedido por haberse quedado atrás algunas leguas un caballero hermano suyo que con otros amigos la venían acompañando, que á este tiempo llegaron, y habiéndoles dado en secreto cuenta de lo sucedido y agradeciendo á don Juan lo que por su hermana había hecho, y queriendo ir á la cárcel á ver el ale-

ve, no dió lugar don Juan por la prevención que hizo para que nadie le viese. Con esto sosegaron todos: don Juan, con Ricardo y sus criados, se fueron á la posada que le tenían con mucha prevención.

Dos albas amanecieron en Guadarrama, de cuyas sierras dijo un sutil ingenio en un romance de la santa señora reina doña Margarita, que enviaba al señor, también santo, rey don Felipe III, de Madrid á Valladolid:

Montañas de Guadarrama:
¿Para qué os ponéis en medio?
Que entre dos que bien se quieran
nadie se puso discreto.

Peregrinos discursos hicieron don Juan y Ricardo en su aposento, no atinando el suceso, teniendo á buena fortuna el remedio en la desdicha.

La dama dió vuelcos en el alma y en la cama, que no era para menos lo que le pudo suceder. Vistióse con la primera luz del alba, que pudiera á la de sus estrellas; tan divina era la belleza; y envió á llamar á don Juan antes que su hermano la viese, por el temor que tenía de haber sido cómplice en la traición. Al punto fué don Juan, y estando solos, si á la puerta no cerrada sus cria-

dos, pareciéndole ingratitud encubrir el alma á quien le dió la vida, ya no ingrata, sabido su nombre, la dama le dijo así:

—Mi nombre, señor don Juan, es doña Clara (hija de los padres que le nombró, de lo más principal de Valladolid. No se ponen los nombres porque así conviene). Mi hermano es don Fernando, ese caballero que en su rostro lo parece; tenemos en Madrid los padres de don Luis Bernardo, que es el preso, el cual, porque somos deudos, estuvo el año pasado y el presente algunos meses en nuestra casa. Trabó tan grande amistad con don Fernando, aunque lo encaminaba á servirme á mí, que descuidaron mis padres, si no sus pensamientos, de que los pusiese en doña Clara; que los cortesanos, primero hacen el tiro en los maridos ó en los hermanos que en las damas de quien son dueños.

Don Pedro es el mayorazgo de su casa; uno tiene de 6.000 ducados de renta, otro, don Luis, por su madre, de sólos 2.000; la gracia y belleza de don Luis, mucha; la gentileza, el donaire, lo guedejoso de rizos diversos, que parecen de diferentes cabezas. Es liberal, traza con buen aire los versos,

con límite de sonetos, canciones y espinelas. Agradada me tenían la dulzura de sus palabras y las agudezas de su ingenio. Enamoróme, confieso á usted, mi señor don Juan, esta flaqueza.

—Dichoso don Luis, le respondió, si mereció el alma de la más celestial hermosura, que de los pocos años bellos y entendimiento, donaire y gracia de v. m., debiera ser único pretensor el Dios del arco y aljaba.

—No lisonjas, dijo doña Clara; y por no dilatar el discurso, así lo entendió don Luis, correspondía honesto y discreto, no perdía ocasión de poner la mira en la mía. Yo me hallaba enamorada y rendida, sí tan en mí á la parte del honor, como lo dirá el suceso. Mi hermano don Fernando, por el amor y amistad de don Luis, deseaba que yo fuese su esposa; no de don Pedro, que si de valiente ingenio, el trato era otro, desagradable á mi condición. Mis codiciosos padres, más de la renta que de mis deseos, trataron de casarme con él; concertóse por cartas y poderes, y sabido de ellos que sola mi voluntad era la suya, agradecidos lo escribieron á Madrid.

Quisiera padecer mil muertes primero que dar principio á lo que pronto será mi fin; mas imitando al valor y obligación preciso en una doncella, si terrible estorbé palabras y papeles amorosos con más letras de fuego que de tinta, nunca más entró en mi cuarto, que con don Fernando tal vez me visitaba. Propuse no verle más, como lo hice. Pues prevenido el matrimonio ó martirio, y habiéndome enviado el novio vestidos curiosos y frescos, galas, riquezas y joyas, y quedándose en Madrid á prevenir honroso y peregrino recibimiento de su desdichada esposa, envió (que ya había días que desesperado se fué de mi casa á la suya), á don Luis que me llevase con el aparato que á nuestra nobleza y hacienda (que era mucha) convenía.

Mi hermano estaba mal agradado del esposo; quisiera que lo fuera don Luis.

Aquí llega la traición (anoche lo supe de don Fernando) que concertaron, desatino y crueldad, que él se quedaría tres ó cuatro leguas con los que le acompañaban; que don Luis fuese conmigo á la mira, y buscada ocasión, gozase de ella y de mí.

El amor (que todo es traiciones y malda-

des), lo trazó como lo imaginó; que viniendo al estribo de mi litera en aquel caballo, y habiéndole dado al literero diez escudos porque se adelantase de los criados un poco, al anochecer, no sólo vino en ello, pero á la hora del concierto se desvió del camino que yo ignoraba, y me llevó á la parte donde v. m. me halló. Desvióse bien lejos el pagado literero, y pareció á don Luis que una vez yo, Lucrecia ofendida, no lo sería en quitarme la vida.

Yo, que no había de desdecir por cuanta voluntad tiene el amor, ni por las mayores riquezas del orbe, á pena de la vida y á que no me viese de la otra parte de la deshonra, dí las voces lastimosas que v. m. oyó, á cuyos tristes acentos y lamentos le hizo Dios angel de mi guarda.

Tenemos trazado que, pues no saben el suceso más de v. m. y los suyos, que se van según he entendido á diversas regiones, y mi hermano, que v. m. haga soltar á don Luis sin alboroto, dando otra por causa de la prisión, y que prosigamos el camino y el casamiento, pues ya con mi hermano y sus amigos no puede haber más riesgo; que fuera grande escándalo hacer lo contrario.

Esto se pondrá, en efecto, si v. m. fuere servido, que á su disposición dejaré lo que yo no acertare. Y porque presumo algún caso peregrino, llegando á Madrid, si Dios volviere á la corte á v. m., lo sabrá.

La mano llegó á besar de rodillas don Juan á doña Clara, con muchos agradecimientos de la merced que le había hecho en darle parte de sus pensamientos, que estimó como debía, y sin darse por entendido con don Fernando, fué á la cárcel, y como de su orden lo estaba el preso, le hizo soltar, pagando bien al alcaide y las guardas. Don Luis era discreto, no le dió gracias, porque no entendiesen los presentes que había de qué. Ofreciósele por su esclavo y don Juan por su amigo, del cual y de don Fernaudo y su hermana y los demás se despidieron don Juan y Ricardo, y prosiguieron su camino, de cuyo suceso el fin no quedará en silencio.

El tiempo era caluroso; el sol, en el abrasado León, la cuartana, siempre ardiente. Partieron ya, menos fogoso el de la eclíptica, dando principio á la subida del Puerto, le dieron densas, ya temerosas nubes, al oriente y al ocaso, tan denegridas, como si

injuriadas, tan revoltosas como los airados vientos en los Alpes, de siempre en riscos las nieves en sus ampos, imitando las de aquella Sierra Nevada que logra las primeras después de aquel universal diluvio por no sin ellas, ya cristales; más obstinadas que la venganza y que la ingratitud las entrañas, que por asilo de la vida al último aliento, la guadaña de la muerte por la defensa embota los filos.

Los truenos y relámpagos, tan estrondosos y lucientes, que á no saber la paz del arco iris, temieran otro diluvio, sin el arca, sino ya risco en las sierras de Armenia. El cielo se obscureció, llegó intempestiva la temida noche, á pesar del día y del crepúsculo; el agua, el turbión, tan mar tempestuoso, que el gran corazón de don Juan llegó á estar persuadido navegaba el mar y no caminaba por la tierra.

El ingenio le valió, en cuanto la fortuna á la osadía favorece. Subieron á penas á lo más alto de aquella montaña, tanto los no cristales y arroyos que turbios ríos temían y el ser anegados, y á no saber que el fin del mundo había de ser por fuego y no por agua, por el fin le debieran de tener.

Los rayos y la temeridad de los truenos hacían tremenda consonancia; los volcanes y los vientos, los cielos y las nubes, querían dar fin al mundo; las peñas, que herían los rayos (al parecer no ofendidas), quedaban cenizas; las encinas, consagradas á los dioses, no lo parecían en las ruinas y destrozos; los pinos y árboles más frondosos y altivos, besaban la tierra, que su madre los amparaba, á no desentrañarlos de sus raíces. Aves y fieras no hallaron resistencia. No quedó en aquellas montañas viviente sino don Juan, su amigo y criados, habiendo hallado una cueva con alguna defensa que, temiendo la muerte, hicieron para que el agua no entrase en ella. Y con haberse ido aplacando el temporal, deshecho la tormenta, nunca vista en la tierra, y viendo la señal de no el mundo anegado segunda vez, la sangre recogida á los corazones, restituída á las venas, á no darse por difuntos, comenzaron alentados á presumirse vivos. Allí estuvieron el tiempo que pedía el reparo; y aunque más parecían peces en el agua que hombres en la tierra, pasado el que se llama turbión, prosiguieron su camino hasta el primer lugar, donde descansaron y enjuga-

ron la ropa, que no fué la gala del nadar guardarla; bien guardada la tenían aunque nadaron, que despacio iba don Juan Bernardo y el fracaso turbulento pedía reposo.

Llegaron al Espinar, á donde vivia por el retiro de la Corte, el más discreto, ingenioso y singular caballero de Europa, don Antonio de Sotomayor, de la ilustrísima familia de Iván de Vargas, que siendo el dueño servía al santo Isidro; y de sus descendientes famosos y de don Juan de Sotomayor, maestre de Alcántara, y don Gutierre de Sotomayor, su sobrino, que prendió al infante don Enrique en tiempo del señor Rey don Juan el segundo, y le sucedió en el maestrazgo, por su valor y por aquel servicio que fué el más á propósito de aquella corona que se le pudo hacer digno de mayores premios.

Este caballero don Antonio tuvo otros tres hermanos, y los tres, habiendo muerto el uno ilustrando la Universidad de Salamanca, ocupando el primer lugar de tres de sus cuatro colegios mayores y de ella, luz de las escuelas, almas de sus inteligencias, asombro de España y de las otras naciones. Los Bártulos, Baldos y Acursios, de peregrinos

ingenios, los asombradores en las conclusiones de sutilísimos argumentos, temidos y amados por iguales virtudes y letras, ocuparon los Consejos, Cancillerías y Tribunales, con hábitos, honores y tal estimación, que al mundo parecieron leves los premios, dignos de mayor alteza, y á quien en la antigüedad se erigieran templos y altares con inciensos y humos sagrados. Y si la madre de aquellas tres luces y claridades peregrinas no podía consigo tener pesar de haberlos dado á la Iglesia sin matrimonio, la que dió con él otras tres luces al mundo en el Derecho y Leyes, bien lejos estaría de pesarle.

Pues el gran caballero don Antonio de Sotomayor, que dudó el siglo de oro por él sin que la envidia presumiese lo contrario, haber nacido otros de más ilustres partes, ni que tuviese preferentes los derechos y leyes, imitando á la luz en todas las cosas, conociendo á don Juan, á quien en la corte había hecho y á su padre muchas mercedes, y deseando verle en aquel lugar, donde fué á holgarse por un mes y á ver la hacienda que en él tenía, que si hubiera llegado el caso de heredar la que esperaba por el hi-

meneo, fuera Creso ó Midas, si no pidiera á Dios el don del oro, que no parece haber nacido para codiciarle, á quien como al Conde de las manos blancas pudieran llamarle de las manos limpias por excelencia, por antonomasia.

Hospedóle por su liberalidad y saber nuevas de la corte, si bien que don Juan no se las pudo dar de cosas nuevas, que no las había, después de ciertos preceptos y ordenanzas. El regalo fué mucho, y á don Juan le aposentó en un cuarto de una galería tan rica y tan adornada de pinturas del Ticiano y de los más excelentes pinceles, que se halló el arte triunfante de naturaleza, rendida á sus pies en el carro del triunfo. Aquella noche reposó y á la mañana, con la afición que don Juan tenía á los Apeles y milagrosos pintores; lo asombrado, lo de la gran manera, lo fuerte, lo dulce y lo apacible y los demás preceptos de la pintura, miraba que en una tabla excelente y nueva estaba la Fortuna, con los ojos ardientes como llamas amenazadoras, la cara cubierta de cabellos que sólo el oro de ellos se podía ver. Tenía cinco manos y cinco brazos; su vestidura de diversos colores, desemejable y es-

pantosa; de los pies descubiertos los coturnos de plata con cintas leonadas, los ojos sin venda, á diferencia de como en otras partes la había visto.

A esta pintura seguía la de aquella insigne matrona romana. Aquí don Juan admiró la cosa mayor del arte, la maravilla no imaginada en Asia ni Europa. Dudó fuese pintura, y decía que si el cielo hubiera hecho su pluma pincel, para sacar copia de aquel retrato, se tuviera por el más felice de cuantos habían molido colores para valientes golpes y admiración de la mayor maravilla.

Contenía el cuadro con las molduras de oro, la tragedia infelice, si amorosa, la violencia que Tarquino, rey de Roma, hizo á la de memoria eterna, Lucrecia. Aquí el pintor mereció renombre de más que divino, á ser posible; pintó la cama de Lucrecia; sábanas de tal blancura que con ellas no la tenían los no pisados ampos, sin quien fuera blanca la nieve; las almohadas en número, y de tan poco algodón imitadas hoy, que fácil tomaría la altura que Lucrecia podía codiciar; lo puntoso y laberinto de hilos y sedas delgadas y sutiles y de colores diver-

sos y jaspeadas hermosuras, de más artificio que presumió la invención y riqueza; en la porfía, mostraba el arte haber desperdiciado el cobertor del brocado de tres altos, dejando descubierta la bellísima Lucrecia; para sobre las almohadas la tohalla de seda y diversos colores, jaspes y matices, con pájaros de oro y seda, cifras de su nombre y de Colatino, su marido.

Sobre la silla, inmediata á su cabecera, los vestidos de tabíes y lamas de oro (que ya los había en aquel Imperio), tan guarnecidos, floridos, frescos y costosos, que no se podía igualar con ellos el mayor artificio y riqueza, ni Glícera en las novedades, trenzas y redes del cabello de oro.

Lucrecia, en la defensa, no tuvo de su parte la camisa, que si bien como el cuerpo en la blancura transparente, huyó de los pies, adonde llegaba, lo fugitivo hasta cerca de la pequeña cintura; descubiertos los breves, nevados y por extremo blanquísimos pies, que florecieran cuantos prados y primaveras los pudieran lograr. Las columnas sobre los pedestales, de tan hermosa correspondencia que más parecían hechos al torno que á la mano proseguían las que

sólo á los dioses fueron dobladas y á poca distancia la camisa vergonzosa no osó más retiro.

La cara de Lucrecia, más parecía hermosa de Lucrecia, que de la diosa Venus. En los amantes diferenciaban que Venus amaba al bello Adonis, y Lucrecia, no amante, se presumía ofendida de quien aborrecía por la maldad.

Parecióle á don Juan que el pintor había visto y sacado al vivo para Lucrecia cama y belleza del alba y de la aurora; si diferenciaba del alba en la risa, no de la aurora en las lágrimas de perlas; aunque Lucrecia lloraba el deshonor, no la Aurora, y las perlas no las había codiciado, porque tenía en la transparente garganta una sarta, de quien Marco Antonio le hurtó las dos, con que sirvió á Cleopatra, reina de Egipto, de quién fué verdadero amante.

Pues el Tarquino, enamorado rey, parecía, según el incendio y asunto del pincel, que no habiendo podido persuadir á Lucrecia con la daga desnuda para quitarle rebelde vida si del más hermoso veneno, fingiendo (como dice la historia) que diría haberla hallado en la cama con un esclavo

y los había dado la muerte, permitió la deshonra.

Si antes había afectado el pintor la mayor y más feliz acción, el mayor primor del arte, y fué que Tarquino estaba amenazante con la daga desnuda, tan cerca de Lucrecia, que no podía dudar su fin ó fortuna; ¿cómo pudiera dejar de ser injuriada la romana con las amenazas de la vida y del honor, siendo amante, rey, enamorado, mirando la belleza que adoraba, asiéndolo de la camisa, si de la honra, aunque todo transparente? Y si por estorbo del cendal, que por licor sirviera en el tormento, no se habían de ver los nevados pechos; lo transparente no pudo encubrir en aquel peñasco ó risco de dureza y nieve, dos que habían de tener aquel nombre, tan pequeños y bellos en solo figurados, que el rey, cuando no tuviera amor, tuviera disculpa y debiera perder la vida y el reino romano, más por no lograr tan rara hermosura, que por la injuria que la hizo; y decía don Juan, que por menos ocasión se habían perdido imperios y monarquías; porque no se había engendrado viviente, cuyo padre tuviese juicio á la generación; y disculpaba á Tar-

quino de emprender lo que en aquella noche que nos propaga naturaleza y además les viene á ser deudora á las obscuridades que á las luces.

Defendíase Lucrecia; el rey le tenía con la mano izquierda la derecha, que como en alto, la no apretada camisa, dejándole caer, descubrió la mayor belleza de la no imitada hermosura que de Lucrecia, mejor pudiera Apeles, á ser en otro siglo, que de las cinco doncellas desnudas formar la diosa para el templo. La amenaza de la daga desnuda ponía horror á la dama y hacía escudo la mano izquierda; y como venía á perder el honor, la vergüenza salió tan encendida á la bellísima cara, que con dos orbes de sus airadas estrellas y sangrientas de encendidas, rosa el jazmín, dieron bastante disculpa de no haber podido impedirlo.

Decía don Juan que en las damas era introducida para su disculpa, porque se vieron muchas Lucrecias forzadas y que ninguna se quitó la vida. La Cava, por otro nombre Clorinda, si ofendida no se la quitó, vengó la que presumía injuria, no en la suya sino en la del rey y en la de su reino.

Seguíase en otro cuadro la bellísima Lu-

crecia con el puñal á los pechos, difunta, en quien sola pareció hermosa la muerte y no hizo mucho dudando si la muerte era vida en otro ser. El sentimiento de los que la amaban no fué mayor que de los no de su sangre, que sangrienta parecía deidad bellísima de nieve y rosa; y tanto horror hacía el sentimiento, que fué pequeña pena echar los Tarquinos de Roma.

Otro cuadro seguía de Danae, á quien Júpiter venció en la lluvia de oro, doncella que no pudo persuadir el dios del amor, sino del interés; antes que al estrado llegó la lluvia, la vieja no desperdició grano de oro; que perder la belleza entre las oscuridades, sin esperanza del premio, lo tuvo Danae por ignorancia; y como sabía las crueldades de Juno, hermana y mujer del dios, con la riqueza de las porfías amorosas, no la temía, si debiera temer sus celos.

Seguíase Leda con el cisne entre la misma Leda; fiera traza de Júpiter, engañar en aves á las avecillas con el pelo del nacer; no debía de ser muy amante de las Danaes; por de menos consta engañó á las Ledas: pudo ser le oyese cantar al fin dulcemente.

Llegó á ver un cuadro grandísimo en que

el pintor amontonó los quejosos de la fortuna; el gran Pompeyo, á quien volvió las espaldas y el cabello la ocasión desde el día que sus caballos se vieron á la puerta del templo en Roma, si bien el traidor Ptolomeo lloraba la traición que hizo en quitar la vida y la cabeza á aquel famoso capitán, que también lloró César por no haberla cortado su venganza. Yuba, rey de Libia, cuyas maldades le obligaron á rogar á un siervo suyo le cortase la que presumió coronar del romano laurel. Aristóbulo, rey de las Indias, preso por el gran Pompeyo tres veces y la última muerto con veneno. Marco Tulio Cicerón, cortada la cabeza y la mano derecha, pudiendo serlo de los dioses, y la mejor mano y cabeza de aquel siglo y de los demás. Marco Lépido, uno de los varones que mandaba el Imperio conquistador del Africa, desterrado de Roma por César. Viejo y miserable murió Lucio César, querellándose del emperador Octaviano, su sobrino, que para siempre le mandó desterrar. Lucio Paulo, agraviado de la fortuna, que le había derribado de su estado; Marco Antonio y Cleopatra, ejemplos de la mayor miseria; Mario, en una laguna; Belisario

sin ojos. Otros muchos desdichados había en el cuadro.

Otro vió don Juan que le admiró mucho: era de un ángel bellísimo, asestando á una fortaleza real dos piezas de artillería de oro encabalgadas en dos carretones de oro y diamantes que, resplandeciendo, imitaban la casa del sol, poniendo fuego á las piezas; por una parte, batía las murallas, y por otra apuntalaba con fuertes vigas de plata y reparos la ciudad, para que no se cayesen paredes que con la fortaleza de los tiros, temblaban. Y parecióle á don Juan ser este cuadro enigma, de que si Dios, nuestro Señor, nos castiga por nuestros pecados, no nos quiere acabar; por una parte dispara tiros de artillería, por otra envía favores de victoria y años fértiles; puntales para que no acabe de perecer la fábrica del mundo.

Otro había del Hipócrita que comía en manteles de angeo, sin servilletas, hasta que de una en otra dignidad llegó al Palio, y viendo no había más que pescar, cesaron los embelecos, comía en los manteles del alba y en los que el sol.

Sus cuartos en que habitaba eran los que

envejecieron los del mismo dueño de la eclíptica. Sus manjares de Heliogábalo; y en vez de alfombras, oro molido que pisaba; y siendo antes visto y bien visto de todo el mundo, ya no se dignaba que le viesen. Pudo la hipocresía lo que no la virtud. Presumía el tal hipócrita que no sabía poco y no sabía mucho, y así no sabía mucho ni poco.

La galería estaba, sin los cuadros, adornada y enriquecida de tales pinturas, que en las frutas, excedió al cuadro de la Alhambra de Granada, por quien dijo un poeta:

Y aquel cuadro de las frutas,
bello, vistoso, loable,
del terreno deleitoso
de nuestros primeros padres;
donde también las fingidas
imitan las naturales,
que no hay hombre, á quien no burlen
ni pájaro que no engañen.

Las pinturas del oro de las paredes, imitaban el Real Alcázar de Madrid, y en diferencia de cosas diversas y maravillas, los techos también dorados, que no tenía don Antonio cosa que no fuese de oro, sino eran los hijos, un poco más bellísimos que el hermoso planeta de la cuarta esfera.

Ya el alba, que pudiera en la galería, llamaba al sol en el cielo, cuando se fué á despedir don Juan de don Antonio, que siempre la primera luz se corría de no habérsele anticipado; tal era el desvelo de sus bien logrados estudios, en quien la sutileza triunfó única. Dióle don Juan muchas gracias, como de las otras de estas mercedes recibidas; prosiguió su camino; llamó á Ricardo y á sus criados que posaban cerca; dieron prisa por la que daba el sol, que temiendo sus rayos y calores querían llegar al lugar primero. Como no se la daba el viaje pasaron la siesta con mucho contento; de la nieve, más que á copos hizo una montaña pequeña; contó á Ricardo las excelencias de la galería por imitar al dueño.

Trazaron la jornada, tomando el camino de San Sebastián para llegar á Francia y á París, y ver sus cristianísimos reyes y palacio de único renombre. Cerca de la noche salieron de aquel lugar y caminando como á las diez, comenzaron á relinchar dos caballos en que dos criados iban; sintieron que venía gente y á poco trecho que se acercaba una tropa de los que á caballo cercaban un coche de cuatro frisones. Lle-

gando á reconocerse, fué preciso parar á poner bien una rueda que había quedado sin rayos y pinas, de lo cual, temeroso el cochero, venía prevenido, que debía tener indicio del suceso. Don Juan reconoció que eran alguaciles de corte, que con dos pares de grillos de los que llaman los carceleros *del salto de la trucha*, traían preso en el coche á un hombre que parecía caballero y si no lo era, tenía reverendas. Pues como don Juan los conociese por vecino de todos, criado cerca de su cuartel, luego se apearon y en tanto que aderezaba el coche se apartaron á una fuente, que si no secreta, murmuraba fría.

Sentáronse todos, quedando veladoras grullas con el preso; y habiéndoles dado don Juan de los regalos que el dueño de la galería mandó dar á sus criados, contentos del encuentro, pidió le hiciesen merced de que supiesen el caso de aquella prevenida y cuidadosa prisión, presumiéndole grave; y el escribano que con ellos venía, que era muy buen relator, les contó el caso en esta forma:

Don Pedro Antonio, á quien el cielo dió peregrino ingenio, dueño de las artes libe-

rales, y el que pudo con más primor que Carranza escribir la destreza de las armas (que armas y letras en un sujeto se vieron pocas veces en tan verdes años), es el estudiante que en la Universidad de Salamanca quitaba al más diestro de la blanca ó negra la más presumida espada con sola una daga negra ó blanca; teórica y práctica vieron diversas veces con sutileza y valor puestas en ejecución, admirando á cuantos lo vieron. No era rico; el peculio moderado renta suficiente á siempre lucir en aquella Universidad uno de los que llaman generosos por la seda y criados prohibidos á los demás. Acabados los estudios se fué á Madrid, donde vivía doña Clara, su prima, con un deudo suyo; clara y hermosa como la blanca diosa del primer cielo; pocos años, mucha belleza igual á la bizarría, donaire y gracias. Enamoróse don Pedro y no se ofendió Clara; fuéla sirviendo sin ofensa de la dama ni de don Luis, tío suyo, caballero principal que le daba alimentos que no tenía, y le faltaron con la muerte de sus padres.

Si doña Clara se dejara servir no le faltara de los príncipes amantes de la corte el más galán: tal era su ingenio y belleza.

Empeñábase don Pedro, vendiendo pensiones y otras rentas que tenía, sirviendo con mucho amor y respeto á su prima que ya le amaba. Dióle vestidos y algunas joyas que su tío no le daba hasta que llegase tiempo de tomar estado ó entrarse monja. Aborrecía el segundo; y en el primero como en su voluntad quería á don Pedro. Sucedió que vino de las Indias á la corte don Diego Fernando, su sobrino, hijo de su hermano mayor que en la ciudad de Lima, en las Indias, había sido oficial real, contador y gobernador, y adquirido muchos pesos. Ya le había buscado posada, habiéndole escrito desde Sevilla que se la previniese, si bien no sabía que le aguardaba con tantas riquezas. Traía más de 50.000 pesos ensayados, muchas joyas de diamantes, cadenas y curiosidades de gran valor. Recibióle el tío con mucho amor y demostración; y, sabiendo cuán indiano venía, buscaron casa de ostentación, comprando colgaduras y el adorno que tantas riquezas pedía.

Compraron carroza de las que no se vuelcan, claraboyas pequeñas de las del mayor primor, frisones cisnes de un pasto y de mucha hermosura.

—Perdonen vs. ms. (dijo á los oyentes) si dilato el cuento, que más dilata el cochero el aderezo y no sé cuál dará más pronto fin.

Don Juan, que observaba lisonja á tiempo, respondió que la mayor era dilatar el caso con tan lindas palabras del suceso peregrino que prometía el principio y la prisión. Prosiguió que don Pedro se encargó de toda la hacienda, teniéndole el sobrino en lugar de su padre.

Llevóle muchas veces á visitar á doña Clara y su tío; hízoles fiestas, banquetes en los jardines y dióles algunas joyas. Solían comer los dos en casa de doña Clara: á don Diego le pareció lo que era y era la más bella dama de la corte.

Dineros y joyas le iba dando á Clara don Pedro, de las que guardaba del sobrino.

—¡Oh fortuna! dijo Leonardo (este el nombre del escribano) ¡cómo favoreces lo que determinas destruir con un mismo aliento y velocidad!

Don Pedro cuidaba cómo se casaría con la prima, quedando con la hacienda de don Diego, menos de veinte felices años, hasta allí los suyos; galán bizarro, entendido de los divinos ingenios de oro y dulzuras de

aquellos climas que el sol mirando enriquece, si no ignoró que por triste agüero había llorado en el vientre de su madre y á su nacimiento el cielo con planetas retrógrados y en la cabeza del dragón la luna.

Tomó resolución su tío de poner en ejecución su pensamiento. Trataba una dama de las bizarras de la corte, de lo que no podía con doña Clara, y un martes por la noche la llevó á dormir á su casa como otras. Tenía su cuarto no muy dividido del otro en que posaba don Diego. Acostado el infeliz mozuelo, y desviados en lo alto de la casa los criados, acostáronse don Pedro y Laura (este el nombre de la dama). Aquella noche la enamoró más tierno amante que otras. Mayores regalos y dulzuras la decía, si bien Laura presumió miraba á otra más dichosa, y que estaba divertido, porque se le morían las palabras antes de pronunciadas. Laura se durmió, que debía al sueño más que al desvelo; don Pedro no sosegaba; vuelcos daba más que en la cama, en la imaginación, suspiros y congojas le afligían.

A Laura despertó su inquietud, no dando á entender que no dormía; que alma vela en los peligros. Tal vez decía:

—Laura, señora, mis amores, bien mío, ¿duermes?

La dama fingía mucho sueño, y como hallaba esta novedad, le dió gran horror. Temerosa estaba, y como la fortuna prosigue siempre dando principio en las desdichas, viendo don Pedro que Laura dormía en no haberle respondido, ya después de la una que dió el reloj de Antón Martín (que allí cerca posaba) fué saliendo de la cama con el mayor tiento que pudo.

Sintió Laura que no tomó chinelas que tenía para levantarse, pero que tomó de la cabecera la espada y daga que había dejado, y que sacó la daga de la vaina, que en breve ruído sintió que no era la espada.

Aquí el temor cubrió á la dama de un sudor tan helado que se tuvo por difunta. Recorrió en la ya última hora su memoria como para morir de los pecados que había hecho contra Dios Nuestro Señor, y si alguno en ofensa de don Pedro; que quien no corría en todo por su cuenta, no fuera mucho alguna liviandad si precisa para el no mantenedor. Ya se miraba Lucrecia no forzada, y á ser pobre don Pedro y hombre nuevo de aquella noche, temiera la quería matar por

quitarla una rica sarta de perlas y sortijas de diamantes que llevó, que también enamora el adorno como la hermosura. Discurría en que hablaba como no hubiera otra persona, estando los dos solos en la sala, y presumía que debía de ser el demonio, tan espeluznadas se le pusieron á Laura las hebras de oro.

Abrió don Pedro la puerta con la llave que la había cerrado, y sin hacer ruído, salió y fué á la cuadra donde estaba el infeliz don Diego Fernando, que era muy cerca también, abrió la puerta con la llave que llevaba; maestra debía de ser que con guardas defendiera al mancebo que no tenía ninguna.

Oyó luego Laura, ¡oh, caso atroz! ¡oh, fiereza del corazón del hombre más atrevido, fiero y cruel que los tigres siguiendo los cazadores que les hurtaron los hijos!

—Parece, dijo Leonardo á don Juan y á los demás, que voy leyendo alguna historia ó fábula dilatando el fin; perdonen vs. ms., que nuestro cochero sabe poco de esto de rayos; más imita á Faetón en el oficio, aunque no lleva al sol en el carro de oro, sino á la sombra al demonio. También es buen

disparate hablar para cortar la más infeliz tragedia de Faetón y de Júpiter.

Respondióle don Juan:

—Eso es lo que estima el auditorio, que no sólo sea v. m., señor Leonardo, escribano, sino que saliendo de su esfera, pase á lo que nos causa admiración, que es lo menos que ha de tener el pintor, serlo. Con lo que sabemos que v. m. ha estudiado y sus escritos, muestra haber alcanzado y penetrado el alma de la lengua española: frases, voces y cadencias ilustres y peregrinas de que Aristóteles siente digno de su ingenio. Lo común le desagrada, si no á mí esta digresión que v. m. tan discretamente ha hecho, ya que no lo advirtió la fortuna por no llegar á ensangrentar las manos aún su relación.

—Ya parece, dijo Leonardo, que el coche se adereza: prosigo volviendo á él. Oyó luego Laura la más triste y dolorida voz de don Diego, que conoció, que había oído. Helósele la sangre á la dama; levantóse para salirle á favorecer, si con el ingenio que tenía cayó en su error y volvió á su lugar. Decía el desdichado mancebo muerto por tener hacienda (que á otros muchos

también tenerla les ha costado la vida).

«Señor mío, tío mío, padre mío, ¿por qué me mata? ¿qué le he hecho yo? Señor, déjeme confesar. ¡Madre de Dios de Atocha, Jesús mío, Virgen del Buen Suceso, ay, Dios!», quejándose dolorida y desdichadamente, que á cada herida que el cruel tirano de su tío le daba, le hacía quejar de nuevo. ¡Oh, fortuna! ¡Oh, fiereza inhumana! ¿cómo permites tan soberbia maldad, delito el más atroz que ensangrentó una misma si mal vertida sangre? Ya las voces eran con menos fuerza, que se iba acabando la vida, hasta que dijo: «¡Jesús, Jesús; Virgen María, ya soy muerto!» Con esto no oyó más voces ni ruido Laura; que el mal afortunado mozo se debió de levantar al ruido de abrir la puerta y de la primera herida y andaba huyendo por el aposento dilatando la vida, que la muerte debió de porfiar á sacarla de las entrañas, donde se había querido valer y se defendía aquel furor juvenil.

Comenzó á llorar Leonardo, que su noble y tierno corazón no dió lugar á proseguir la historia. Lo mismo hicieron don Juan y los demás oyentes, á cuyo ruego prosiguió,

que no podía de lágrimas y dolor. Dijo, pues, Leonardo.

Volvió á cerrar la puerta, dejando encerrado el ya lastimoso cadáver y abrió la sala, donde había dejado á Laura encerrada, si no muerta; aunque quien la viera lo debiera presumir.

Entró en la cama, y no con baja voz dijo: —Laura, Laura, señora, ¿oyes? ¿Mira que hay ruido? ¿No me respondes?

Aquí valió á Laura el ingenio y la sutileza del *Ars amandi* de Ovidio, que las damas que lo observan y viven de aventuras también padecen tragedias como historias.

Muy dormida se hizo; no respondió hasta que despertándola de intento, y preguntándola si había oído un ruido, que parecía andaban ladrones en el cuarto de su sobrino; antes que respondiese que no lo había oído le afeó el haberla despertado; que decía era crueldad ó ignorancia despertar á quien duerme.

Agradóse don Pedro de que no había oído las voces, y mucho más Laura de haber sabido fingir el sueño; si estaba de su parte el fingir y también el sueño, no agradando la

compañía, fingió que se volvía á dormir y fué á velar.

Ya serían más de las dos de la noche infausta. Amaneció, deseando el alba como la vida, y á título de que no la viesen, madrugó. Muchos escudos la dió el galán, si más de los que solía, que la fortuna suele dar mucho barato: aunque esto no le salió á don Pedro como pensaba. Levantóse también aprisa, y en saliendo Laura, cerró el dueño la puerta de la calle; volvió adonde estaba el ya difunto hijo de su hermano mayòr y con la cuchilla de partir lo que era menester, le cortó la cabeza, los brazos, piernas, y lo demás del cuerpo le hizo pedazos precisos para que cupiesen en una caja que, para sepulcro de aquel tierno si desdichado cuerpo, hizo traer el día antes. Cerrada con llave y bien liada y puesta una estera sobre la sangre que había en el aposento y cubierta con la ropa la que había en la cama (que regadas estaban la cama y la sala) llamó dos pajecillos que tenía, y diciendo que su señor se había ido por la posta á Toledo aquella mañana les pagó, y como la inocencia lo es no dudaron. Despidió al ama y otra criada, diciendo que se

iban á Sevilla, y como les pagaba liberal, no tenían qué responder.

El mismo lunes antes del desdichado martes había despedido los dos lacayos que don Diego tenía; el cochero posaba fuera de casa; tenía vendida la carroza, pagó al cochero y cobró el precio, y como el mancebo no tenía más amparo ni padre que á su tío, todo esto se pudo hacer con facilidad. Llamó un chirrionero, por ser pesada la caja en que estaba aquel cortado en flor, aquel joven infeliz, y dos hombres que le ayudasen, y diciéndoles que eran unos libros los que allí iban y que los enviaba al padre Prior de cierto convento de Madrid, con la carta que iba encima, debajo de una vuelta del cordel; que guiase allá, que ya iba tras él, dando á los dos que ayudaron dos escudos y otros dos al chirrionero.

Cargada la caja en el chirrión se fué para el convento; en tanto, con presteza hizo llevar en otro los bienes que había á casa de doña Clara y á quien ya don Luis, su tío, dijo que él y su sobrino iban á Sevilla y volverían dentro de un mes, y que don Diego había partido para aguardarle en Toledo.

El chirrionero llegó á la portería y aguardó una, dos y tres horas y más, que viniese aquel caballero que le había entregado la caja; no venía y era ya muy tarde. Llamó y salió el portero, al cual dijo llamase al padre Prior, que le traía allí una caja de libros y una carta. Llamóle, dióle el recado que le había dado el caballero de que aquello era para su paternidad y entrególe la caja. Tomó la carta; dentro iba, si bien disimulada en el bulto del papel blanco del pliego, la llave; hízola subir á su celda.

El chirrionero se fué á la misma casa donde le fué entregada, para decir cómo la dió al Prior y no halló á quien decirlo; fuese á la suya con sus dos escudos por no mal premio de su trabajo.

Las joyas y dinero puso don Pedro en poder de persona bien secreta, y tomando muchos doblones y las más ricas joyas de diamantes, fué con ellos á doña Clara, que ya la tenía enriquecida. Dijo que había menester hablarla en secreto aquella noche en su aposento sin que lo entendiese su tío. Quedaron de acuerdo, que bien podía doña Clara, y pudo ser que no fuese aquella la primera noche. Dejóle los doblones y ricas

joyas. ¿A qué diamante no ablandaran tantos diamantes y tantos doblones?

Con esto se fué don Pedro á casa de un amigo que tenía; que como lo era, aunque después le fué notorio el caso, le ayudó y no le descubrió. Llegó la deseada noche de don Pedro, y sosegada la gente de la casa de doña Clara, entró en su aposento y se encerró con ella. Y por no dilatar más la historia (que ya parece que el cochero acaba de aderezar el coche), dándole palabra de casamiento y mostrándole cuán enamorado estaba, la dama se dejó vencer; que esto de palabra de matrimonio es del veneno de las doncellas, el antídoto por quien se libran.

Ya cerca de la mañana le contó lo que vs. ms. han oído; que suplicar la historia no es de lo culto, no de Cornelio Tácito.

Quedó mortal, y volviendo en sí, le trató cruelmente, con más que lágrimas injurias, y preguntándole qué era su pensamiento habiendo hecho tal maldad, respondió que con decir que su sobrino se había ido y no sabía de él, y que en el convento adonde le envió no le habían de descubrir vivirían los dos casados, que era lo que había deseado en esta vida; y como sólo tenía de su parte

á doña Clara, no descubriendo el secreto á su tío, no debía tener cuidado, por ser muertos sus padres y no tener otros deudos. Clara no era poco discreta, díjole que se fuése.

Ya don Pedro debía de andar como Caín, huyendo de la ira de Dios, que si no hermano, el mancebo Abel, sobrino era. Al punto doña Clara tomó sus joyas y dineros, y sola, sin que nadie supiese de ella, se fué á un convento de monjas de Madrid. Á la priora dió cuenta del suceso, joyas y dineros que le guardase; y como á mujer tan hermosa y afligida, porque si bien no tuvo culpa en la muerte, la pudiera padecer presumiéndola la justicia y mirando que el haber dormido aquella primera noche con ella don Pedro, había sido arte para obligarla con la palabra y no ser ya doncella, poniéndole el hábito de monja, esperó el suceso de la fortuna creyendo que no se sabría que estaba allí.

Don Luis la echó menos y también á don Pedro; sabía los amores; joyas y regalos no parecían; presumió que se habían ido los dos. Encargóse de guardar muy ricos bienes que le dejó; y sabiendo don Pedro que Clara se había obscurecido, y que no pudo

saber de ella con diligencias peregrinas, mudando el hábito en el de estudiante, de que sabía bien, se fue á Valladolid.

Hasta aquí parece que basta saber de tan gran desdicha, ya que vs. ms. no pregunten qué contenía la carta, qué se hizo del cuerpo hecho pedazos. El prior la abrió y decía: «Vuestra paternidad entierre ese cuerpo y guarde secreto, que le sucedió una desgracia y le pusieron así.»

Muerto quedó el santo prior. Los frailes que estaban con él le vieron tan descolorido, turbado y temeroso, que presumieron haberle dado veneno en el papel, con la experiencia de las romanas osadías, y que el aliento último daba fin á su vida. Acudieron á saber el caso; fuese reportando y volviendo en sí, y habiendo hecho llamar á los demás frailes (que no eran muchos), abrió con la llave la caja y vió hecho pedazos un cristalino espejo, unos pocos, infelices, mal logrados años; un lastimoso cadáver, ya no cadáver, sino despedazado el que lo había sido. Fueron tantos los gritos, lástimas, lágrimas y sentimientos, que, á no reportarse, acudiera la vecindad. Con secreto le enterraron, haciendo muchas demostraciones de

sufragios y penitencias por el alma de aquel triste inocente.

Laura hizo tal sentimiento de la traición aleve, que fué á dar cuenta á los señores alcaldes de corte, y se dieron tal maña que por su declaración rastrearon el delito y el difunto, y dónde estaba doña Clara; hicieron averiguaciones de todo lo que ya será prolija digresión para vs. ms. Dos veces fueron á buscar á la también desdichada doña Clara al monasterio; las monjas la escondieron, de manera que no la pudieron hallar, si bien sabían que estaba allí, que no faltan ventores. Fueron al convento, el Prior entregó la carta, que se averiguó ser letra de don Pedro. Desenterraron el despedazado cuerpo lastimoso, hicieron las averiguaciones y volviéronle á enterrar, pues con esto se da fin. Temieron mucho las monjas que habían de hallar á doña Clara; con sabiduría de que la habían de volver á buscar, y con sus divinos ingenios, estando haciendo obra en aquella iglesia, y habiendo peones que trabajaban en ella, tomaron su vestido, dándole otro viejo el más enyesado oficial, y poniéndosele á doña Clara, y la hermosura afeada con yeso en el rosicler, y

dándole una espuerta de tierra, salió á medio día por delante de muchas guardas que la habían puesto y por entre los demás peones.

Ya el padre, que era su capellán y confesor, estaba detrás de San Jerónimo con un hábito para doña Clara y dos valientes cabalgaduras como las que él llevaba para la dama y un mozo, que ya no caminan á pie, y era criado de confianza. Poniéndole el hábito, caminaron sin reparar hasta la raya de Aragón. Llevaba el padre dinero y joyas de doña Clara, menos algunas que generosa debió de repartir, agradecida de tan alto beneficio como le hicieron dándole nueva vida.

Llegaron á un convento de los más principales de aquel reino. El padre le entregó sus dineros y joyas, hecha la corta y la que se había de hacer á la vuelta, á persuasión y fuerza de doña Clara. Entró con las madres de aquel convento, aunque ella no lo iba. Sabida la historia la recibieron con mucho gusto y contento, donde dicen (y no es dudoso) que está hecha una gran santa.

Los señores alcaldes penetraron que don Pedro estaba en Valladolid, mandaron que le viniésemos á prender; la prisión se hizo

dichosa, no digo cómo por no cansar; está en aquel coche bien aprisionado, y ya bien aderezada la rueda; no parece que ha sido de la fortuna por no clavada. Vs. ms. perdonen la dilación y Dios á don Pedro, que si le ahorcaran é hicieren cuartos en llegando, no es menester que se pregunte, ni lo lleven por saber.

Llamaba el cochero, todos fueron al coche. Don Juan deseaba, y los demás, ver á don Pedro. Viéronle. Don Juan le había conocido oyendo facultad en Salamanca. En viéndole lloraban ambos; no le habló porque no había licencia.

—Vuestras mercedes, dijo Leonardo, nos la den, que es tarde y hemos de cobrar caminando lo que hemos perdido por el cochero, si ha sido ganancia haber visto á vuestra merced.

Muchas gracias le dieron á Leonardo y todos se despidieron unos de otros, si pudiera don Pedro, de la vida.

Admirados iban los caminantes del más peregrino suceso que habían oído y de la mayor crueldad, quitando la vida á un inocente porque tenía dineros y joyas. Bien dijo el poeta, que la mayor seguridad de la

fortuna era no haberla conocido; ser pobre la más infeliz, si rico, navegar por Caribdis y Scila.

El medio para vivir es el medio este, se desaparece; consuelo en los tiempos desafortunados, infelices, que el fin de los trabajos es la muerte.

No iba don Juan agradado de no haber sabido qué se hicieron tantas joyas y dinero, si en viendo que eran pesos echó de ver que habían de ser pesares.

—Su prima, dijo don Juan, llevó gran parte, don Pedro dió las demás á su amigo; si no lo descubre don Pedro buen heredero es su amigo; si lo confiesa, las llevará quien no lo es. Esto le pareció haberle respondido Leonardo.

Amanecieron en un monte, donde había pastores y ganados; al subir á un llano vieron una cosa que les admiró. Estaba un pastor, no de muchos años, peleando como en batalla campal, meneando aprisa un palo que había desgajado de algún roble, con una desigual culebra, gruesa, larga, tan alentada, que parecía, no de las que arrastran por la tierra, sino que podía vivir en pie en el aire. Daba desaforados sil-

bos, movía el cuerpo y cola con tan gran velocidad, que con haberle dado el mancebo muchos palos (porque de las heridas le salía mucha sangre, que ya no era verde la hierba), le afligía con terribles, menudos y feroces golpes.

Casi los dos combatientes estaban sin aliento, y un poco antes de llegar don Juan, su amigo y criados, como valientes capitanes que ponen treguas en las batallas y desafíos de cuerpo á cuerpo, se apartaron á descansar ó á tomar aliento. Venenosa era la culebra, al parecer, por lo desfigurado que estaba el pastor.

Apeáronse aprisa, que el rendimiento del mancebo daba á entender que, volviendo sobre él la culebra, le acabaría de quitar la vida. Desenvainaron las espadas y se fueron para la enroscada culebra, que al punto que los vió, como si fuera el Anteo, hijo de la tierra, se levantó, desenvolviendo aquellas ruedas, y se fué para todos despreciados en el denuedo. Dió silbos espantosos que debían de llamar el favor que su contrario había hallado, y fué dicha no oirlos otras muchas culebras y serpientes que supieron habitaban en aquel monte y des-

truían los ganados, no haciendo falta lobos ni otras fieras.

Atrevida los acometió, y saliendo al primer encuentro don Juan, tirando al enemigo una fiera cuchillada, con tal destreza, le hurtó el cuerpo, y dando al contrario un vuelo (que así lo pareció), le dió tal golpe con la cola en el brazo de la espada, que apenas la pudo sustentar. Y corrido de ser él ofendido primero que los demás fué tras la culebra, que le temió, y le dió tal cuchillada al levantar el cuello, que se le cortó dividido de los demás, y dándole otras dos ó tres de furia, si ya no era menester, quedó hecha trozos, revolviendo el último como si tuviera vida.

La filosofía natural de esto es que tiene la culebra el alma dividida en todas las partes de su cuerpo, y por aquel breve tiempo distribuye lo que estaba concebido, y como no puede comunicar el todo á aquella parte, muere á diferencia de los que sienten el alma sólo en el corazón.

Aun para dar gracias á los del socorro no pudo levantarse el pastor, llamado Albanio; tan molidos tenía los huesos de los fieros golpes de la culebra.

Pusiéronle en un caballo de campo en que venía un criado, hasta el lugar, que estaba dos leguas, para que le curasen y confesasen, que bien parecía haberlo menester, y cuidaban de que vivo pudiera llegar á su casa.

En el camino le preguntaron qué suceso tan desdichado había sido aquél, y mendigando la respuesta al beneficio de no posible más, refirió, que dejando en el aprisco su ganado y yendo á buscar á otro hato dos ovejas perdidas, había encontrado una culebrilla muy pequeña que, sin hacer caso de ella la fué á dar con el pie, y sin otro daño comenzó á dar muchos y delicados silbos, y al instante, respondiendo con otros desiguales, había venido la culebra que habían visto, que debía ser madre de la pequeña; y como si la viera muerta, le acometió con tal denuedo que, á no hallarle con aquel bastón á la defensa, presumía le matara al punto; tales golpes le dió, tal apretura le hacía enroscada, sacándole de los brazos los pedazos, que vieron le faltaban, quedando las heridas tan amoratadas y denegridas, que bien se conocían venenosas, y había pasado lo que vieron.

Dió fin á la historia con suspiros y quejas de la fortuna y fuerte dolor, decía que el sentimiento era estar tratado de ser esposo de Finea, pastora bellísima de aquellos valles.

Don Juan y Ricardo admiraron el caso, no pareciendo novedad portentosa en culebras, sabiendo don Juan, por lo mucho que había visto y leído, que en los extremos donde iban los ganados había culebras y serpientes tan disformes, que no sólo acometían los ganados, pero llevaban los hijos á los pastores cuando eran pequeños.

En las Indias hay muchas que no hacen mal á los hombres, que durmiendo en los campos, las hallaban grandísimas entre ellos sin daño ni enojo. Otras hay venenosas y temidas; y quien hubiere visto las peregrinaciones de Pinto (ó sean historias ó fábulas) podrá admirar las maravillas de la naturaleza, prodigios y portentos temerosos.

Llegaron al lugar y á la casa de Bartolo, cuyo mayoral era el triste Albanio. Aprisa que la daba la muerte, le confesaron y dieron el Viático, sin poderle desnudar más de lo menesteroso para la Unción. Luego que-

dó muerto. Cuatro escudos dejó don Juan de limosna; al entierro se hallaron lastimados de tan terrible suceso, y prosiguieron su camino. Hasta San Sebastián no encontraron otras desdichas á deslumbrar, que no se hallan á cada paso.

Tenía don Juan en San Sebastián á don Francisco de Quintana, doctor en Teología, principal caballero, facultad que habían estudiado colegiales en Salamanca. Decía la persona con el ingenio florido, agudo de los maravillosos de su tiempo, también hijo de vecino de Madrid; asistía en aquella villa á negocios de importancia. Hospedó á don Juan, á su amigo y criados con iguales amor y ostentación. Es famoso poeta y ha pasado trabajos de la imprenta, si no validos á excusar erratas casi inevitables en libros; que libros excelentes como su ingenio le han esparcido por el mundo con grande aprobación por haber puesto al florecer en razón su entendimiento.

Fray Félix de Mendoza era prior del convento del famoso Guzmán, de aquella ilustre villa. Había publicado conclusiones, que un estudiante sin ser profeso hacía para cuantos le quisiesen argüir, en los

partes de Santo Tomás, de tabla á tabla; pero habiéndole pedido los que le habían de argüir, que el primer día fuesen de Filosofía las conclusiones, vino en ello fray Hipólito Méndez (este su nombre) y habíasela de presidir fray Isidoro de Zúñiga, valiente ingenio y maestro de aquel convento y de cuantos había en aquella provincia. Esto era un sábado á la tarde, y las conclusiones el lunes por la mañana. Cayó tan de repente enfermo de tabardillo el presidente, que al padre prior afligió como la enfermedad, el no tener efecto las conclusiones. Era amigo suyo don Francisco y estaba con él cuando esto sucedió. Viéndole afligido, sabiendo que quien le podía sacar de aquel cuidado era don Juan, le dijo que volvería á ver á su paternidad.

Fuése al amigo y díjole el caso. Respondióle que volviese á fray Félix y le dijese que allí estaba un amigo suyo que le podía sacar de aquel aprieto. Reía don Juan lo que pensaba hacer, y encargó á don Francisco no dijese más de que decía el forastero aquello.

Dióle el recado y fué tan grande el gozo del prior, que parecía de muerto haber resu-

citado. Pidióle que se le llevase allá, así lo hizo don Francisco, dándole á don Juan hábito largo, dejando la capa y espada. Llevóle al convento, y viéndole tan mozo el padre fray Félix, ya no quisiera haber intentado el proseguir las conclusiones; sin darlo á entender habló con mucho amor á don Juan, y él se le ofreció con humildad, si con grave semblante. Persuadido quedó el padre de salir con la empresa, y pareciéndole que había de sufrir si no fuese loco el forastero, pidióle que tomase su celda donde podría repasar en su librería lo que hubiese menester. Aceptó la celda y fuése don Francisco con Ricardo y los criados.

Hora de comer era ya, domingo; regalos muy curiosos envió el padre fray Félix á don Juan, y comió como si no hubiera de estudiar. Volvió á encargarle que por amor de Dios no se descuidase, dándole las conclusiones. Pidióle reposase un poco; respondió que las estudiaría con desvelo, y su paternidad sosegase, que no haría falta el enfermo. Cerró la celda y echóse á dormir la siesta, eran las cinco de la tarde y no había despertado. Con la maestra que tenía fray Félix abrió la puerta y despertó á don

Juan, que muy despacio se levantó y díjole:

—Señor don Juan: para estárseme acabando la vida es buena su paciencia de vuestra merced.

Respondió que su paternidad descuidase que allí estaba quien le sacaría de aquel aprieto y se fuése, que iba á repasar algunos puntos importantes, y queriéndole traer á fray Hipólito, le dijo que lo excusase, no perdiesen tiempo. Con esto se fué el padre prior cuidadoso y envió á llamar á don Francisco, y con mucha cólera y enojo le decía:

—¿Qué me ha traído v. m. aquí, que es hombre este don Juan que no ha quitado una cinta á ningún libro, y si no es comer y dormir no ha hecho ni debe de saber hacer otra cosa? Yo tengo de irme de este convento y del mundo. ¿Qué ofensa he hecho yo á v. m. que tan cruel venganza toma?

Respondióle don Francisco, mirase su paternidad que él no sabía más de haberle puesto en aquello don Juan y que no había de ser tan desatinado que aventurase el honor de todos; que bastaría para darle de puñaladas, pero que su paternidad tuviese paciencia y esperanza de que no quedaría vergonzoso.

Algo consolado quedó el padre; don Francisco se volvió á su posada, riendo mucho el cuento con Ricardo. Ya llegó la hora de cenar, y yendo su paternidad á ver á don Juan, le halló jugando con una perrilla que tenía en la celda; quiso echarle por un corredor, y reprendió á don Juan el descuido que tenía. Respondió:

—Sosiéguese vuestra paternidad que yo soy quien le sacará de cuidado y ha sacado á otros de más estrechos peligros.

No le replicó por no acabarse de precipitar. Envióle la cena; cenó como si no hubiera de estudiar. Sosegóse enviando á decir al padre cuidadoso que le bastaba aquella noche para la presidencia. Encerróse, y acostóse muy despacio. Al tañer á maitines no se levantó su paternidad, que levantado estaba, y casi muerto, fué á la celda y halló durmiendo á don Juan, y á todos los libros, que no había despertado á ninguno. Comenzó á decirle injurias y á lamentarse del más infeliz de los nacidos.

Preguntóle si era de los que habían de argüir y le hacía aquella burla. Respondióle mesurado se fuera á reposar, que hasta la mañana le bastaba para repasar lo

que había estudiado en las Universidades.

Dejóle por cosa perdida el fraile y dió cuenta de lo que pasaba á fray Hipólito. Díjole quería verse con don Juan á solas; así lo hizo, y agradeciéndole el cuidado que ponía en presidir á sus conclusiones, respondió, que si bien no había menester presidente tan valiente ingenio como el suyo, le serviría. Pues viendo el estudiante que ni le pedía cuenta de lo que había estudiado, ni le prevenía ni enseñaba, se fué un poco más descontento y desesperado que su mayor, y tuvo por loco á don Juan.

Llegó la mañana y fuéle á decir fray Félix que ya quería despedir los que habían de argüir las conclusiones, y que mirase la injuria que le había hecho, y que había en casa quién no lo había de llevar en paciencia. Respondióle don Juan no hiciese aquel desatino sino que fuese luego, pues ya había llegado la hora, á poner el acto en efecto.

Hallóse allí don Francisco y consoló al padre Prior. Vinieron todos los frailes y murmuraban, no de don Juan, sino de quien le había creído, y á ver el fin, pareciendo que podría ser locura ó milagro.

Salieron á la iglesia á dar principio. Pues ya todos en orden, muchos y grandes ingenios, los que habían de argüir, y viendo lo que ya se había divulgado, y estando en la cama el padre Prior, poco menos peligroso que el presidente, comenzaron á argüir.

Respondía el sustentante con mucha agudeza é ingenio; y como el presidente no hablaba ni respondía, se fueron entreteniendo con la agudeza é ingenio de fray Hipólito. Esto iban á decir al padre Prior, que estaba mortal, y con él todos los frailes.

Hipólito temía quedar sin honra. Don Francisco y Ricardo reían mucho de los que dudaban. Arguyó el segundo y tercero y los demás, por no hacer largo el discurso, y no habló palabra el tal presidente. Pues acabado su argumento el último, y todos esperando á si había de hablar don Juan los que no le conocían; dió muestra de que quería dar principio, y como lo falso era del general de la Universidad, y tenía de sí tanta satisfacción y arrogancia, dijo, comenzando en tono bajo, á fuer del gran Basilio, que él había emprendido cosa que juzgó menos difícil y no había presumido hallar tan grandes ingenios.

Fuéronle á decir á su paternidad que ya comenzaba el presidente, y que no había parecido de disparates el exordio, dulce, grave, sentencioso, soberbio, seguro y amenazador. Incorporóse, y el alma pareció que había vuelto al corazón.

Prosiguió que en el primer argumento, que se había dicho *Filosofía est meditatio mortis*, sentencia de Sócrates; que esta definición convenía al cristiano, y que el nombre de filósofo no se interpretaba sino ser amador de la ciencia. Y en los otros argumentos, en que Marco Tulio la llama invención de Dios, y lo que decía Platón sobre esto, que era ley de la vida, camino de la virtud, fuga de los vicios, y á la luz de nuestras operaciones maestra de las costumbres, la orden del pensar interno, regla del entendimiento, quien enseñaba las cosas elementales, y final, la contemplación del supremo cielo.

No se dice por no cansar, cómo don Juan refirió todos los argumentos que habían hecho al sustentante, con tan grande admiración suya, y de todos los presentes, que presumieron ser aquel hombre, si mancebo, alguna deidad que con tan grande excelencia

y sabiduría los había resumido los argumentos, enmendados en lo que habían errado, enseñado lo que pudieran decir, culpando el poco desvelo para orar en público, cuánto importaba adelgazar los puntos y los ingenios.

A este tiempo se alborotó el auditorio porque el padre fray Félix, sin acabarse de poner el hábito como debiera, entró por enmedio de todos habiéndole dado noticia del angel que presidía, y en alta voz, y con lágrimas de contento, dijo:

—¡Bendita sea la madre que te parió!

Don Juan muy á lo grave, sin hacer caso del buen fraile, hizo una fuerte réplica al que le pareció más agudo, y él le respondió cómo sentía lo que había propuesto. Díjole que por allí iba perdido, que mirase otro mejor modo, y levantándose, con grande ira dijo:

—Yo le haré á v. m. una réplica que no la tendrá.

—Diga vuestra paternidad, que también era fraile del mismo convento. Por la filosofía se restituye el gobierno con orden singular, rige la ciudad con justicia y templanza, administra la razón con sabiduría

admirable, dando conocimiento amplísimo del primer movedor, declarando la inteligencia, asiste á la esfera celeste, y con la mayor razón discurre sobre todo y lo ejecuta, verificando la sentencia de Sócrates.

Prosiguió lo que se excusa á no diferir, y díjole don Juan que su argumento tenía falencias y le negaba la mayor. Respondió el padre:

—Lo que yo digo es cierto; oyólo un compañero mio en Salamanca al mayor ingenio de aquella Universidad, que era don Juan Bernardo, de los divinos hijos de la insigne Madrid. Respondióle:

—Nunca don Juan Bernardo sabría lo que vuestra paternidad dice.

—¿Conócele v. m?, replico el fraile. Díjole:

—Conózcole como á mí, y se pudo engañar.

—No se pudo engañar, le replicó.

Volvióse á levantar en pie, airado, defendiendo al maestro, y respondióle don Juan:

—Vuestra paternidad se sosiegue, que su argumento es cierto y su ingenio grande; yo soy don Juan Bernardo y muy servidor suyo.

Don Francisco y Ricardo se fueron para el padre fray Félix, que ya estaba más fuera de juicio de contento que lo había estado de pesar.

Fray Hipólito y los demás frailes, y cuantos en el monasterio había, se bajaron de la cátedra con grandes vítores y voces, dando á Dios muchas gracias y á don Juan muchísimas bendiciones.

Todos le abrazaban y llevaron los que habían argüido en hombros á la celda, cuyos libros no tuvieron queja de don Juan, que buenos libros eran su cabeza.

El padre fray Félix le daba quejas de haberle hecho desconfiar y de no haberle conocido.

A don Juan y sus amigos regalaron ocho días en el convento, en el cual leyó algunas lecciones de las ciencias que le quisieron oir; regalos y curiosidades le dieron á la partida.

El doctor don Francisco de Quintana, famoso por sí, y sus *Experiencias de amor y fortuna, Hipólito y Aminta*, se quedó á dar fin á sus negocios. Don Juan, Ricardo y dos de los criados (despidieron á los demás) partieron para Francia, dejando admirados á cuantos le conocieron en aquella famosa

villa, haciendo burla del padre dudoso, los frailes de su convento, y de la poca fe que tuvo del más sutil ingenio. Corrido estaba, si no pensó usar más el oficio, si lo hubiera quedado.

Partieron á Irún, donde llegó un correo por la posta á Ricardo, avisándole de cómo en el juego de los truques de la calle de Francos, en Madrid, habiendo palabras, don Pedro, su hermano mayor, que tenía el mayorazgo de su casa con seis mil ducados de renta, con hombre desigual y que le pudiera excusar, le fueron dadas por el contrario dos ó tres heridas de que murió al quinto día; que luego volviese á tomar la posesión del mayorazgo.

Buena era la nueva para quien tuviera á su hermano menos amor, si en consuelo equivale.

Lloraron don Juan y Ricardo hasta que, David y Jonatás (rebosaba el vaso algunas lágrimas), se apartaron de las otras lloradas por el hermano; que no vencieron á Ricardo los seis mil ducados de renta, aunque lo duda la filosofía.

Despidiéronse con mucho amor, prevenida la correspondencia. Encomendóle don

Juan el regalo de Leonor, que podía: tal fué siempre, lealtad y obligaciones de Ricardo.

Desconsolado quedó en Irún don Juan; sintió en el alma ausencia del más fiel amigo; no le tuvo la antigüedad de mayores excelencias, que si aventuraban la vida tal vez por el amigo, Ricardo por don Juan y don Juan por Ricardo, las aventuraron muchas veces; y parecía que un amor, un alma, una voluntad animaba en los dos cuerpos, de que venía saberse los pensamientos, imitando, al parecer, al que los conoce.

Dos días estuvo don Juan sin dejarse ver de estudiantes y caballeros de Irún que le habían visto en San Sebastián hacer tantas maravillas, cuando llegó á donde él posaba un caballero francés, mancebo de hasta dieciséis años, poco más, con seis criados; la cara, la gola, el rico vestido tabí de oro, lo guedejoso crespo de Arabia, los tufos más que para enamorar, la belleza, más de la diosa Venus que de Carlos, que luego le nombraron sus criados; una gruesa cadena de diamantes, tan hermosos, y de tal riqueza, que antes de saber don Juan el nom-

bre, que á este propósito se lo dijeron, les preguntó si era Ganimedes, Jacinto el amado de Febo ó Faetón, hijo del sol.

Apeóse con gallardía, y como don Juan vió lo que no había podido imaginar, llegó luego con la cortesía española á besarle las manos. No hiciera mucho, que las del papel de la mano fueran negras; y si los pies parecía que apenas hallara en que, tan breves, pequeños y bien formados eran. Carlos, discreto y amoroso, llegó á dar gracias (que no le hacían falta) á don Juan Bernardo, que ya prevenido había inquirido el nombre. No preguntó la nación, que el vestido y lengua le dijeron ser español; y cierto que Carlos se pagó mucho de la gala y persona de don Juan, y no sé si también de la dulzura de las palabras que después entendió de Carlos, había presumido ser francés. Ofrecióse el uno al otro, y á Carlos se le debió de ofrecer más las preguntas ordinarias de los pasajeros. Diéronle al recien venido, que observaron los huéspedes, la mejor sala, que siempre tienen guardado lo mejor, por no despedir al que viniere de mayor importancia que el venido. Carlos hizo que don Juan fuése á su aposento y pi-

dióle comiesen juntos. Los cortesanos lo son; no dificultó lo que deseaba. Los criados de Carlos traían muchos regalos prevenido, á la duda de no hallarlos. Sentáronse; Carlos venía caluroso, un poco del sol traía aunque á don Juan no le pareció poco ni al sol, que encendida la bellísima cara sobre la nieve ó jazmín, el cabello, si de oro, al redropelo (así lo dijo el discreto Pedro Liñán de Riaza), más parecía que haber sido causa de su hermosura, ser el mismo sol dividido en los orbes ó estrellas de aquel bellísimo mancebo; y á no ser tan airoso, que imitaba al dios de la quinta esfera, no diera crédito don Juan á tan rara belleza.

Despedíase; la causa, dejarle descansar, que la fatiga de lo montuoso le habría acrecentado la pena del camino. Corrióse Carlos de que le tuviese por no robusto y no le dejó ir. Los criados de ambos cuidaban del regalo de sus señores, y en tanto, don Juan, preguntó al francés qué viaje había hecho, y respondióle que era natural de París, señor de muchos vasallos, su casa principal, inmediata á San Dionis, tenía deudo con el Delfín de Francia por ser su familia de los

de la sangre, que habían quedado en lugar de los doce Pares.

Tenía un hermano mayor que era el sucesor en su casa, con muchos bienes, sin los que él gozaba. Era su hermano, monsieur de Lansaque, tenía veinte mil ducados de renta y muchas villas. Determinaron ver algunas provincias, como hacen los príncipes y grandes señores, y aunque caballeros franceses, hacían lo mismo expuestos á no gastar sus haciendas, sino valerse de la piedad; á diferencia de tal opinión, habían hecho espléndidos gastos y liberales mercedes. Habían estado en la corte, viendo á sus católicos reyes, infantas, grandes y señores, y á la bellísima reina suya y de la monarquía española, doña Isabel de Borbón, á quien habían besado la mano, después de haber visto su alcázar real y las maravillas de la corte, y por la mayor la del fénix español Lope de Vega Carpio, que estaba en el año del noviciado de caballero del hábito de San Juan, laureado en Campidolio por el Poeta Español, maravilla del mundo.

Admirado estaba don Juan Bernardo del discurso de Carlos alabando el maestro de don Juan, diciéndole que más parecía ha-

berlo hecho él que no Carlos, por ser el que más en esta vida había amado y amaba, á quien debía haber escrito dos librillos estimados por no comunes y donde la lengua española, se hallaba ilustre y gloriosa, uno de *Novelas,* otro de *Varias fortunas*. El tercero, *Epítome de la historia del señor rey don Juan el Segundo; Epítome con glosa á las fábulas de la antigüedad*, un tratado de *La pura y limpia Concepción de la Virgen María Nuestra Señora,* sin culpa, sin mancha de pecado original, á diferencia de cuanto estaba escrito, por novedades y sutilezas peregrinas.

Dió muchos agradecimientos á Carlos por la merced que en alabanzas del poeta español sintiese con él á un mismo fin; fuéle á besar las manos, que dárselas tuviera por mayor.

Quería Carlos preguntar á don Juan también de su jornada, que esto de saber vidas ajenas y novedades es lo que más agrada.

Estorbo sintió y no sé si pesar de cubrir los criados la mesa y traer á un tiempo (á uso de Italia) toda la vianda, dorada como en las bodas de los cristianísimos reyes de Francia.

Sentáronse á comer, si antes previno don Juan á Carlos advirtiese que dejaba destroncada la historia, y le había de dar cuenta de su hermano, sin ser Caín, y de cómo no venían los dos juntos. Lo haría, dijo Carlos, que no haber proseguido, era á no enfadar con la digresión pródiga; y pues había entendido que los dos iban á París, y no de prisa, no quería que se la diese, sino que muy despacio, ya que se debía á la amistad de los caminos, platicasen y discurriesen.

Tenía el huésped una mozuela hija, y llegó á servir un plato de frutas muy hermoso á Carlos, si no tanto como el paje; Carlos le tomó, y las manos; al tomar díjole que era muy hermosa, que en aquella tierra más nacen los que San Gregorio decía de Inglaterra, que mujeres; angélicas son sus hermosuras, no con los adornos cortesanos ni los coturnos de oro, si la belleza no los ha menester, que en ella vienen á ser demasías. Dióle un doblón, y al recibirle de su mano, le apretó Carlos la suya.

—No me desagrada, le dijo don Juan; señor don Carlos, por Dios, que le ha hecho salir colores á la doncella; no le quite el

nombre, cedo el derecho que pudiera tener, todo se rinde á tan gentil caballero. Don Carlos respondió:

—Señor don Juan, deben de corresponderse las estrellas, tengo mucho del signo de Venus y soy muy aficionado al de Agosto.

—Dígame v. s., dijo don Juan, si se *libra* ¿qué es lo que le sigue en el de Septiembre?

—Dejemos la respuesta para Octubre, que hará v. m. que eche *escorpiones*.

Prosiguieron la comida más entretenidos que golosos. Caso ordinario, estos conocimientos y amistades en los viajes; no sé qué tienes de parentesco; quien se aventura al punto por el compañero, la hacienda y la vida, cuanto y más la cortesía y buena correspondencia.

Principios diferentes y viandas les sirvieron, y postres de muchos dulces. Bastaran los discursos por fin. Fuéronse á reposar, diversos los pensamientos, don Juan en Leonor, Carlos en don Juan; tal afición de buen amigo había puesto en el alma; que en ver, aprender y amar, no es cosa en que el amor pone duda; es como el que duerme

y despierta en el día que al punto viéndola la luz la ama; y hay quien no duerme por no defraudarse en aquel tiempo de tan excelente potencia y maravilla. Esto ha saneado el poeta español en sus *Comedias;* y la luz que se enciende con otra, y adelgazando más, no sólo la luz, si el humo se enciende en acercándose á ella.

Don Juan maldecía ya el tiempo que había estado sin ver á Leonor, y la necia empresa, que ni era buena para volver atrás ni pasar adelante. Esto hacían á la partida don Juan y Ricardo; ninguno quería volver las espaldas al otro, con tenerlas seguras; don Juan sin él no quería pasar á Francia; Ricardo, sin don Juan, no quería volver á España. ¡Oh, locuras de la vida! Don Juan rico, noble, caballero, dama hermosa, discreta, y al igual de su imaginación, que parecía haberla hecho el cielo á sus puras imaginaciones, ¿qué iba á buscar?

Peligros, daños, traiciones, prodigios, desdichas en la tierra y en el mar. Dudoso el suceso no triunfa la fama, no saber lo que haría la fortuna; si perecer en las aventuras ó merecer laureles; que esto en duda era terrible frenesí, si no fuera para adqui-

rir fama y nombre á la posteridad; que nacer á morir de enfermedad de haber nacido, también lo hace el más rudo animal. Los laureles, palmas y triunfos, los esplendores ilustres de los siglos, hacerlos de oro, es haber favorecido el cielo á la eterna memoria; que un tanto más en el mundo es lo que un tanto en el juego, que por sí no tiene valor, y vienen á parar á los pies de la mesa y de los que juegan.

Esto obligó á don Juan á ser varón ilustre; la fama le sacó de su patria con los ejemplos de Aquiles, Alejandro, Julio César y los demás héroes y capitanes invencibles, sin ponerle horror, peligros, ni dificultades.

Presumía el autor que la ferviente sangre peregrinando, disminuye con la ausencia y el furor juvenil, lo amoroso de las damas con otras, la amistad con los nuevos amigos, y no hacía muy mal el argumento en don Juan; mucho quería á Leonor, y acordábase de dos versos, por la mayor amante que había dicho:

Que con cada sol que sale
mudamos de parecer.

Y si él galán no fuese, ó si fuese el más enamorado, podría decir también lo que dijo un Macías hablando de las más queridas ninfas, dando consejo á un novel amante:

Querellas y no creellas;
y si quisieres alguna,
muda amores cada hora,
como ellas cada luna.

La coplita tiene también su poquito de romance en que disuena como cuerda no templada; aunque las templadas á puro cuerdas, aun ofendidas, no disuenan.

El amor miraba á don Juan celoso de Carlos, pretendía ser el del doblón de oro con la doncella, que se le fueron los que las damas llaman estrellas á las suyas, esto en cuanto á Leonor; y en Ricardo ya estaba á las que le volvió, á la partida con el gallardo Carlos, francés por la vida, ejemplo en un príncipe que á un tiempo servía á diferentes auroras, pues el que no se alumbra con su luz y halla otras en diferentes regiones estando en medio el río del olvido, que basta el Beobia, que tan cerca de Irún tenían, que divide á España y Francia, ¿qué celos se pueden pedir de la otra vida de su

jurisdicción? El norte Polo ártico, no gobierna, no guía más de hasta el contrapuerto; que si las luces de tan excelente y maravillosa estrella no vale más de hasta su distrito; perdone Leonor, que en la corte queda florida primavera para las ausencias, que el acero de los Mayos no es para la fortaleza del amor, sino para contenerle contra los ausentes, si de no haberles tenido, los viene á tomar; y suele no sanar la opilación, sino con hacerla mayor.

Con esto se durmió; presumía que en pasando á Beobia, serían diferentes los pensamientos; á que ayudaba no haber tenido con Leonor más que sólo servirla, por deuda suya y mirar á que disponiendo la fortuna algún acierto, podría ser su esposa.

Feroces, de atrevidas imaginaciones de la otra parte del sueño vacilaban en Carlos tremendas y atrevidas, no hallaba lugar de sosiego si no las osaba comunicar. No presumía decirlas á don Juan intempestivas; que quiere Sócrates para elegir amigo, ver lo que hizo con el que tuvo, y pensar en el descubrir el alma y hablar bien, que el amigo puede venir á ser enemigo, y el mayor enemigo amante.

Ya el sol al desmayo previniendo el alba indiana, salieron á pasearse hacia el mar los dos caminantes solos; allegaron á que no lo fuesen caballeros, estudiantes y amigos, aficionados de don Juan, que todos recibieron con discreción y agrado. Decían de don Juan tantas alabanzas y excelencias, refiriendo por la mayor la burla de las conclusiones que dió causa á Carlos obligarlos á que lo contasen. Don Juan, vergonzoso, lo impedía; al fin, le contaron cómo había sucedido, que rieron todos.

—¿Eso tiene v. m. encubierto, señor don Juan? ¿Tanta ciencia? ¿Lenguas sabe? Pésame de la noticia de tantas; sola una quisiera yo que supiera v. m., y esa que fuera la mía, por dulce y sabrosa.

Respondió:

—Siendo de v. s., ¿cómo había de ser? Ya yo la he aprendido, por lo que me enamora más que la materna propia.

Los caballeros le pedían leyese una lección de astrología antes de marcharse, y como Carlos escuchaba atento alabanzas del compañero, íbale cobrando más amor, si fuere posible. De estas y otras cosas trataban y se entretenían, y parecía don Juan

sentir Carlos haberle impedido lo que le quería comunicar; pero no fué posible desasirse lo forastero de un hombre insigne que desea conocer.

Con la noche volvieron á la posada, determinando caminar al siguiente día. Cenaron, y quedando á solas, don Juan quiso que Carlos prosiguiese el suceso de su hermano y suyo, que lo dijo con esta brevedad:

—Monsieur de Lansaque, mi hermano mayor, tuvo gusto de ver á Italia, donde fué con muchos criados; yo quedé con los que v. m. ha visto, y volvíme á Francia, y como encontré tal compañía, no echo menos la que me falta.

Gracias le dió por el favor don Juan, y dejando los sucesos de que había de dar cuenta, le dijo Carlos se la quería dar de uno muy gracioso y temerario que le había sucedido en Madrid, deseando que don Juan le tuviese, ya que niño, por hombre y por muy hombre, y dijo así:

—Posaba yo en Madrid, después de haberse ido mi hermano, en casa de un caballero francés que me hospedó por conocido y haber criado con mis padres, por no decir que los había servido, hasta que pasaron á

mejor vida. Parece que decimos las del *Flos sanctorum*, que acaban con esto de mejor vida. Tenía una mujer moza bizarra el caballero llamado Pierres, una hija de otro matrimonio; era bellísima dama, si no ya doncella, aunque se lo llamaban, por haberla burlado con palabra de casamiento un galán, también francés. Yo la amaba, y doña Polonia (este es su nombre) no estaba en contra; amor me cobró, díla dineros y regalos, que hartos doblones y joyas dividimos mi hermano y yo á la partida; joyas dí á doña Jerónima, su madre, ó como llaman á las que nos dieron el ser. Teníala contenta; no sé si lo estaba más del dueño de las joyas. Agradecida, prometió de que yo pudiese verme á solas con Polonia, que esto de vender una mujer en Madrid á la mayor amiga, sin ser Judas, sino de consentimiento de la vendida por el interés de las dos, hay pocas menos que las maestras de esta facultad. Sucedió que una mañana, sin que yo lo entendiese, Pierres iba á Toledo por ocho días; la buena Jerónima me hizo esta plática:

—Yo, señor don Carlos (perdone la osadía), tengo un galán á quien mucho amo; el

amor recíproco sabe que esta noche, con la traza que tengo imaginada, ayudándome v. m., puede hablarme en el aposento de una criada. Si v. m., pues, es caballero y se atreve á una cosa, que si tiene peligro, para eso hizo la fortuna los osados á quien ayuda, yo conseguiré lo que deseo y v. m. la noche siguiente, y aun antes también. Dijo don Carlos que había dicho á la buena Jerónima la ayudaría, ypor su gusto, aunque no lo tuviese, pondría la vida en aventura.

Y respondió:

—Señor: v. m. se ha de acostar en mi cama con mi marido, que como es hombre viejo, puede con seguridad, sólo para que entienda que mi lugar está ocupado, y aunque no es tan viejo, aquí ha de valer el ánimo de v. m., que le prometo darme la mayor prisa que pudiere en volver á la cama. No quise (dijo Carlos) mostrarle yo flaqueza, ya que ella me había mostrado la suya. Concertóse como.lo quería la tercera y primera; llegó la hora, que pudiera ser fatal, y sin saber yo la ausencia del marido, estuvo conmigo y despidióse de mí, y dijo que se iba á acostar. En siendo la hora, que sería ya á las doce, me fué á llamar Jeróni-

ma; yo me previne de sola una daga desnuda, y haciendo un lío de mis vestidos, como el que va á nadar, si aquí pudiera morir, entré por la parte que ya tenía paseada de aquel día, como carrera que había de pasar; entré por detrás de la cama, que mirando al premio todo me pareció fácil. Acostéme con harto cuidado del desvío, la daga debajo de la cabecera; fuí contando las horas, y cuando estaba la señora Jerónima con su galán en grande gusto, yo en las penas del infierno. Dieron las dos de la noche y el buen señor comenzó á toser, que hasta allí había dormido, y levantándose, tomó el que miran los médicos de los enfermos; yo temí no fuese la espada si se le antojara acercarse á su mujer. Tomé la daga, incorporéme, que sin luz todo se encubre, y al cabo de un breve espacio se volvió á la cama, y lo que hasta allí no había hecho hizo, que fué acercarse hasta donde yo iba saliendo fuera de ella; echó un pie sobre otro mío. Aquí tomé la daga y le quise dar. Íbase acercando más; yo al retiro, y para hacer otro tanto como él, me levanté y tomé la que allí cerca había dejado Jerónima al subsidio no excusado. Entretuve lo que pude, volví á la cama;

estaba el más cuidadoso que podía ser como había de dar de puñaladas á Pierres si me conocía. Como la señora Jerónima estaría libre de mis desvelos, como había hecho yo tal osadía, fuí contando las horas, que si las del infierno tienen tales penas, con razón las llaman infernales. Llegó la mañana, gracias á Dios, que fué de mí más esperada que de las calandrias y ruiseñores á la salva de la aurora y nunca la buena Jerónima dejaba á su galán ó demonio que así la entretenía. Ya tenía por costosa la pretensión, que pasar estos riesgos con dineros y joyas más era para otros lugares que no para la corte, que como todos son discretos, ahorran de peligro y deshonores. Pues cuando yo estaba desesperado y me quería levantar aventurando de mejor intención la vida que la paciencia, entra la señora Jerónima, no cuidadosa de mis desesperaciones, y fuése para una ventana muy grande de una reja que estaba al Oriente, por donde en la mañana más alba entraba todo el sol. Temí alguna traición, tomé la daga, salté de la cama, y la tal Jerónima abrió toda la ventana. Tanta luz entró, que siendo al nacer el sol en el Oriente, parecía en su exaltación. Quise

arremeter á ella para darla de puñaladas y luego á su marido, cuando la veo caída en el suelo, no de las puñaladas, sino de risa; y volviendo á ver á Pierres, hallo en su lugar á Polonia, como nunca amanecieron el alba ni la aurora, imposible con tan rara belleza y hermosura. Parecióme haber visto la primavera entre sus flores y rosas, jaspes y maravillas que en aquel punto conocí que era el alba en la risa de la mañana, y de muy corrido, me hallé turbado, y haciendo mucha burla de mí la señora Jerónima, la eché fuera de la sala y la cerré por dentro con llave. Cerré las ventanas y comenzando de la mañana la noche, no se abrieron si no fué para comer, hasta las veinticuatro horas, como efímera.

El buen Pierres había partido para Toledo y volvió, y cuando dijo que se iba á acostar, queriendo que yo no supiese el viaje, se volvió á ir. Si la señora Jerónima hizo la mentira verdad, no lo sé; mujer discreta era; pienso que cumpliría la palabra á su galán, como me la cumplió á mí. Ocho días estuvo Pierres en Toledo y yo en su casa, no hay que decir si con Polonia que lo deseaba. Al fin, las regalé y dí mu-

chos dineros y joyas. Polonia quedó que ha de venir á buscarme á Francia; no lo digo porque v. m., señor don Juan, entienda que se halló servida ó enamorada, que los amores de la corte no tienen fuera jurisdicción. Si v. m. deja allá cosa que le dé cuidado, no cuide si hay Jerónimas ó Marianas que acomodan las amigas, que los gastos son grandes, los coches costosos y se ha hecho gala de vender la joya que se paga al dueño y se queda con ella la dama para volverla á vender, que debe de sanar de noche lo que enfermó de día, como la peña de Prometeo. Perdone v. m. el haberle dicho mal de las damas de la corte; parece que tengo celos, y los celos tienen reverendas para ordenar mentiras y levantar testimonios.

Mucho agradeció don Juan á Carlos el haberle hecho tal favor y merced como darle cuenta de sus ocultos pensamientos y secretos amores, y le hizo esta réplica:

—En cuanto á los celos, sabía que en dejando el galán á su dama á largos viajes no los había de tener, y en lo que tocaba á Polonia, ¿cómo la había podido dejar si la amaba y tenía tan rara belleza?

Replicó había de ser el caso escandaloso

y no quiso aventurar más, que en la Corte no eran buenas las propiedades, sino las aventuras; que lo hermoso en Madrid era como los cielos, el último, el de mayor belleza y no parar en una esfera venía á ser inteligencia y en eso, aun en la eclíptica, se imitaba al sol, y no paraba la mayor armonía. La luna tenía el movimiento por excelencia, y si en el cielo había estrellas fijas, también las había errantes, y por esto había dejado á Polonia, y ya la dejaba con más premio á menor costa que el burlador marido y teniendo su flor por flor.

El viaje quedó ordenado para el día siguiente, que si bien deseaba Carlos saber y escudriñar la vida de don Juan, se quedó para no tan aprisa. Fueron á dormir, si por dicha alguno de los dos á velar. Temerario veneno es el de la noche; ¡qué de aficiones atizas! dijo Liñán.

No acertaba Carlos á despedirse; esto tiene el amor, que goza más de lo que padece que de lo que goza, solicita el fin y teme; no le procuraba Carlos aun para reposar, que mal reposa quien ama.

Don Juan culpaba á Polonia; dábalo á entender Carlos; si pudo ser engaño y te-

ner el alma en la que imposible lo podía presumir.

Don Juan se fué á su aposento, que ya el invencible tiranizaba no le obedecer.

Amaneció el alba con pies de rosa, y como la mañana era la más hermosa y clara que entre sus arreboles, bordaduras y luces, le hicieron peregrina salva las aves con dulces voces y armonía; con el albo rocío enjendró el cielo jaspeado las más lucientes, iguales y blancas perlas del Sur, por quien despreciaba al sagrado Océano, cuyos corales se ponían colorados, vergonzosos de estar á su presencia.

Despacio previno Carlos el viaje, sin sol por excusar la ofensa á don Juan, contra la opinión de Francia. Caminan los franceses en verano con la fuerza del sol, no en el más sosegado, sino en el mejor trotón, y retrocediendo su mismo natural, previno contra él excusar daño al compañero, de cuya vida parece cuidaba como si le importaba. Esto previenen el amor y la cortesía. Amanecieron con la primera luz caminando; pasaron el Beobia que ha visto mayores que los indianos riquezas en las entregas de las católicas reinas españolas y cristianísi-

mas de Francia, con los ejércitos de ambos reinos á la vista, no para la duda, sino á que la fama admirase la ostentación. Las cristalinas ondas ofrecieron risueñas los hombros á los pasajeros, valiéndose con demostración de enriquecidas por el famoso Carlos que reconocieron de las francesas lises célicas de sus lenguas fueran sus alabanzas. Pues ya de la otra parte del español distrito, Carlos dijo á don Juan le tuviese por muy servidor suyo, que le estaba con extremo aficionado y podía en su tierra servirle con amor y poder. Don Juan le besó las manos por la merced.

Carlos llevaba una litera de dos valientes frisones en que hizo á don Juan entrase para ir entreteniendo el camino. Rehusaba el caballero tantos favores; si á Carlos parecieron sólo principios asomos de su voluntad. Caminaban despacio; pidió Carlos á don Juan le refiriese lo que le obligaba á pasar á Francia; lo que deseaba don Juan; y así le contó quién era, sus estudios y cuanto hasta el punto en que estaba le había sucedido en la corte y en el viaje, los amores honestos de Leonor, y cuanto con ella le había pasado, y cómo le dejaba en adminis-

tración sus rentas, qué casa y dónde quedaba, en la misma que había nacido; gracias, belleza, donaire, y pocos felices años de Leonor, y cómo sólo pretendía peregrinar cuanto la fuese posible y á imitación de los caballeros andantes de otros siglos, emprender con el ingenio y valor las más difíciles empresas; que sin cisne que volase el nombre, sacándole del río del olvido, no pretendía llegar al fin; y prosiguió dándole su señoría licencia, volverse á España, que con haberle visto no presumía ver cosa de mayor admiración que en tan pocos dichosos años tantas admirables maravillas de ingenio y belleza no tenía más que desear.

Carlos se volvió, vergonzosa rosa fresca al abrir; que también la imitaba el alma de oro. ¡Oh, bien haya quien la formó con espinas, horror á la mano villana á temerla coronada; que las bellezas no se deben lograr sin peligros! Respondió que bien parecía español en la cortesía y tenía á buena fortuna haber encontrado la que pudo desear.

Llegaron al primer lugar, ya el sol encendía sus rayos y no sé si algunos pensamientos. El regalo era mucho; no perdía

Carlos de vista á don Juan, y como corría por su cuenta lo que hacía el mayordomo, y desvelo de agradar al español, siempre le hallaba á su lado. Trataban de amores y letras humanas.

Decía Carlos que su hermano, el señor de Lansaque y él, eran tan parecidos que en vistiendo iguales vestidos, si las almas se pusieran con ellos, dudaran el cuerpo que habían de animar. Sus padres no los conocían, los dos dudaban el mayor, que sólo un año los diferenció. Que á las madamas francesas habían hecho notables burlas y tan peregrinas, que se pudieran ofender por haber alentado por uno más de dos veces dos alientos, que hasta en ellos eran parecidos; y tenían tal cuidado, que en las horas de los engaños, en queriendo hacer burlas infestando los mares, rizaban el oro con un molde, coturnos de unos pespuntes, cintas de un color y todo lo demás de una turquesa; y como la infancia una, el prólogo del día en la belleza no los pudo desconocer.

De aquí lo debieron de tomar los hermanos Valencianos, autores de comedias, y famosos representantes, parecidos de tal manera, que no se podía conocer el mayor ó el

menor, los nombres los diferenciaban, no lo demás; que las acciones aun eran las que miraban á un mismo fin. Y decía un discreto que sus mujeres pudieran sin culpa engañarse y cometer el delito sin haber pecado.

La vianda les fué servida curiosa, y no la que es fiscal de la vida. No sé qué tiene el gusto de celeste, que por del alma cuida leve del cuerpo. Carlos obligó á don Juan, que lo difería, dormir la siesta, prevenido para la tarde en proseguir cosas de la corte cerca de la cuenta de su vida. Obedeció también al descanso de los criados por no enemigos, ya que no excusados, y así fueron á diferentes aposentos.

Volvieron á proseguir al trasmontar del sol (como dice Sannazaro) el viaje, Carlos y don Juan en su litera, y prosiguiendo lo diferido, le dijo Carlos:

—Señor don Juan Bernardo; de las gracias y belleza que v. m., tan dulce y amoroso pintó de su Leonor, y de haberme nombrado su casa y calle, he venido á persuadirme... Pero no es bien dar disgusto á quien deseo que no lo tenga y decir defectos de lo amado al amante. Soberbia ignorancia. Tra-

temos de otra cosa. Verá v. m., señor don Juan, en París, que será con brevedad, mi hermano y en los dos juntos el mayor milagro del cielo.

—Vuestra señoría, señor don Carlos, pena de no dar un paso más, le ha de dar prosiguiendo lo que de Leonor comenzó á decir, que parece lo previne con sólo decir á v. s. el amor que la tuve, que fué esencia de la honestidad.

—Pues con la salva que v. m. hace y licencia, prosigo. La buena Jerónima por quien se pudiera haber hecho la comedia de la *Guía de la Corte,* como se vió tan bién servida y pagada de mi largueza, buscó antes que á Polonia, algunas damas hermosas, lucidas y de bellos bien prendidos talles. Parecióme que los prendidos se verían libres en el último aliento de su vida; tan hermosos y peligrosos venenos conocí, y traté á caballeros tan bien prendidos que morían en las mazmorras de su Argel y no lo tenían á poco dicho. Una bien para mí feliz noche de estrellas que obscureciendo á la blanca luna, se vieron soles, llevó á mi cuarto la tercera (que se pudiera ofender del nombre) á una dama llamada Leonor.

De entretenimiento iba Carlos, que para esta facción hizo que un criado suyo supiese de otro de don Juan, al descuido cuidadoso, el nombre de la dama de su señor y cuantas señas de la persona y vestidos, bienes y joyas tenía; qué voz y acciones; que si el demonio quisiera quitar la vida á don Juan y llevarle no acertara con saeta enherbada como la que sacó de su aljaba Carlos.

—Pues, como digo á v. m., señor don Juan... Parece que muda el color; no digamos...

Antes de acabar la razón le porfió el ya desatentado caballero á Carlos que prosiguiese, como lo había suplicado.

—Prosigo, dijo el Sinón, el Vellido de venablo más agudo. Era la bellísima Leonor que v. m. en su libro primero (que un criado suyo me lo refirió) pinta duquesa de Normandía; y lo cierto es, que no la de Normandía sino la de Madrid; aquélla de novela, ésta de historia. Era, pues, que me admiró poder Jerónima solicitar una doncella rica y principal, no teniendo necesidades, que con ellas aun pudiera esperar, de hasta dieciocho años, los más bellos que

pudieron haber admirado las edades. Recibila con la cortesía, respeto y amor debido á lo que miraba deidad. No le habían sucedido muchas aventuras, novel era, que más encendida estaba su cara del sol de vergüenza que la abrasada Troya. Allí fué, pudiera yo decir, el primer engaño de la célebre Jerónima, que también hay Evas para los que imitan á Luzbel. La buena señora la guió á donde yo tenía mi cuarto, y en el estrado de Polonia, que le había puesto, la hizo sentar. Quedó tan primavera hermosa en las flores del tocado, y lo que parecía no haberlo sido, que doblé la rodilla y le pedí la mano que besarle. No la acertaba á sacar del más florido guante de ambar gris que vieron los mares ni lo odorífero. No sé como acertó á mi cuarto; quiero disculpar la dama que viendo que no estaba allí Polonia, á quien venía á visitar por su conocida, con los criados que la acompañaban y una dueña que en la sala de afuera quedó; viniendo del río así al anochecer en su coche y viendo un hombre mozo en mí no conocido, dijo á Jerónima llamase á su hija, que por amiga la había querido ver de paso. Respondió que no es-

taba en casa, y había hecho aquella invención para que yo la viese, por señor francés, deudo del rey cristianísimo, y porque llevase á París admiración de la mayor hermosura española. Levantóse aprisa la bella Leonor, y con mucha cortesía y bizarría se despidió. Yo la salí á acompañar y la daba un muy rico y fondoso diamante que imitaba el sol en sus luces; y con haberle suplicado le recibiese, sacando del guante la más bella mano que había visto, respondió mirase que no le cabía en los dedos; tantos llevaba en ellos, no de inferiores luces. Acompañéla hasta el coche; despidióse, dejándonos en la noche más oscura. Era la dama, bien elección digna de v. m., el vestido de tabí de oro azul con muchas guarniciones de oro y lomadillos, el manteo de mi patria.

No sé yo, señor don Juan, quién puede haber merecido aquellos felicísimos bellos años y maravillosa hermosura peregrina. Peregrina el mundo; juzgo que v. m. (perdone la voz) ó no tiene juicio ó amor. Esto hizo por mí la buena Jerónima; ella se llevó la sortija, bien merecido premio; nunca más la ví.

Atento estuvo don Juan á la mayor tragedia, á la más fúnebre historia que en desdicha suya pudo inventar la fortuna.

—Contento estoy, dijo á Carlos, que v. s. haya visto si tengo buen gusto, igual á la mayor dicha, por haber merecido las luces de las estrellas de doña Leonor; que lograr en la tierra belleza del cielo sólo fué triunfo de los bien afortunados.

Llegaron ya tarde á la posada, no con sol sino con luna; no sé si con luna y con sol. Cansados dijeron que venían los dos amigos, por la aspereza del camino, si más aspero el discurso á don Juan. Fueron servidos y regalados; que á señores, amigos y con dineros y mano liberal, no puede ofender los años del desierto, más que nunca se llegue á la tierra de promisión.

Don Juan dió á entender á Carlos el contento que tenía del suceso por el que s. s. habría tenido, tanto lo deseaba servir. Bien echó de ver Carlos el veneno que había dado á don Juan; el consuelo era que sólo para este efecto había fingido el cuento; temerario debía de ser el fin. Cenaron regalos y cuidados muchos. Esto es, á propósito, no como los libros de los pastores y de

las Caballerías, que no comían ni dormían, y esta fué la causa de haberlos tenido por fabulosos. Fuéronse á reposar, diversos los pensamientos; Carlos de dar pesares á don Juan, que, deseándole servir y teniéndole mucho amor, admiraba; don Juan, celoso, ofendido y agraviado. Pero sucedió esta noche que la posada era tan breve y de tan pocas camas, que para los dos amigos no había más de una; forzoso les fué acostarse juntos; que entre buenos amigos basta la cama de la amistad. Trataron de cosas diversas y entraron á la parte en las materias de estado. Decía Carlos, que si no consumían la moneda de vellón en España, se perdía; no prosiguieron porque el sueño no dió licencia.

Fuéronse á dormir, y como no había más de una cama se hubieron de acostar en ella.

Don Juan Bernardo, con mucho desenfado se desnudó y quedó en camisa delgada, larga y puntosa. Carlos se retiró un poco de los criados y de don Juan; desnudóse á poca luz, descalzóse, no como el compañero, que le descalzaron sus criados; cogió sus vestidos, medias de seda nácar, zapatos

blancos castellanos sin rizos ni talones. Acostóse Carlos á porfías suyas, no en la delantera, que dejó para don Juan, acostándose primero; desviados, como si hubieran hecho divorcio estaban. Carlos se durmió á espaldas vueltas, como quien se retira huyendo de la batalla. Don Juan no, que aun sin luz miraba á Carlos: tanto respeto le tenía.

No dormía don Juan, celoso estaba; el alma padecía el fuego del infierno y de los celos, por más desesperado; que los celos eran como los caballos desbocados del sol, y como el sol y el tiempo que no se dolían de Troyas abrasadas, ni diluvios. Decía que los basiliscos mataban mirando porque estaban celosos, y las tormentas y borrascas del mar, con celos de las calmas se embravecían; y rociar las estrellas celos de las aguas cristalinas que están sobre los cielos. Las tragedias infelices de los amantes, celos han dado causa á sus desdichas; Narciso murió celoso de sí mismo. Y parecía á don Juan que todos juntos cuantos celos había habido, no le imitaran en desatinos, si Carlos no lo estorbara, que respeto suyo y dejarle dormir, y que no sintiese flaqueza de

un celoso, fué causa de no quitarse la vida. Rendido y desesperado del caso que oyó estaba; el dolor adormeció los espíritus, que espíritus más que sentidos debían ser. Durmióse cuando Carlos despertó. Sin darlo á entender al compañero, volvióse hacia él, y como ya dormido, á ser Carlos la diosa bella luna, que no poco le imitaba, algún poeta hiciera segunda fábula suya y del pastor Endimión. Llegó á beberle el aliento, agradóse de haber presumido que era el suyo parte importante en los laureles del amor. Notó el sosiego del sueño, tan leve, que dudó si dormía; y teniendo descubierto el pecho, le puso la mano sobre el corazón, á no dudar el movimiento. De paso, halló la mayor blandura que había visto, sin estorbo de los cabellos, aspereza en los hombres y poco dicha en las mujeres no Magdalenas. Haciendo que soñaba, le tomó la mano más cercana; si el dolor y el sueño le tenían tan dormido y celoso á don Juan que parecía del otro mundo, de las palabras que de la otra parte de la vida había dicho Carlos, no durmiendo, sólo á Polonia, quisiera poder decir á Carlos: ¡Oh, amor, y qué desenfrenado parecía el de Carlos, ha-

ber triunfado loco entre las gracias y dulzuras de Polonia! Desatinos aprendió el amor de aquellas noches y de aquellos días, no los había penetrado en tantos años; que como se descubren minas de oro y plata que el sol enriqueció al vuelo atento, así el amor descubrió en Carlos y Polonia minas riquísimas de sus tesoros, de que se hallaba muy indiano.

Satisfecho Carlos de lo que le pareció se volvió á dormir, si había noche para tantas aventuras prodigiosas, que las breves de Julio son para las aves nocturnas, como los días para los halcones de Noruega, que al alba atentos para el alimento del día á pena de la vida, imitan los cometas y rayos.

Amaneció, y los criados tenían en las manos la partida; entraron luces, que algunas hubiere, si estuviera allí Polonia ó Leonor, á que se pudieran vestir. Diéronse los buenos días, preguntando cómo habían dormido el uno al otro. Disimulaban las traiciones; que la cosa más difícil del mundo es penetrar el corazón del hombre, que como tiene alas volantes, siempre desaparecen lo que sienten; que en el pulso nunca Galeno pudo penetrar, más traidor que el día, que

engaña uno con otro, dejando la noche en silencio, por quien don Alonso de Ercilla, ilustre poeta nuestro, dijo:

En el silencio de la noche oscura,
memorias, ¿qué queréis? volverme loco.

Y prosiguiendo en lo traidor del corazón, templo del alma, las quejas de Urías lo abonan, que habiendo venido del ejército á David, con la embajada que traía, se estuvo en el zaguán del alcázar del rey, de quien importunado, no quiso ir á ver su Bersabé, siendo su marido y la bella rosa de aquel reino y del mundo, porque el Arca del Señor estaba en el campo. Despachóle el rey (que así se dice cuando matan á uno), llevó la que llaman de Urías, siendo del rey, para el capitán Joab; púsole por escudo en la primera hilera de la batalla, la primera arrojada lanza le pasó el corazón, como si fuera el traidor; de manera que no pudo penetrar el de David, que fuera dicha porque allí viera á su Bersabé; ni el de Joab, que recibiéndole con mucho amor, sacrificó al engaño su inocente vida, á diferencia de todos los animales, que los que han de ofender nunca dejaron de amenazar.

Así iban caminando los dos amigos, con más dobleces en los corazones que los airosos á los incendios, si no para imitar ni la Parca ni la muerte, hasta llegar á veinte leguas de París.

Carlos hablaba español como don Juan, que príncipes, señores y caballeros en Francia, Italia, Alemania, en toda Europa, Asia y América, aprenden la española lengua, y desdice de la alteza el que la ignora; sólo en una cosa no la han podido imitar, en saber amar, servir y enamorar á las damas y en tenerles amor, que sólo el hado y la fortuna concedieron esta excelencia á los españoles; y no se dificulta por qué los aman las damas y madamas de las otras naciones, que en muchas tiene más dicha la espada que la mujer, en ser por lo menos lo que no ella, dos veces al día la espada del que la pone en la cinta.

Aquí, dijo Carlos á don Juan, le era preciso partir por la posta á su casa, que le dejaba su litera y criados que le fuesen regalando y sirviendo como hasta allí. Don Juan se ofendió de que le dejase y no diese lugar á irle sirviendo. Rogóle Carlos le dejase ir solo, que á fe de buen francés, prosiguió,

que no lo voy, sino que llevo á m. v. en mi alma: tanto le amo, tanto le admiro.

Obedeció, y despidiéndose con terneza y casi un asomo de dulzura en el mirar, partió dejando confuso y penado al caballero.

A menos de una hora volvió uno de los cuatro criados que corrían (que los dos quedaron á servir á don Juan) y le dijo que don Carlos, su señor, le besaba las manos y le enviaba la carta que besaba (hasta en las cartas se da paz en Francia) y le dió. Recibióla con alto respeto, puesta en la boca y sobre la cabeza, y al criado le dió de porte una sortija, maridaje de un fino diamante y vergonzoso rubí, fénix de cuantos enriquecieron á Ceilán, que le había dado á la partida Leonor, presagio de matrimonio, y le costó doscientos escudos. Volvió agradecido y corriendo, no servido, sino premiado, Ludovico (este el nombre), por la prisa que Carlos le mandó que diese á la vuelta, donde le esperaba y desesperaba. Con ella volvió, y dándole por respuesta lo que vió, como el que vió cortar las flores más entonadas del jardín, á cuyo ejemplo, aquel sabio rey, cortó otras tantas cabezas, quedó Carlos agradado del amigo y servido del criado,

que volvió sin que lo veloz del viento le pudiese detener envidioso, y prosiguió su camino. Por el diamante y rubí le dió más del valor que tenía, que le agradó,

Confuso estaba don Juan, ya contento con la carta del amigo, y temeroso por si en en algo le había desagradado; si enfadado ó mal contento llegó el día del aborrecer, que también se cansan y aborrecen los más excelentes amantes, habiendo hallado modo con que se quita el amor.

Miraba el papel de la carta, batido y dorado; cerrada curiosamente, el sello de las armas de los cristianísimos reyes, en los timbres de Valois y flores de lis francesas. El sobrescrito de admiración en francés y castellano, decía así:

A monsiur, monsiur, monsiur don Juan Bernardo, que Dios guarde muchos años.

Presumía don Juan que le quería Carlos francés, si tres veces monsiur era para los grandes príncipes, que este título puso en un papel el duque de Umena, embajador de Francia, estando en la corte, al excelentísimo señor duque de Lerma, si bien miraba que ponerle aquel mismo título, eran locuras de la voluntad, y mirar á don Juan

príncipe en ella. Temblaba de abrir la carta, oomo el que sube pasos que no ha de bajar ó el que espera sentencia que teme de muerte.

Rompió la nema de la cubierta de la carta, y ya se determinó de morir ó vencer. Abrió y decía la firma:

Madama Blanca de Valois.

Mayor desacierto temió don Juan, no sabia lo que le había sucedido ni podía suceder, y esperando con valor cualquier fortuna, leyó, y decía así:

CARTA

«Señor don Juan Bernardo: por español no puede ignorar estos versos:

Doña Blanca está en Sidonia
contando su historia amarga;
á una dueña se la cuenta
que en la prisión la acompaña.
«De Borbón (dijo) fuí hija,
de Carlos, Delfín, cuñada,
y el Rey de la flor de lis
pone en su escudo mis armas.»

Prosigo, señor don Juan; yo no soy doña Blanca contando mi historia amarga á la

dueña; soy madama Blanca de Valois, y si no cuñada, de la sangre del que es delfín de Francia. No le cuento á v. m. mi historia amarga, sino dulce. Perdone esto de la dueña; con nombre de Carlos me tuvo en su poder, á su lado, en su casa, en su mesa y en su cama. Voy á París. A mí no se me puede preguntar que no hay causa. Mi posada á San Dionís. Tomé el nombre de Carlos, mi hermano, que me aguarda. El que fué á Italia es el señor de Lansaque, mi primo. Lo demás sabrá v. m., á quien Dios guarde muchos años, como dicen en Castilla. Y guarde secreto.

Madama Blanca de Valois.»

Más veces leyó la carta don Juan, que tenía letras, y más dudaba que fuese de Carlos; si era suya, temía la burla para desvanecerle, y creyéndole tan ignorante que no le había de tener por Carlos. Loco presumió que estaba, y no desdecía mucho, que estando solo, arrojó el sombrero, espada y capa y hablaba sin saber con quién; que no eran malos principios. Admiraba don Juan lo equívoco del papel y la dueña. Hizo este discurso, creyendo que alguno de sus

criados le dió noticias de Leonor y del vestido que tenía de aquella tela.

—Para dar crédito á que sea Carlos, Madama Blanca, asomos, indicios, amagos, no desdicen; si también pasa lo contrario. Del ingenio de Carlos, confieso que salió la novela de Leonor, por lo que yo le referí; ¿esto no desdice de que sea Blanca? Si me tuviera voluntad, mostrando que tenía celos y obligándome á que la aborreciese por la liviandad; ¿qué maña no fué decir que la había visto á solas, á no precipitarme? Los cabellos sin cortar y con cintas de nácar, que presan en ellas las hebras de oro, que á trozos, ya por la cara, ya por diversas partes, con algunos rizos, pendían, dicen ser de Blanca. Mas habiendo visto, pocos días hacía, don Juan en Madrid, los donceles que un embajador de Francia llevó con el cabello de la misma lindeza y prisión, decían lo contrario. El breve pie, la cintura con extremo pequeña, las manos más que de ampos, la cara de su nombre, las perlas lucientes iguales, labios de coral, por no decir de claveles, voz común y también, por ser tan necios, ¡qué de envidiosos cuentos cultiva el dueño un año en su jardín!; ¡nacen

en un día y mueren por la posta! Las cejas pobladas, pueblos en Francia, y las pestañas de más de marca, las estrellas del veneno hermoso del amor, matadores como triunfos; ¡dichoso el que los merecía adorar, á pena de la vida!; lo airoso, la dulzura en las palabras, la blandura de la condición, el bellísimo talle, lo cortés, lo amable. La duda pudiera morir confesando ser Blanca de Valois; si todo esto puede convenir á un mancebo tan parecido como Carlos decía que eran él y su hermano; salía con presumir ser burla que le hacía Carlos el haber dormido en una cama, aunque estaba en contra el retiro al desnudar y ofrecerle la delantera de la cama y dársela. Aunque á esto la réplica ser ingenio y enigma, que bien puede el dueño ofrecer y dar lo que tiene y de que puede disponer á su voluntad. Dió fin á sus porfías con guardar secreto y esperar el suceso de la fortuna y el hado, que, de ser incierta la carta, no le podía tener adverso, y si cierta, podría, según el amor que Carlos ó madama le había mostrado, ocupar en su gracia y alteza la gloria que no pudo imaginar. Disculpó á Leonor que en la tramoya de la visita; ya

echó de ver malicia celosa de Carlos y de madama, si tenía á D. Juan amor.

Prosiguió su camino, y tan vacilante y gravoso el cuidado, que no respondía á propósito; fuera estaba de sí, y no era mucho si le iba, á decir, tanto en el acierto y desacierto. Llegaron á la posada, y después de haberle regalado con dulces y bien sazonados manjares el que lo tenía por su cuenta, á darla buena á su señor; éste, llamado González, natural de Madrid, que á él y á Feliciano, pajecillo que también quedó á servir á don Juan, los recibió; que los de Francia fueron con Carlos. Desesperábase don Juan no ser alguno de los franceses para escudriñar á Carlos ó á madama. Al tal González llamó y muy como á coro preguntó lo que podía saber de ello. Respondió que Carlos había (que esto entendió) pasado de Francia á la corte con un embajador extraordinario, su deudo, y en su compañía á monsieur de Lansaque, primo suyo, que había ido á Italia, y entendió de los criados que Carlos tenía en Francia una hermana tan parecida á él, que no se desconocían; su nombre, madama Blanca de Valois, de los príncipes de la sangre; que Car-

los había posado en casa de Pierres, caballero francés, cuya mujer se llamaba Jerónima, y tenía el marido una bellísima hija, Polonia su nombre, y en el tiempo que allá le había asistido, por diestro en lo sazonado de la vianda, le vió amante de aquella dama, á la cual y á su madre, había enriquecido, si bien que la dama lo merecía; y algunas noches que venía tarde, reñían celosa Polonia y su madre con el caballero. Y concluyó con decir que Carlos mostraba tener mucho amor á don Juan. Él desfallecía de su intento de saber el que tenía Carlos á Polonia; desistió de que Carlos no fuese Carlos; creyó haberle querido burlar con el ser tan parecido á su hermana; prosiguió sin tener más desengaño.

En el lugar donde durmieron aquella noche vieron hecha una horca para quitar la honra á un hombre y á su mujer, por un caso horrendo; que de la justicia lo supo don Juan y los vió llevar al suplicio; él, Duarte, y Aurelia su mujer, tuvieron años había á Ernesto, su hijo mayor. Niño salió de su casa, pasó á España, y de pocos años, habiendo hecho información de cuyo hijo era, y acomodándose por paje de un virrey de

Méjico, tuvo tal fortuna que enriqueció; y al fin de más de veinte años, teniendo en aquel tiempo veintiocho, volvió á España con muchos pesos ensayados de plata, tejos y granos de oro, que importarían veinte mil ducados, sin joyas y otras cosas de valor. Fué á su tierra, tan sin imaginación de ser conocido, que de nadie lo era. Adelantóse para llegar como ocho días, dejando encargada su ropa y hacienda á Astolfo, su primo, que aportó á aquella región antártica y le acomodó en cantidad de oro y plata. Fué á casa de sus padres, que no le conocieron, y dijo cómo les traía nuevas de Ernesto, su hijo, que había sido su camarada en las Indias, en las cuales quedaba rico y honrado. Recibiéronle con mucho gusto; dijo que pasaba á París, y que dentro de pocos días llegaría allí su ropa y lo que traía.

Tenía Ernesto una hermana hermosa, discreta, doncella, ya de edad de veinte años; aficionóse de Ernesto; no sabía que era su hermano; queríale bien. Regalaba mucho Ernesto á sus padres y hermana y á cuantos en su casa había. Diéronle un cuarto muy bien aderezado, y el pobre Ernesto

gustaba de que no le conociesen hasta que hubiesen llegado sus riquezas y darles un muy alegre día. Error notable el de los hombres que codician peligros, pudiéndolos evitar. Llegó su hacienda y avisó á Astolfo que no pareciese hasta el siguiente día, porque no le conociesen hasta que él lo declarase, entregando á sus padres tan ricos bienes. Sucedió que, como vieron tantas cajas y cofres y que abrió algunos con tanto oro, plata y joyas, y ya determinado de decirles á la mañana como era su hijo, aquella noche, viendo tanta riqueza al dueño forastero, y que no tenía quien le buscase, entraron á la sala donde estaba acostado durmiendo, y entre el marido y mujer le dieron muchas puñaladas.

Despertó, y sólo dijo viéndolos con la luz que habían entrado al más enorme delito que imaginó el furor sin causa:

—Padre mío; madre mía, que soy Ernesto, su hijo, y les traía tantos bienes; ¿por qué me quitan la vida?

Reconocieron que era su hijo, dándoles cuenta de cómo lo era, el día y la hora que salió de su casa, y las cartas que les había escrito.

Con esto expiró, y viendo sus padres la maldad que habían hecho, con las armas que mataron á su hijo se dieron de puñaladas, y quitándose allí la vida, cayeron muertos en la misma cama que lo estaba su hijo.

La hermana, llamada Floripes, no supo de esto ninguna cosa hasta la mañana, que buscando á sus padres y al que amaba, halló el suceso trágico. Dió cuenta á la justicia, entendióse el caso, acudió Astolfo, dijo lo que le había ordenado su primo. La justicia (que hay hados y fortunas, contra quien la muerte no tiene imperio), averiguado el caso y vistas las informaciones de cómo era hijo de los matadores, condenaron á ahorcar á los más infelices padres y se ejecutó poniéndolos á la horca, aunque estaban muertos, como si los hallaran vivos.

Sabiendo los jueces la inocencia de Floripes, y no haber sido culpada, y deudo que tenía con Astolfo, tuvieron por bien de casarlos, entregándoles toda la hacienda de Ernesto, que dispensaron por esta vez, y el Pontífice, el deudo para el casamiento. Tal fué el fin de aquellos padres infelices; viene de no guardar la ley de Dios: tuvieran hijo

que les diera muchos honores y bienes, y no tan desdichado y triste fin. Esto vió don Juan, y por caso prodigioso y único lo refirió y prosiguió su camino.

Ocho leguas de París moría ya don Juan cuando llegó al lugar donde había dormido Durandarte, á quien como al paladín llamaban el galán, caballero rico y principal. Dióle después de mucha cortesía y sumisión á don Juan, que tuvo española correspondencia, una carta de don Carlos de Valois, que para acabar de perder el juicio y afirmar que era burla, no había menester otra saeta enherbada. Besóla y púsola sobre la cabeza, señal de gran respeto y amor; y decía el sobrescrito, no como el pasado, sino sólo:

A don Juan Bernardo, que Dios guarde.

Abrió la carta, habiendo hecho primero regalar al galán, y que reposase hasta la tarde que habían de partir, por haber entrado el sol con el fuego que esperaba en las letras, y decía así:

CARTA

«Dije á v. m., señor don Juan Bernado, que monsieur de Lansaque, mi hermano ma-

yor, había partido desde Madrid á Italia; no es mi hermano, sino mi primo. Mi señora, madama Blanca, es mi hermana, la tan parecida á mí. De nuestro viaje y amor le dí parte, y está gozosa de que yo desease regalar y servir á caballero de tal ingenio, y partes ilustres como v. m., que tiene afición á lo español y sabe castellano, de un criado que tuvo algún tiempo. El señor Durandarte, mi amigo, le sale á recibir á v. m. y á traerle á la posada que cerca de la nuestra le tiene prevenida; si no tuviere el aderezo que debiera, en el de la voluntad no deberá, que deseo no eche menos en París á Leonor ni á Ricardo, el grande amigo de v. m. Y no salga de la posada hasta que yo le vea para ordenar lo que importe á su servicio.

Guarde Dios á v. m. muchos años.

Carlos de Valois.»

Brasas y culebras pisaba don Juan con esta carta; juntóla con la de madama Blanca, su hermana, y viólas de unas mismas letras, si también presumió serían parecidas como los dueños.

Encanto le parecían Carlos y Blanca, y enviarle á recibir le desaparecía el entendi-

miento; no sabía en qué región habia tropelías ó laberintos de quimeras tan disformes: ya Carlos carta, ya carta madama. No hallaba en sí merecimientos para tantos favores; que sólo haber caminado con el francés, las paces de Francia eran para cuando las había menester, si más eran las de las caras que las de las vidas, reinante el planeta de la quinta esfera. Acordó que lo sucedido era en gran bien y beneficio de su honor, y fiaba de su ingenio no desmerecer lo adquirido. Miraba que el asunto era peregrinar el mundo y saber novedades, y que ya Carlos ó Blanca fuese de quien debía ser esclavo, no á que le diese más del amor que le había admirado y á buenas gracias con la ese y clavo; y pensar en Leonor y en Ricardo, que con los dineros y joyas que llevaba no había menester una blanca, que bien blanca era Leonor. Mucho se ofreció al galán Durandarte, y dióle en una cadena de oro veinte vueltas de resplandor excelente, que recibió cortés y agradecido.

Caminaron sin mucha prisa, tratando de la corte de Madrid, donde había asistido á los embargos hechos, como en Francia en los bienes de los españoles que allí contrata-

ban, y los que en Sevilla á los mercadantes franceses en las naves, en los puertos y en los mares. Llegaron á París antes de anochecer, que para calles tan largas fuese menester con sol, como los que se bañan en verano en Madrid, que sin él, como el cristalino Manzanares, nace de las nieves de las en tiempo de invierno revoltosas montañas de Guadarrama, y siempre nevadas, vienen tan delgadas (á codicia de las damas para las caras y manos), y tan penetrantes y peligrosas como la experiencia con enfermedades y muertes ha mostrado á los que se bañan puesto el sol.

Llegaron á la posada, donde el caballero llevó á don Juan y sus criados; no le pareció merecido de otro caminante, era del mismo Durandarte, donde si no estaba Belerma, era dueña una madama tan bella, su mujer Isabela, que parecía la madre del amor. Llegando á su cuarto, ya sabedor el español, huésped de Durandarte, fué á besar las manos á madama, y advertido que el beso había de ser en la cara, que era la paz de Francia. No le pesó á don Juan, si bien le pareció haberle comunicado el veneno de la fresca rosa hasta el alma. Quisiera

con el beso, si pudiera reivindicar lo vendido. Ofrecióse mucho don Juan á madama, y aunque no muy diestra en lo español, respondió discreta. Pasó don Juan al más fresco cuarto bajo, que podían imitar las bóvedas del más alcázar real, colgaduras de la China, con tantas aves maravillosas y estrellas de oro, que de azules les parecían á las del firmamento; la cama de lo mismo, las goteras de oro con muchos flecos. En el cielo de la cama había un lienzo en que estaba del Apeles francés el aurora en su carro con alas bellísimas; y como don Juan vió perlas en las goteras y flecos, y las perlas de la aurora son lágrimas, presumió que las goteras de aquella cama eran de las perlas de la aurora que estaba en el cielo.

A solas, despedido del dueño, quedó el español; había visto en Madrid la casa encantada de que hizo memoria para cuanto se ofreciese, y parecióle que donde estaba lo debía de ser. La sala con muchos lienzos romanos, tan frescos, que no tenían marcos, y las pinturas al fresco, porque don Juan no viese cosa no fresca en tiempo de tanto calor, ni lo que dejase de ser discreto

y á propósito, que sólo es lo á propósito discreto.

Heliogábalo, que daba en un convite á los convidados manjares y bebidas pintadas, en otro, asientos altos y las mesas muy bajas, y en otro al contrario.

Policena degollada en el templo, airado al fiero Pirro, hijo de Aquiles, admirado el mismo homicida de haber quitado á la misma vida el alma y el triunfo á la muerte y á la muerte el horror.

El famoso Julio César, dándole de puñaladas Bruto, con una letra que decía: «¿Y tú también, hijo mío?» Cosa que hizo llorar á don Juan la defensa de aquel invencible Augusto César, tapar la persona con la ropa á pura honestidad ¿Qué mucho ser el mayor sentimiento del que se vió sin ella? De aquí no acertaba don Juan á pasar. Conoció, y no hizo mucho el retrato de Carlos de Angulema, con el mismo vestido con que le vió en Irún y con la misma belleza; que no tuvo que agradecer al pintor. Quitóse el sombrero, hízole una y dos reverencias, que de una pequeña encubierta ventana miraba el original, agradeciendo mucho al español esta hechicería novel en Francia.

Mas viendo frontero el retrato de una bellísima diosa, presumiendo que en hábito de madama era Carlos, echó de ver que era la señora doña Blanca, su hermana, tan de una turquesa, que no se diferenciaban sino en el vestido. También le miraba Blanca; y viendo que besando el sombrero (que esta novedad cortés fué debida á aquel gran príncipe, discreto y esforzado Rodamonte, el conde de Palma, al fin Portocarrero), dobló en el suelo la rodilla y con admiración volvió al techo de oro la vista, que con estrellas también le parecía cielo; echando de ver madama (que allí había venido de secreto) que el amor ó la invención del sutil ingenio de don Juan producían finezas y laberintos; y sí amor, digno de dulce correspondencia. Contemplativo quedó, hecha, al levantar, reverencia baja al retrato divino, aunque sola esta hubo en don Juan, no pasó á ver flores y nieves del verano é invierno que en sus meses lucían ordenados.

A este tiempo, que parecía á don Juan estar bebiendo las luces que el pintor puso en las estrellas ó soles que adoraba, le avisaron que venía Carlos. Salió á recibirle hasta la puerta del cuarto, donde ya estaba,

si bien dejaba de saber de sí. Recibióle con el amor y respeto debido. Carlos no había menester el riquísimo vestido de tela de oro y plata para de noche, que más imitaba al día, y tan discreto, que era español, hecho en la corte al uso.

Abrazó á don Juan, tomóle de la mano, y entraron á la sala, donde quedaron solos. Sintió don Juan cierta blandura en la mano de Carlos y cierto veneno en el corazón, de quien dijo un poeta:

¡Oh, corazón, profeta milagroso!
Todos le tienen, nadie hay que le crea.

Sentáronse; don Juan se puso á los pies de Carlos, más Narciso ó Ganimedes que francés, encareciendo las mercedes y favores que le había hecho, no sólo no merecidos, sino fugitivos á la imaginación. Corríase Carlos, y no era mucho si lo menos que su liberal mano había de hacer. Que lo había pasado mal en aquella ausencia y había tenido algún desvelo de cómo lo pasaría en el camino sin su cuidado. Don Juan respondió que el suyo era la esperanza que tenía de ver á su señoría, si no le había de perdonar el engaño de que monsieur de Lansaque era su hermano,

pues de Leonor y Ricardo su grande amigo le había dicho hasta el alma. Carlos le dijo que su amistad estaba en la infancia, y al mayor amigo mayor mentira, que el que no sabe no dice.

Trataron de lo que pensaba hacer don Juan en París y á donde había de pasar, porque le pensaba ayudar en cuanto le hubiese menester. Don Juan, agradecido, que deseaba conocer y tratar á Juliana Morella, natural de Barcelona, ilustrísima española, que en hábito de capuchina, virgen y santa, había leído en aquella insigne Universidad de París, y leía todas las ciencias, hasta la música, que no le podía faltar, por la consonancia y armonía de su peregrino ingenio y virtudes; más admirada inteligencia que mujer. También leer algunas lecciones, darse á conocer, hacerse lugar, conocer los príncipes y señores, á no ignorar lo que pedía su deseo, y saber las materias de estado, leyes y lo que en la paz y la guerra escudriñan los ardides y prevenciones y dar vuelta á su patria. Carlos le dijo que todo le había agradado, y más el amor de Leonor y Ricardo, que debía de haber nacido con el primer aliento.

—Y si en París hallase v. m., señor don Juan, alguna cosa de grande honor y utilidad mayor que en Madrid ¿quedaríase á las cátedras y buenas fortunas?

—¿Qué mayor, dijo don Juan, que haber conocido á v. s. y haber de conocer al dueño del más bello y hermoso retrato que admira el cielo por suyo en madama Blanca? ¿Qué pudiera excusar, habiendo visto á Carlos su hermano; que si para esclavo de los suyos valiese yo algo, no faltaría en su servicio?

—¿Y qué haremos de Leonor, le dijo Carlos; que Ricardo ya tan rico mayorazgo no se acordará de la amistad, y en sabiendo la dama que v. m. se queda en París, podrá ser la quiera Ricardo por lo que tiene de amigo de don Juan, á que no desdiga, y se case con ella?

—Si yo quedo en París, replicó, v. s. será el casamentero.

—Buena fortuna sería para mí, don Juan; no habéis de negar un secreto que ya no le puedo negar yo. ¿Qué carta fué la que os llevó un criado mío de Blanca, mi hermana?

—Huelgo, señor don Carlos, de tocar este

punto. Recibíla, diciéndome su excelencia en ella cómo lo era, y no su hermano Carlos; y cierto que á no estarlo de quien v. s. es, presumiera, tenido no por quien soy, sino por forastero de quien se podía hacer burla, ó que había perdido el juicio; esto no fuera mucho, siendo v. s. por quien le pude perder.

—Señor don Juan, mire v. m. que le quiere mucho Blanca por lo que yo le amo, y yo por mi propio amor. La verdad os quiero decir; yo escribí la carta en nombre de Blanca á entreteneros á que viniéseis á París con gusto, ya es hora de que os regalen y reposéis. El señor Durandarte y madama harán en vuestro servicio lo que yo. No salgáis mañana de casa, que tengo de ir fuera cerca; á la noche vendrán por vos, iréis á ver á Blanca, desea conoceros; vendré, daremos traza en lo que habéis de hacer, seré quien lo mire; no hay sino obedecer, que yo y mi hermana os deseamos servir. Quedáos, adiós.

Con alto respeto respondía don Juan á Carlos, que en amor le pagó la fugitiva merced; sabía que las había de suplir, y así lo hacía para obligarse á liberalidades, que

no pueden exceder á las del honor. Fuése, acompañado hasta la carroza que le aguardaba. La cena, el dueño y madama entraron á un tiempo, en tanto no estaba fuera del encantanmiento, don Juan, tratado de vos, caballero tan principal y forastero. Esto venía bien para las damas de palacio, que no tratan con otra voz á los príncipes; viniera bien á Blanca, no á Carlos. La cena fué regalada y no breve; los regalos peregrinos. Después comenzaron á hablar en Carlos y Blanca, tan altos príncipes, tan parecidos, indianas las riquezas, de los de la sangre, las burlas que habían hecho á las madamas, el no diferenciar sino en los vestidos, el no conocerlos de una manera. Con lo que don Juan no sabía de sí y era á propósito para quien había creído la carta de Blanca. Cansado estaba don Juan de pensar, no del camino. Los discretos dueños lo entendieron, y prevenido lo menesteroso, le dejaron en su cuarto; la cama era de la que se dijo:

Previno bien la hija de la espuma
á batallas de amor, campos de pluma.

Campo de pluma era la cama, si á don Juan de batalla.

No sabía de sí; corríase de haber imaginado verdad la carta de Blanca.

Rindióle el sueño, pensando qué había de pensar. Al hermosear la mañana, el cielo engaño azul y las nubes pardas y rojas al salir el sol con luces y rayos del Oriente, que las aves, haciéndole salva, huyeron presumiendo otro incendio, tan abrasado vieron el arrebol y lo recién herido en los altos cabezos de los montes.

Pues á esta hora que los augures tienen profecía en los sueños, como adivina el aurora á los poetas, pocas veces dos en cada siglo, soñaba don Juan á propósito; no maravilla soñar lo que meditaba, al parecer imagen de la muerte. Soñaba que una madama francesa hermosa, que en amago le pareció á Blanca, le atravesó una saeta enherbada por el corazón, del cual le había sacado el alma y se la había llevado, dejándole desalmado (que á esto, en pena de haber hurtado Prometeo el fuego del carro del sol para dar ánima á su hombre, enviaron los dioses á la tierra las mujeres, de que viene llamarlas divinas) y se fué. Vió luego (que en los sueños parece que no lo son) á la bella Leonor, celosa, airada, con una

daga desnuda en la mano para quitarle la vida; mas viendo que estaba sin alma, le dijo amenazándole que se había de casar con Ricardo, su grande amigo, que ya lo pretendía, por hacerle la mayor injuria que los cielos supieron formar, y que don Juan le respondía que si el alma se la habían llevado sin su voluntad, no era culpado; si bien debía mirar que ya en el mundo eran muchos más los que vivían sin alma y los desalmados, que los que la tenían; y así, podía servirle, aunque sin alma, que había llegado á usarse como otras cosas; y en lo del casamiento, sabía que Ricardo era su amigo.

Con esto desapareció Leonor, dando una voz tan terrible que despertó á don Juan, y se acordó del sueño sin haber habido José. Buen lugar de aprobación el libro de *los Sueños* de aquel valiente ingenio español.

Antes de levantarse don Juan, le sirvieron el desayuno; más pareció comida; cosa que la antigüedad hacía sólo una vez en veinticuatro horas, y en otros siglos veinticuatro en cada una. Vistióse Durandarte y envióle recaudo Isabela. No sabía don Juan el suceso, si no era el de las aventuras de

don Juan de Castro, y no desdecía mucho, que aventuras eran las de don Juan, y don Juan era también. Díjole el huésped cómo había ido fuera Carlos aquel día á prevenir la que llaman imagen de la guerra, y que á la noche tenía licencia de visitar á madama Blanca. Gracias le dió por el favor y merced que recibía. En casa le dijeron misa, que bien le pareció; había imagen de devoción con altar y ara. A la tarde se quedó solo á dormir la siesta, no la durmió, que toda fué desvelo. Meditaba lo que había de orar, qué había de prevenir, proponer, qué cortesías y desvíos, qué rehusar, el asiento, si la lección sería de oposición y que no lo debiera tener quien había hecho tantas en la Universidad insigne de Salamanca; si más ésta que las otras temía. Y cómo los pescadores invocaban á Diana, á que no cayese delfín en sus redes, por no agüero al buen suceso; así don Juan al sol que no detuviese los caballos de su carro, á descubrir con sus luces el adulterio, hecho á Vulcano por Venus y Marte, que si celoso, no haría el giro por sus paralelos con la velocidad que el amor y temor de don Juan pedía, y que mirase había de volar cuatrocientas

cuarenta y dos mil leguas cada hora, y si faltase, daría fin el mundo. Invocaba también la noche á que viniese antes que el crepúsculo.

No le parecían horas las del reloj como en las plazas de Orán y Mazalquivir, que gobierna el excelentísimo señor marqués de Velada, siendo como su general y gobernador, padre, amparo y remedio á costa de su divino ingenio y las rentas de su estado y plata de su servicio, empeño de sus joyas y crédito aventurado y vendido todo con el mayor desvelo y cuidado que pudo alcanzar la imaginación, poniendo horror al Africa y teniendo aquéllas por su valor, dichosas y bien afortunadas plazas en alteza y honor, proveídas con maña y providencia, teniéndolas ganadas, habiéndolas hallado perdidas; por quien se dice con razón que el excelentísimo señor ha puesto en servicio de su rey la honra, la vida, aventurada á cada paso; la hacienda, que, imitando al sabio, á donde va se la lleva consigo. Los premios, quiera Dios que igualen á los merecimientos, si parece imposible que haya premios que los puedan igualar. Para esto dió licencia don Juan Bernardo

por las grandes obligaciones en que está al señor marqués por el tiempo, si de muy pocos años que le sirvió de soldado aventajado en la caballería de aquellas plazas.

Pues quisiera don Juan que no hubiera reloj en París como no le hay en Orán; el Norte el prólogo del día, infancia, exaltación del sol y su caída (que caída tiene el sol, no se agravien los príncipes) es su reloj.

Los movimientos del volante en el que contaba en aquella sala, eran horas, y las horas siglos; tales impulsos y accidentes influyen el furor ó la voluntad. No miraba la mano que atento el que la ha menester liberal parece inmóvil; la media presumía que defraudaba el punto encubriéndole para que no diese. Los cuartos parecían humanos, todos juntos no daban de por sí. ¡Oh, hazañas y temeridades de la fortuna, que aun el reloj que vuela como el tiempo sabe mendigar al que le ha menester, siendo su oficio dar; que debiera correrse, por no disculpar á los avarientos, á los que le debieran imitar!

Enamorado se vió el sol de Dafne, amó á su Jacinto, dolióse de don Juan, apresuró

el curso velocidad extraordinaria, sintió la eclíptica, no lograba las pisadas ó huellas que aún en la arena no dejaran señal. Expiró en el ocaso, no se ofenda de expirar la vida, la noche dió prisa á sus dos caballos negros, que no quiere Ovidio, como otros poetas, que el uno sea blanco.

Oscureció el crepúsculo, no invocó á la blanca luna saliese con sus estrellas porque no la aborreciese Endimión, saliendo otra blanca luna, diosa más bella y de estrellas más resplandecientes. Don Juan se vistió de día, no de noche; que esto no es para los principiantes, sino para los ya dueños de la casa y voluntad que visitan; los Eneros se visten de negro, los Abriles y Mayos de flores y primaveras. Compuso el recién bozo coronando el labio, no ofendido hasta allí; dióse un filo con lo estudiado en el *Arte amandi* del sutil Ovidio, observando agradar en la primera visita, no quitarla del blanco aquí de la Blanca, las palabras dulces, breves, amorosas, lisonjeras, amantes, aunque uno piense el vayo. Los conceptos que no desagradan, si los oye el ingenio; la retórica á quien la sabe no ofende; esparcir el caudal que la plática sea á propósito, dis-

creta y de estimar, más aparecida que apremiada, sumisión y rendimientos, preceptos son de los de Ovidio á esta parte.

Avisó el huésped que era hora, la fatal pareció á don Juan; comenzó á temblar, á hilos corría de la cara el agua, temió su muerte y desatarse en exhalación. Turbado le vió Durandarte, que con ser tan galán, más estudio hizo de dar el corazón á Belerma como á su dueño, que de estos discursos.

Cobróse don Juan y acordóse del valiente capitán que, yendo al desafío, temblaba al poner los pernos del peto; y admirado el que se le dió, preguntado de qué era el temor, habiendo vencido tantas batallas y fieros enemigos en desafíos, respondió que temblaban las carnes del aprieto en que las había de poner.

¡Oh, fortuna! ¿qué tiene el amor, si enmudece el más osado? ¿Qué feroz enemigo es una dama hermosa con alguna satisfacción que ama? ¿Qué fiereza mira en su corazón, con que así le hace temblar? ¿Qué turbación y no osar tiene el que por más osado ayuda la fortuna, aunque no falten méritos? Debe ser que amor tiene venda en

la vista, y como no mira lo que hace, el que hace lo que mira teme, que el amor es Dios y á las deidades adora temeroso el más alentado, que si el amor no tuviera venda, no triunfara de tan heróicas hazañas, menos despojos lograra su templo. Largo va el discurso, perdone el que leyere, si tiene amor, que en tratando de lo amado pocos saben darle fin.

Entraron en la carroza los dos, si no Durandartes, galanes; poco estorbó al huésped la plática de don Juan, que iba su pensamiento navegando por los estrechos Caribdis y Scila, y los demás peligros del mar, que no hay estrecho, canal, Bermuda, Magallanes, asaltos, batería, sangre de la batalla, voces de la victoria, como llegar un amante á decirle su amor á lo que es deidad humana, que madama Blanca lo era. El más valiente, el más atrevido, osado, discreto, que lo haya hecho; ¿por qué sudores fríos del último aliento pasó? ¿por qué tormentas y tremendas dificultades? Que no osara amar el pastor Endimión á la diosa Luna, sino bajara de su cielo á enamorarle á su monte Latmio.

Llegó al que don Juan pareció alcázar y

templo de una bella diosa que el de Chipre; guiábale el huésped, subieron á una sala y por ella pasaron con las luces que había en cada una, dudando la noche hasta llegar á la antecámara de la reina, que reina juzgó al dueño de aquella majestad. Allí le salieron á alumbrar dos meninas, con luces de bujías del dueño, no hachas, por no dar calor. Angeles parecían. Guiáronle; y don Juan, ya solo, presumió que iba al cielo. Entró en una sala muy cuadrada y muy grande; las colgaduras, ricas y frescas como la sala y la ninfa. Estaba Blanca, no en estrado de muchas almohadas, sino sobre una estera de matices de oro y plata, tres almohadas de tela de oro riza, y sentada en ellas madama Blanca, á imitación de la reina el asiento, y de la más bella diosa la belleza; bien la imitaba el retrato. Don Juan creyó no había de hablar, que los que están en el cielo no hablan. Ya llevaba orden que le dió el huésped de lo que había de hacer. Muchas meninas y dueñas había en la sala, si tan al desvío que no podían oir lo que su señora hablaba.

Al entrar don Juan, le hizo una reverencia hasta el suelo, primera en tan humilde;

al medio de ella, otra, y hasta que llegó con la tercera cerca de madama. Blanca se estuvo en su asiento, no muy retiradas las luces aunque las suyas las pudieran excusar.

¡Triste de Leonor, que apenas fuera aquí á propósito para una de las retiradas! Levantóse madama y allegóse humildísimo don Juan, si gallardo y vergonzoso; el rostro, hermoso de encendido, para imitar á la rosa fresca que adoraba, y en una de sus hojas, y del clavel deshojado sobre el jazmín, dió á Blanca la paz de Francia, que alguno la quisiera de España. Fiero incendio le pasó de los labios al corazón, y con humilde cortesía, se retiró hasta una silla riquísima que halló á las espaldas. Quedóse en pie; madama le mandó sentar, no lo hizo, porfió á no tomar la silla; Blanca se lo mandó por su vida, y al punto se sentó.

Pareció á don Juan estaba con Carlos en hábito de mujer, tan parecidos los formó el cielo. Dudaban cuál daría principio á la visita, y dióle don Juan, diciendo cuán de su parte habían estado el hado y la fortuna, cuando en Irún mereció ver al señor don

Carlos de Angulema, que como el primeró móvil á los demás cielos, le arrebató la vista y los sentidos, por el mayor bien que pudo imaginar sin quedarle albedrío ni razón que no pusiese á sus pies; que sin merecimientos, por sola su grandeza, le había hecho tantas mercedes y favores; que ser su esclavo, era leve ofrecimiento; que lo quisiera ser del tiempo á servir á su señoría; y no sabía cómo deberle haber merecido ver á vuestra excelencia (dijo don Juan) si bien la había visto y adorado en viendo al señor don Carlos, pues no podía ver mayor alteza, más bella diosa, mayor deidad. Que le conociese, volviéndose á levantar, por el humilde esclavo sin igual que tenía á sus pies. Dió fin á la oración, temblando y temiendo el exordio.

No aplacó la llama flamante del incendio de la divina cara, madama, que más rosa que nieve, respondió:

—Mi hermano me contó cómo había encontrado á v. m. en Irún, victorioso de la excelencia, que presidiendo á unas conclusiones, había hecho con sutileza burla del Prior de un convento, y que el ingenio y partes de v. m. eran tan superiores que se

le había aficionado en gran manera, y deseándole servir, le había acompañado parte del camino hasta que se adelantó y me dijo había hecho un atrevimiento, que á no ser en servicio de v. m. me hubiera enfadado, escribiéndole una carta en mi nombre. Yo permito la escribiese, habiendo visto á vuestra merced, que me parece de mayores merecimientos la persona y el ingenio.

—Los pies de vuestra excelencia beso, digo la mano, respondió, que es lo que se besa á la reina y no los pies, que no se le ha de besar lo que no se le ha de ver.

Replicó madama:

—¿Cómo, señor don Juan, lo pasa vuestra merced sin la corte y sin Leonor, de quien Carlos me dijo tales bizarrías y bellezas que dudo se pueda entrever ni vivir por acá?

—Señora mía, respondió don Juan, los que están en el cielo, en la gloria, no se acuerdan de lo terreno. Leonor es á quien por amistad, sin amor, dejo mis bienes, no mi voluntad, téngola por mis bienes, y aunque no sabio, tráigola conmigo; ya mi señora, no tengo memoria, sólo quedó la voluntad y de ésta puede vuestra excelencia

disponer como del dueño. Presumo que si viera el amor esta divina belleza, no viera más y que no fuera el dios de la venda después. Tan rara hermosura, ese donaire y gracia, lo airoso, lo no merecido en el mundo, el hermoso veneno, el quedar deudor á la muerte, el dichoso que la mereciese por ver á vuestra excelencia, el no tener que desear y el de la corte de París, sólo el cielo pudo concederle al más feliz y bien afortunado de cuantos viven.

—Lisonjero, como español, viene vuestra merced.

—Francés, por la vida soy ya, le respondió, aquí será de la vida á la muerte la dichosa habitación; aquí podrá vuestra excelencia mandar y disponer á su voluntad de lo poco que puedo valer.

—¿Cómo era aquello, señor don Juan, de dormir juntos? Si caminando no hay que mirar en apreturas.

—No había más que una cama, dijo don Juan; yo la dejaba al señor don Carlos, no la quiso de puro príncipe. Dormimos juntos, dióme la delantera de la cama; más á fuerza de la vergüenza que del primor, desnudóse á lo obscuro, retiróse á la orilla;

volvióse á la pared como si lo que pasa en las obscuridades entre los que bien se quieren no lo oyesen las paredes, que sólo tienen oídos para las palabras que los amantes se dicen más cerca del otro mundo que de éste, de quien se ha sabido que son más para las casas de los orates de amor, que para los que no le tienen.

—¿Allegóse Carlos á v. m.?

—Más sabe de los lejos de la pintura que de las cercanías, dijo don Juan; y escribirme que era su excelencia con quien yo dormí aquella noche, es buena burla. Si la verdad, que lo mismo viene á ser por ser los dos una misma persona, pero que la voz y latitud del cuerpo y manos, color, una acción, un sentimiento, sea todo uno, mentira parece, y si milagro, imposible; y como vuestra excelencia y el señor don Carlos han hecho tantas francesas burlas á las damas, han querido hacerla á un español. Pues mire vuestra excelencia que de nuestra reina santa á esta parte, todos en ambos reinos somos franceses y españoles.

—Mirad, señor don Juan, respondió Blanca, en qué os puedo servir, que tengo afición á vuestros merecimientos, y vos

echaréis de ver mayor amor que en Leonor, y mayor amparo que en vuestra patria.

—Hasta en esto se parece vuestra excelencia á su hermano; al duque de Alba se ha parecido en no haber perdonado el vos á quien se lo llamaba. Confiérese por el mayor favor, que así lo hacen con los mayores príncipes las damas de Palacio, sino era justo aun en las palabras diferenciar del señor don Carlos V., su excelencia.

Avisaron á doña Blanca eran las diez, que lo mandó así. Levantóse don Juan; madama hizo amago, y con humilde reverencia se iba despidiendo el español. Madama le dijo que su hermano le iría á visitar. Las luces que al entrar, tuvo al salir.

Aguardaba el huésped á la misma puerta; volvieron en su carroza; la conversación, excelencia que don Juan enriquecía de madama Blanca, sin darse por entendido de la inteligencia. Aguardábale Isabela, no desagradada de la gentileza y cortesía del español.

Todos tres cenaron. Entró un paje con recado de Blanca á saber si le había cansado la visita y cómo se hallaba en París.

Respondió que el esclavo de su excelen-

cia respondía que al señor don Carlos daría la respuesta.

—¿Qué le parece á v. m., señor don Juan, dijo Isabela, de madama?

Respondió que los ángeles se parecían unos á otros, como Carlos á la señora doña Blanca, y que fuese angel en la sala, que parecía de la esfera de Venus y de la blanca luna no lo dudó la envidia.

Con esto se despidieron, haciendo este discurso don Juan.

Que la dulce voz de la sirena madama Blanca no le encantó, antes había desecho el encanto.

—No hizo Dios, decía, dos hermanos tan conformes, que á la atención era imposible desaparecerle alguna disonancia, y menos en hermano y hermana. Las caras de una misma estampa y modelo del cuerpo, y cuanto no duda facultad de bulto; una la voz, las dos cartas de una misma letra; Blanca es Carlos y Carlos Blanca; no hay Carlos en Francia, enigma, tramoya, máquina, ingenio de madama fué la transformación, la injuria de la dueña; desnudarse vergonzosa. Mostrar en la vista primera lo suficiente á después del año de noviciado,

grande amor ó gran flaqueza, dijo un poeta, ya conozco la tropelía, si no á darse por entendido, intempestivo.

Sucedió que madama, quedando á solas con Griselda, su camarera y madre por la crianza, desde que al nacer como Zoroastres riendo, la puso al pecho, viéndose confusa y perpleja, le dijo:

—Madre mía, ya sabes que salí de París con mi prima Doñalda, que con Enrique de Valois fué á la corte con embajada extraordinaria; deseaba verla, que de tan poderoso monarca rey de dos mundos que miro emperador, ¿quién tal ocasión perdería? Grandezas oí, mucho me holgué. Contóle cuanto le había sucedido, que va referido. Prosiguió la causa que había tenido de vestirse en hábito de hombre y llamarse Carlos, que como en Francia iba, antes de la muerte de sus padres, con él á los montes, que fatigaba matando las fieras á cuchilladas, y los hombres con mirarlos (que así lo decían), ya no cosa nueva, mudó el hábito y estaba el caso en el estado que podía admirar.

Yo, mi ama, confieso lo que fuera mejor, morir que imaginar mi sangre, mi honor, mi grandeza defraudada, rendir el imperio al

que pudiera ser esclavo. No sé qué estrella, qué desdicha, qué influencia, hado y rigurosa fortuna me llevó á Irún, allí ví á este español, cuya bella cara y persona, lo airoso, el gallardo movimiento, el ademán bizarro, el ingenio, lo sutil; el demonio, que debía de castigarme por el amor de mis libertades y triunfos, exenta de sus fueros y leyes; lo amable, la blandura de la condición, lo igual, me aficionaron. ¿Qué menos maravillas halló la diosa Venus, para el Vulcano, marido y el amante de la quinta esfera; menos la blanca luna en un pastor? ¿qué disculpas de las diosas colman de bronces y laureles el templo de la fama? Yo me aficioné; mi culpa confieso otra vez; enamorada estoy; muero de amor y celos de una española, que presumo adora don Juan. A menos deshonores he enviado, como sabes, los criados del viaje á Inglaterra y á Flandes, bien pagados y acomodados de lo preciso á que no publiquen imaginaciones. Los enredos que has visto, he hecho para dilatar el ser conocida y despreciada; no puede ya pasar á segundo engaño. El español no ignora, si á discreto no se da por entendido. ¿Qué me aconsejas?

¿Que me desespere en sacrificio de mi honor ó le ame y le dé el alma en sacrificio? ¿Qué dirá París? ¿Qué mi noble sangre? (si yo he visto desdorada y sin nobleza á la mayor). ¿Qué tengo de hacer? Aconseja estos pocos años y muchos desvaríos, que me falta aliento. Procura antes que pierda la vida que la fama. ¿Seré Lucrecia forzada del amor que no le pueden quitar la corona y cetro de Roma? ¿O seré Porcia verdadera amante á quitármela con brasas en vez de puñal? ¿Qué desatinos son estos míos? Vuela y dile á don Juan que al punto se vaya á Madrid con su Leonor, que le haré matar á puñaladas; más no sea tan aprisa, pensémoslo mejor. Mira, Griselda mía; nació en un lugar cerca de la corte de París un mancebo de entre dos luces, en el cual había más Durandartes de los pasajeros que vecinos, hijo de padres pobres. Dió en estudiar y criarse en Salamanca; de la sotana corta, común de dos, la fortuna, habiendo proseguido (después de unos poquillos de artes y cánones) lo marcial, el arte de la guerra, todo sangriento sin tener mucha sangre, llevóle su buen hado á la gran plaza de armas de aquel reino, y como las

cosas grandes no las dispuso la fortuna para los pequeños, fueron tantos los desatinos y necedades que hizo, que no tenían precio; y ni él ni sus disparates valían dos maravedís.

Pues, ama y madre mía: si un cuitado vino á ser por sus estudios tal persona, y en el mismo principio se perdió, yo que no estudié, ni tengo en el *Arte amandi* de Ovidio noticia de más nominativo que el de amo, y prosigo preguntando al español: «¿amas?» yno he sabido más que hacer errores y desalumbramientos como el tal pecador, ¿qué tengo de hacer? ¿Morir salamandra? ¿El solitario en la nube? ¿La viuda tortolilla en la seca rama?

Dió fin á la historia y principio al llanto de por las que envidiaban el sur y la aurora.

Respondió la informada:

—Señora mía, mi bien, mis amores, ¿es posible que dudas el consejo de quién te dió las dos veces sangre por alimento al nacer? Madama, no tienes padres, ni quien te sujete, sino el honor, tu nobleza y la razón. Miro enamorada tu alma de un español; desdice en la nación, no en lo demás; que su persona y partes ilustres bien noto-

rias son. He sabido que por su raro ingenio es de los más famosos hombres del mundo, ¿qué mayor grandeza? No te ha conocido voluntad; navega despacio, que no sólo te veo melancólica y triste, sino en el principio que te podría costar la vida. Tienes deleite de amar y hablar á don Juan; has dormido con él, y si no has dormido desnuda, estuviste en su cama. ¿Quién lo entenderá y pretenda por mujer que venga á creer que no lo entendió? ¿Quién, llamándola dueña, que no deseases llamarte el nombre de dueña y no á don Juan? Allí te perdiste; no hay más remedio que estudiar el fin; hacerle príncipe, con esta proporción, que como se entiende, curse leer en las escuelas. Amele París como á la famosa Juliana Morella, que él sabrá hacerse tal lugar que merezca una princesa. Puede posar donde posa, no dar que decir. Durandarte y su Isabela son de tu casa y de tu alma; tú los has enriquecido (perdona que te hablo con esta voz de amor) y han de pasar por tí á mayores Indias. Decía un estudiante que los antiguos tenían por Dios hallar en esta vida á quien amar y querer bien, tú puedes lograr esta opinión; enamorada estás, pro-

sigue sin desatinos públicos, sin demostraciones livianas; pene don Juan, muera, que dicen las de mi edad, que vence la porfía. No sé más; si yo fuera madama Blanca de Angulema hiciera lo mismo, lo mismo puedes hacer.

¿Qué lisonjas á la medida que desea el que las escucha, no tienen precio?

Abrazos y besos, como cuando al pecho, dió Blanca á su ama y una muy buena joya por el parecer. Debiólo de tomar de los príncipes de Madrid con los grandes abogados; y á meditar si no en oración lo que había oído, recogió en su cuarto y alma divertidos y enamorados pensamientos.

Ganar gracias quiso Isabela con don Juan, á quien tenía inclinación; que lindezas y maravillas de Siquis y Cupido, dentro de unos umbrales, pasan en Hipólitos y Fedras. Del hurto soñoliento de la noche no tiene el sol ni el día noticia; las oscuridades y sombras se hicieron para excusar á las damas; la rosa vergonzosa en la cara disculpan las osadías; los desaciertos no lo son, que hay disculpas de la venda, no del amor, sino de la noche, oscuro manto, en vez de la que tiene Cupido.

En tanto que el marido fué á ver á madama, entró Isabela á ver el que quisiera de aquel nombre, y tomándole las manos (principio era para don Juan, no para Isabela; más siendo á excusar inconvenientes, imitando al tiempo en lo veloz, lo que decía un gran príncipe, que podía tener el honor queja de la voluntad, en el poco lugar menesteroso para ofender al dueño) así le dijo Isabela:

—El que v. m., señor don Juan, piensa que es Carlos de Angulema, es madama Blanca, que diciendo era su hermano, visitó á v. m., no le engañe; presumo que le quiere bien. Este retrato de Carlos, hizo hacer por su cara el día que llegó á París. Su belleza, ingenio y sangre, digno es de un príncipe; v. m. está fuera de su patria, en la más belicosa, que todo es guerra á sangre y fuego con los enemigos; logre v. m. esos pocos bienafortunados años que para servirle en cuanto mandare, me tiene aquí.

No fué sin premio Isabela, bien merecedora de recíproco amor, si fuera posible. Avisaron que venía el dueño y fuése Isabela, reconociendo agradecido en extremo

don Juan, por la singular merced que le había hecho, si bien que ya lo sabía el español, asunto, no darse por entendido hasta su hora.

Con licencia de madama, advertido de ciego y mudo, fué don Juan con el huésped y su carroza, sirviéndole criados de Blanca, que envió á Madrid bien pagados los que vinieron con don Juan á besar las manos al embajador de España, por la debida cortesía y amistad que tenía con él. Recibióle con mucho amor; quedaron sólos y deseando saber nuevas de la corte, le dió buena razón de las que había del feliz suceso del cerco de la fuerza de la Mamora, que habiendo, con providencia divina, acordado el Consejo de Guerra que Tomás de la Raspur, con las naves de la India, diese vista á Zalé para que la inmensidad de moros del peligroso cerco, ya con sus trincheras y mina, á industria de un inglés renegado, grande artífice de máquinas, alzasen el cerco, como en efecto se había hecho, perdiendo con la opinión, despojos, piezas de artillería, yendo muchos menos de los que habían venido, por habérselos muerto el castellano y soldados de aquella fuerza; que del valiente esfuerzo

español, salieron á quitarles la honra y las vidas, temerosos los fugitivos á no volver. Que el señor conde de Villamor iba por general de Larache, cuyo extremado valor y gallardía temían ya los moros y alarbes, contra quien llevaba, á sus larguezas, valientes capitanes, oficiales y soldados, con ventajas y muy aventajados, mostrando el furor de Marte en su bélico furor y prudencia, cuyas hazañas y heróicas victorias, prevenían á la fama que había de esparcir en el orbe.

Dijo también unas valientes fiestas de toros que en la plaza Mayor de Madrid y del mundo, habían hecho á su majestad los señores, con más valor y osadía que fortuna, y dióle cuenta de los otros sucesos y estado de las cosas no muy felices, hasta ver el remedio de las monedas.

Agradecido quedó el embajador, y satisfecho de cuanto deseaba saber, que hay cosas difíciles al vulgo. Aquel día fué su huésped don Juan, y á la tarde volvieron á la conversación; y el embajador le dijo, que de lo que no podía tener noticia después que salió de Madrid, se la quería dar. Don Juan le besó las manos por la merced, y en-

careciéndole había de saber un caso horrendo que le habían enviado por escrito en largo suceso de Madrid, le contó así:

En la ciudad de los Reyes, de las Indias, había una dama de bien pocos años, muchos bienes y belleza; los pesos de plata serían unos cincuenta mil. Había un escribano de la justicia, llamado Martín González, hombre amado, no rico de hacienda, sí de lo entendido en el ministerio de su oficio. Tenía un hijo. Yo lo diré (dijo el embajador) con más modestia que la relación.

Era mancebo de pocos años, sin ofensa en el bozo, si no á propósito para propagar el género humano; que el poder ser padre no se lo concedió el cielo. Sabíalo también el suyo, y fiando más de los sucesos de la fortuna que de la razón y ley de Dios, codiciando tan rica y florida hacienda y hermoso sueño, con el poder de Martín González, á Juan, su hijo, no le ofendió el asunto; y proponiendo el medio de no quedar sin tan ricos bienes, acordaron que Francisco Pérez, primo hermano del Juan, mancebo, si la cara ya ofendida del más que bozo coronado, supliría por el Juan en la cama, con doña Juana; este es el nombre.

Efectuóse el casamiento con gusto de los contrayentes y sus deudos, y la primera noche que lo habían de consumar no tuvo la dama salud para más que las paces; aunque ya para las guerras de amor prevenido y deseando el primo, llegó la noche siguiente. Acostáronse marido y mujer, y en matando las luces, el marido infame, codicioso, no del honor, tuvo modo como poniendo las almohadas, pareciendo acaso en medio, y que había menester algo, dió lugar al primo que le subrogase en el lugar. Así lo hizo, y á la primera ofensa, rabiosa Filomena, echando las manos en venganza á arañar la cara, no halló marido, sino al tal primo con tufos. Sintió que no era el del himeneo; dió voces, alborotóse la casa; el Francisco se escondió, que tenía seguras las espaldas. El Martín y su hijo le dijeron que se había engañado. Sosegaron á doña Juana, tan persuadida, que les pareció había dado crédito á la maldad. No era muy necia, que los divinos ingenios indianos y de aquel clima, donde el sol enriquece con sólo mirar, atento como los ingenios, minas de oro y plata, cayó en lo que había sido, y ya había entendido el defecto del esposo, la

maldad suya y de su padre y el intento de riqueza, y llegando más á las manos, el marido y suegro la persuadieron lo tuviese por bien, porque no supiese nadie el defecto de su hijo. La criolla no debió de quedar muy desagradada del primo, y como el primer suceso, dicen que el primer amor no se puede olvidar, y no tener necesidad de buscar la dama con otro el remedio, y que el primo sabría ya lo secreto, y era gallardo y discreto, y de muchos donaires, túvolo por bien.

Con esto dormía con ella cada noche, teniendo en casa el tío por sobrino; si ya también por hijo. Tenía mucho regalo sin riesgo, y doña Juana le amaba y regalaba y le daba cuanto había menester de orden y consentimiento de su marido y padre. La dama se hizo preñada y parió un hijo. Pues como al principio de la traición debió de agraviada, dar cuenta á algún deudo suyo, y él á los demás, pesarosos de que el heredero espúreo heredase por hijo de quien no lo era, su hacienda, dieron noticia á la justicia de la mayor maldad que el himeneo ha visto.

Ya le debía de pesar á doña Juana que se

tratase del caso, por bien servida del Francisco Pérez y padre de su hijo. Tratóse de la averiguación; doña Juana dijo la verdad, contando lo que había pasado; el marido lo mismo, y muchas hechicerías que había hecho por ser padre, y que no había sido posible. El Martín también lo confesó, dando causas y excusas como si fueran á propósito. El pleito se fulminó; al Francisco Pérez le condenaron en pena de muerte, en la misma al marido, que se ejecutaron; el padre murió en la cárcel, doña Juana y su hijo murieron en la casa durante el pleito. Esto hace el interés y la maldad, todos tuvieron culpa, todos la han pagado con las vidas y con las haciendas. Sirva de ejemplo á los que van al matrimonio con diferente fin de la institución.

—He querido dar cuenta á v. m., señor don Juan, dijo el embajador, para entretenerle y pagarle la relación.

Mucho lo estimó, de que le dió gracias. Con esto se fué á su posada, quedando el discurso de tratar de letras humanas y otras cosas y ciencias, para cuando el embajador mandase. La carroza y criados aguardaban á don Juan; entró á su cuarto, donde tam-

bién con mucho gusto los huéspedes, y de Blanca este papel sin firma:

«Sale el sol de su Oriente; vuela por su eclíptica, no pára sin milagro; vuelve á donde le aguardan el alba ó la aurora. No era v. m., señor don Juan, bueno para sol; no para halcón, que no vuelve á la mano del cazador; no paloma, que vuelve al arca con ramo de oliva, que dice la paz, si aun con la de Francia no le agrada. Cuervo es en no volver; sea v. m. el de San Onofre, que se volvió paloma, y vuelva sol á su oriente, verá alba ó aurora más hermosa que la del cielo; no imite al río del olvido, que olvida y no vuelve, y véngame á ver mañana que larga será para mí la noche.»

Madama escribió este papel á don Juan, bien amoroso; escribía la mano, dictaba el corazón. ¡Oh, pobres amantes noveles, ignoran las traiciones de Cupido! Si el triunfo mayor de sus anales viene á ser despreciar á los no imitadores de los Macías y de los Orlandos furiosos de enamorados, las Cleopatras y romanas, que en vez de la lira de Apolo y los demás instrumentos de los dioses, tiene arco, aljaba y saetas; por no tener

una cuerda las consonancias quiere desatinos, locuras y atrevimientos; le hace imperioso y triunfante, que sólo tienen amor los que no tienen juicio, habiéndole perdido por lo que aman.

Tan ciega estaba madama, que según los principios, había de exceder á los esclavos en el carro de aquel Dios; ya no cuidaba de su alma, sólo dél color con sus criados para causa de favorecer á don Juan á menos infamia; á que no se le atreviesen, y su ingenio ordenó carta de Doñalda, su prima, que le escribía con don Juan desde Madrid, donde había quedado con su marido en la embajada extraordinaria, que hay algunas que imitan en dichosas á las cortes prorrogadas.

Esta hizo que al descuido la viesen; y el ama, que sabía el secreto, si no la que encubrió los exploradores hebreos, la exploradora de las lises entre los criados. Decía así:

CARTA

«El señor don Juan Bernardo, caballero muy principal de esta corte y de singular ingenio, es dueño de la casa donde posamos;

va á París y otras provincias; debemos mucho á la familia que deja, que nos acomoda y regala. Suplico á vuestra excelencia, prima mía, en tanto que volvemos, le acomode y haga merced, de manera que se entienda, le he sido de fruto, y verá París que sólo por mí depone vuestra excelencia de su grandeza; que el señor don Juan merecerá amparo y voluntad de vuestra excelencia, á quien Dios guarde muchos años.

Doñalda de Borgoña.»

El mayor desatino de la ciega fortuna, sólo para quien la imita, es que los amantes se enfurecen tan temerarios, que atropellan la honra, la fama, la vida y la hacienda por quien no amando no desperdiciaran veinte reales. La vida y los bienes, vaya; pero el honor, lo sagrado en la fama y opinión, no dueño en las acciones del alma, que oscurecen el nombre; no haya cisne que le vuele en el olvido, no haya verso que le eternice. Hile con Hércules para desdoro de sus hazañas y trabajos; entierre con el cuerpo la memoria, que, como él, se convierta en ceniza.

Por esto sentía madama obscurecer las

proezas, laureles, triunfos, escudos, armas, timbres y las divinas empresas de su antigua ilustrísima prosapia, príncipes de la sangre sus ascendientes. Moría de presumir enturbiar cristales y heróicas victorias de aquellos héroes preclaros de anales eternos, y haciéndose á la parte del honor propuso defenderle, si las fatigas de la voluntad lo permitiesen. Encendióse en furor; ignoraba la influencia en que parecía escuchar una voz dulce, delicada, angélica, que le decía:

—Donde hay amor, no hay razón.

Desmayóse estando sola, que á no volver luego, diera por excusados los discursos. El remedio del amor para descaecer, es que los amantes padezcan necesidad, que indianos, sólo puede dividirlos el último aliento. Dejó al hado el disponer de su alma, que á saber el sueño del español, pudiera de dos. Don Juan se hallaba favorecido en demasía, no alcanzaba el pensamiento de quien le pudo colocar en la más alta nube, solitario en este milagro volaba sobre el Olimpo, donde no se logra impresión peregrina. El papel de Blanca, más parecía de Eliope, donde fué á vivir el amor; figuraba el principio.

más al fin que humano favor, se prometió. Dudaba no habitar la casa encantada en que había admirado portentos, prodigios, temores, tremendos vestigios, sepulcros y campos Elíseos. Dudaba no soñando, porque la idea no se lo puede persuadir.

Era tarde; sirviéronle la vianda como al dueño. Los huéspedes y don Juan cenaron. Isabela, sentada opuesta al español, por no perderle el menor amago; y como el amor es como el fuego incesable, y regalaba á Isabela curioso y discreto, ambos se perdían, porque si don Juan ocasionara y madama lo entendiera, terrible fuera el castigo. Seguro estaba el español, herida el alma de la saeta con que madama le rompió el pecho con dulce veneno. Isabela ignoraba el altura de la voluntad de Blanca, si presumía don Juan que no importara, que no hay ley en el albedrío.

Decía un discreto, que el amor y la justicia tal vez se encontraban: en el un tribunal se caminaba con las manos y en otro con los pies. Temió don Juan, era poeta Isabela por haber sentido en la cadencia algún pie largo, sacaba los suyos, don Juan medidos. Ya tarde, se fueron, Duran-

darte á dormir, Isabela y don Juan á velar diversos pensamientos. El papel asoleado de madama, que no era mucho, tan cerca, tan á la mano del sol, intrépido y amoroso fué por haber encendido el asiento con el embajador casi todo el día; que no es amante el que tiene paciencia de no volver como el reloj á su principio de la una, en llegando á las doce.

Isabela se iba enamorando por la posta de don Juan; deseaba defecto á disculpa de retroceder y no le percibía. La casa del amor imita á la del sol, que de los diamantes, carbunclos, zafiros y demás preciosas piedras, son los reflejos y luces tan peregrinas, que parece que toda la fábrica, techo y pavimento se está abrasando en vivas y flamantes llamas. Así daba principio el fuego de aquel Dios en la casa de madama, y algunos incendios en la de Isabela.

A puros desvelos durmieron esta noche. Amaneció la mañana entre las rosas y flores que fueron amantes con sus arreboles y afectos, bordados los prados y jaspeados los cielos. Las quejas dulces de Filomena, enamoraban el aire, no veloz, sino inmóvil á escuchar armonía diurna. Corona de cla-

veles y azucenas hermoseaba á la aurora, pues á la gratísima de los poetas se halló vestido el español, que á sólo imitar al amor, dormía desnudo; que de acero y de más valor que de acero, vestido se le pasaron sin quitar el acicate muchas noches en los campos de Orán, esperando la luz á dar el «Santiago y á ellos» á los moros atrevidos y á los fieros leones; que de tan pocos años, afirman Belona y Marte no haber visto el Africa más valiente español ni corazón tan marcial.

Y es caso notable que siendo los trabajos de aquellas plazas continuos y peligrosos, y sirviendo más á propias expensas que al corto de mal pagado sueldo, no sólo no se estimen, sino que se desprecian.

Esta hora esperaba don Juan por la de su vida ó la fatal en el suceso de los hados. Ciego y mudo le quería Blanca; no se atrevía á salir por las calles de París, no darse á conocer en la Universidad donde pretendía demostración de sus estudios, visitar al honor de España, Juliana Morella, ver la insigne iglesia de San Dionís, el Palacio Real, maravilla del mundo, sus cristianísimos reyes y buscar don Juan sus amigos;

que á desperdicios, generoso corazón y larga mano, tenía muchos en diversas regiones de las guerras escolásticas y plazas de Orán, y el mar inmenso de la corte en quien todas las naciones residen.

No dió paso hasta la orden de madama, que los amantes tienen presencia del amor como es Dios. Ya serían las ocho cuando el huésped entró á ver á don Juan; con que desayunarse le sirvieron, y luego le dió mejor desayuno, recado de Blanca madama que la fuese á visitar.

Más alegre se vió por don Juan el día, que la aurora por la mañana.

La carroza, prevenida; fueron los dos. No formó la oración don Juan, sino la turbación, indicio en la esencia de verdadero amante.

Guióle Griselda á una galería de pinturas y retratos, de oro las molduras y las famas, emperadores, reyes, césares, capitanes, héroes invencibles y de fama eterna; Aquiles, Héctor, Orlando, Reinaldos, y los otros de los doce pares á la mesa redonda; armas, pertrechos, artillería, batallas campales, de poder á poder, destrozos, muertes, victorias, trágicas tal vez, y cuanto

de Marte eterniza la fama, todo se perseguía en aquel cielo quinto.

A la otra banda, los insignes filósofos, sabios y poetas del furor diurno. No eran muchos, por haberlo advertido el pincel de una en cada siglo; error presumir dos, los que así de paso previno don Juan pisando brasas en dilatar el sol, que saliese de su oriente. Los heróicos Antimaco, Homero, Apolonio, Arato y Virgilio, que los estaba imitando á todos; al fin, príncipe sin igual.

Históricos, Estacio, el Tácito Cornelio y cordobés Lucano. Bucólicos, Teócrito, Virgilio. Satíricos, Píndaro, Enio, Lucilo, Varrón y Horacio Flaco. Trágicos, Sófocles, Eurípides, Eschilo. Cómicos, Menandro, Apolodoro, Nevio, Plauto, Enio y Terencio.

Las molduras, con tantos lazos de oro y luces que oscurecían resplandores de muchos diamantes á trechos. En los Metamorfoseos, Partenio, Chío y Ovidio.

Geórgicos, Lucrecio, Marco Catón Censorino, los dos Sacerras, padre é hijo, de admirable espíritu, Tremelio y Escofra, Marco Varrón, Hesiodo y Virgilio, que los imitó á

todos. Escribieron amores, Anacreonte y Ovidio.

Aquí venían los también satíricos Marcial, español, asombro de las otras naciones, Aulo Perfio, Lucio Séneca y Lucilio. Líricos, Safón, Alceo, Archiloco, cuya sátira quitó la vida al infeliz padre de la que amaba, negada por mujer; que tal vez las sátiras sirven de guadaña á la muerte, embotada los filos de sangrientos. También Ovidio y Horacio. Larga digresión disculpa excusar de cuidado, al que la hubiere menester; así estaban en la galería estos milagros de naturaleza.

Volvió Griselda y guió al fin de ella al español, por un tránsito de más frescas colgaduras ricas de primavera que las admiradas en el orbe, de la reina de Egipto. Allí le dejó, diciendo:

—Vuestra merced vaya por esa puerta adonde le guiare; hallará al señor don Carlos de Angulema con los vestidos de su hermana, que quiere hacer á v. m. una burla.

Turbóse don Juan, temiendo otra nueva tropelía; y entrando á una gran sala, como la primera, colgaduras de los reales palacios, las mismas criadas, lejos, y madama,

en sus tres almohadas; que á no ser tan rara su belleza, el vestido riquísimo, el adorno, el tocado, la madeja de oro, las trenzas, los rizos, las cintas de resplandor y el de la bellísima cara, adornaran á la noche, cuanto más al hermoso día, en que el sol esparció resplandecientes rayos. Llegó temblando cerca del que miraba altar con la bella imagen, humildes las reverencias, fugitivo el color, acudiendo la sangre al corazón, que. desmayado, le socorrió.

Llegáronle silla, madama le mandó sentar no muy al desvío, lo suficiente á no oyentes las criadas, y luego cubrir.

Obedeció, sin haber hecho aún amago de en pie Blanca, y díjole:

—Señor don Juan, ¿dónde está Carlos? ¿Cómo v. m. no le ha buscado, siendo el mayor amigo que tiene? ¿Así se olvidan los amigos y los caminos? ¿Cómo hace v. m. la visita al embajador, de un día, y la de Carlos de una hora? ¿Cómo lo pasa en París? Dénos traza de su vida. Mi prima Doñalda (esto dijo en voz que las criadas lo oyesen) me escribe las obligaciones que tiene en Madrid á su familia y quiere haga demostraciones en su servicio; haré cuanto con-

venga á su honor y deseo; mire lo que há menester.

Respondió:

—Señora mía (que siendo esclavo de vuestra excelencia, bien puedo decir señora mía): quien me guió, dijo que entrase, vería al señor don Carlos con el vestido de su hermana; yo debo adorar á vuestra excelencia, ó por el señor don Carlos ó por mi señora doña Blanca, tan á su gusto y voluntad, que observo por fe los amagos de su imaginación. El señor don Carlos es de quien estoy más favorecido; que el trato, la mesa y la cama, son terribles hechicerías, aun faltando méritos; dormimos juntos hasta la luz de la mañana, que antes de hacer ventanas los resquicios, la había visto en el aposento y cama. Recelé algún milagro; volví á ver al señor don Carlos; cegóme, y pensara yo á tener discurso, que alguna deidad oculta habitaba en aquel aposento; y como vuestra excelencia le es tan parecida, puedo decir que se debió de transformar en él, haciendo aquel milagro su belleza. En cuanto á mi vida, mi vida es de vuestra excelencia; soy Clicie á sus divinos rayos, camaleón del color que me mandare; dispon-

gan, el señor don Carlos ó vuestra excelencia, de un esclavo de Aragón, á bien y mal tratar, como dicen en Castilla.

—Señor don Juan, le respondió, por no hacer agravio á vuestro ingenio y á mi voluntad, no prosigo en deciros que soy Carlos; ya se hizo el engaño en lo posible; ya sabéis que no tengo hermanos; será mi hermano el que oyere mis palabras é hiciere lo que yo le mandare. También os digo, que no estoy bien con vuestras lisonjas; dícenme que así lucís los españoles con las damas y con los príncipes. El que es lisonjero, estudia y no siente lo que dice, sino lo contrario, que no fuera lisonja. Luego convenido estáis de no sentir lo que decís, y sería por extranjero, delito, contra quien os desea hacer bien.

—La opinión (dijo don Juan), tiene el amor verdadero por contraria. Al diamante bruto le hace el buril del artífice dé luces y esplendores; al amante bruto, discreto y sutil; pues quien mereció por el instinto, entendimiento, ¿por qué no sabrá decir sin lisonja la verdad, el amor de su alma, las bellezas y maravillas de lo que adora?: que el enmudecer los amantes en presencia de las

damas, es el triunfo y laurel de la voluntad; que las ciegas mariposas mueren en los giros, si no del sol, de las luces que le imitan. Si vuestra excelencia no debe presumir siendo idea de la hermosura, que á ser en tiempo de la antigüedad no codiciara, no sirviera el dios amante de tantas bellezas, Danaes, Ledas, Alcmenas ó Juno, ni que perseguía desdichado, Io; sólo á madama, á la dama Blanca fabricara templo, altar con ara, sacrificios con humos secretos y sagrados. Vea vuestra excelencia qué debe hacer quien no merece serlo de sus criados.

—Ahora bien, señor don Juan, yo soy novel, no tengo experiencia; causa de tener celos antes que amor, no miréis en mis desatinos, que disculpan mi ignorancia.

—No dicen lo que vuestra excelencia, Polonia y Jerónima; no Leonor, no la mozuela de Irún, no el haber padecido peligro la noche de la daga desnuda; las bravezas, el hermano en Italia, el vestido y nombre de Carlos; estos embelecos, estas tropelías, no son muy de la infancia; no muy de caballero novel saber decir tantos amores, llamar dueña al que lo pareció; desnudarse una doncella

con el no esposo grande amor pedía. Todo se debe al peregrino ingenio de vuestra excelencia, al hado, á la fortuna; cuantos nacieron Cupidos y Narcisos, deben envidiar á don Juan, pues no pueden decir, viendo á vuestra excelencia, que la han tenido en su mesa y cama desnuda.

—No tenéis razón, señor don Juan, en hacerme salir á la cara otra vez la que llaman rosa los poetas, sobre el jazmín, y si queréis obligarme, con lo desnudo no es á propósito; más me obligaréis con lo vestido que no puedo desnudar. Decidme, señor, ¿qué tenéis de Leonor? ¿Qué de Ricardo?

—Ningún aviso, respondió; no le codicio, no le espero.

—¿Pues, la amistad y correspondencia?

Don Juan replicó:

—No hay memoria de Leonor, que no hubo causa de memoria; del amigo sí, que no debe faltar.

Madama le dijo:

—Esa es la razón de querer yo ser Carlos y amigo vuestro, porque no me olvidéis.

—No se olvida el trato, la mesa y la cama, decía don Juan.

—Agrádame que me habéis hecho la

cama, respondió Blanca, para causa, que así dicen en Castilla cuando se hace á quien no la tiene. Ahora quiero mandar lo que habéis de hacer para vuestro gusto, aumento y lo que deseo que seáis. Vuestro ingenio volante, como el nuncio de los dioses, con alas en vez de piedra al pie, permite sea conocido si no imitado en la Universidad de París, que si bien no lo ha parecido en decirme defectos cara á cara (que esto queda para los descarados), podría ser presumir las alabanzas y no injurias, conociendo que no las debéis anunciar contra quien hace lo que su prima le dice, que es deponga de mi grandeza para vuestro asilo y amparo; no os perderá de vista el huésped que desea agradaros, habiéndome advertido. Conoced los príncipes, caballeros y los cultos de esta insigne corte; al discreto, intrépido Pero Mateo, ejemplo de historiadores, digno de sus cristianísimos reyes, á quien Maquiavelo no iguala en las materias de Estado. Estaréis bien servido; mucho os importa granjear voluntades, ser amable, apacible, no desigual; que los que lo son, había de permitir el cielo ó que no nacieran ó que no mandaran; que de un aliento á otro, que-

mando ó enfriando, con uno mismo como el sátiro, se desconozca el que antes de nacer pudo perder la vida con el olor del humo de una vela. Los enfados del sol son los nublados que le hacen desconocer, dicen las porfías á consumirlos, por no desdecir, por no dejar de alumbrar. La noche es noche, el día es día; y á lo menos no culpa suya, ni en los eclipses ni en las turbaciones. Y no se puede negar que en lo igual obra el entendimiento y la sustancia divina del alma, amable hasta en los brutos; lo desigual, aborrecible, defraudando á la razón. Diréis, señor don Juan, á dónde voy perdida con esta digresión.

Respondió que presumía escuchar á Aristóteles en su filosofía, á Cicerón y Demóstenes, en sus oraciones y elegancias.

—Pues yo os prometo, le respondió, que pienso me voy perdiendo, y que el verme perdida ha de ser por vos.

A los pies de Blanca dobló la rodilla don Juan, pidiéndole la mano que poner en los labios. Levantóse deseando á su alteza, diósela á besar diciéndole que la besase á lo español, haciendo misterio que fuese de Leonor.

—No dí yo fin á la visita, don Juan; ya os debéis de haber cansado.

—No haga vuestra excelencia este agravio al señor don Carlos, que me quitaré la vida.

—No os la quitéis, respondió, que si os la hubieran de quitar en Francia, yo he de ser quien os la quite; la Parca y la guadaña, quien más que la suya, desea la vuestra, por hacer lo que manda mi prima. Cada día ó noche que yo lo ordenare me veréis una vez, dándome cuenta de lo sucedido, sobre lo que habéis hecho, y si sois sabio, solícito y secreto, aunque ya me persuado que lo sé.

Cerca de las dos estaba la mano de un reloj que había en la antesala, que no dió por orden de madama uno, en los cinco de la conversación. Despidióse don Juan á lo español; madama como quien sabía que el amor debía más á España que á Francia.

Las criadas de Blanca le sentían ya voluntad hasta allí ignorada; tales mercedes le hacía, que con ellos y no tener padres y hermanos, sino algunos deudos y á Mr. de Lansaque, primo en Italia y prevenidos por madama ser don Juan el encomendado de Doñalda de Borgoña, su prima, no murmura-

ban; parte también el no desagradar don Juan á quien le trataba.

Fuese en su carroza con el huésped, que le dió á propósito el desayuno, si madama le había imitado, no creyéndole, los regalos y aseos, curiosidades y bebidas diversas, frías y de esencias, apenas y en vidrios penados se podían creer.

Este día se entretuvieron jugando los huéspedes á la ganapierde, y así fué que ganando don Juan, perdía, que es la mayor ganancia; dejábase ganar Isabela; eso pretendía y no don Juan; dióle una muy rica joya por el amor que la dama le daba á entender. Recibió la joya rica, si no tanto, cuánto la de su voluntad. Quedaron que al día siguiente estuviese á punto la carroza, que había de ir á la Universidad don Juan y á ver París, príncipes y señores, á procurar ser conocido y amado.

Peregrinas imaginaciones perseguían á don Juan. Leonor había sido el primer ademán de su alma, si bien que como en los principios no habían llegado á la obligación que la sigue hasta el fin, como al cuerpo la sombra, en tierra ajena los cohechos, para torcer y doblar la vara del más recto

juez, las de Eaco, Minos y Radamanto; la fuerza de tantas mercedes y favores obligagaran á Cupido á dejar á Siquis antes que le viera; al sol otra vez al no bien aconsejado Faetón el carro de oro, á la forma que no se imprimiera en lo que sin ella no tiene ser, á la vida que defraudara el individuo.

No haya más hipérboles, que hay quien los pasa como en silencio; indigno parece al desvelo de quien sólo desea presentar ramilletes de flores nuevas, no ofendidas de las avispas, que de las abejas lo permite, pues las convierten en la mayor dulzura; si la Teodora tuvo por más dulce el interés de la ganancia y otras muchas, aunque no tan sabias, son de la misma opinión conformes con la materia de Estado.

No quería don Juan llegar á esta voz á poderla excusar por inmunda, y sentía que la excelencia del Estado la tuviese por pena, como un necio al pie tan cerca de sí. Pues ya don Juan trazaba qué había de hacer con Leonor, y acordó escribirle que en París había tenido una grave pendencia en que había muerto á un caballero francés, deudo del embajador que estaba en la corte; que se iba á región más remota del mundo y no

era posible volver á Madrid; que allí la enviaba escritura haciéndola donación de toda su hacienda y la suplicaba solicitase á Ricardo en secreto para ser mujer suya, por conocerle y saber que no habría como él quien la supiese obedecer y servir. Así lo hizo, procurando disponer esta obligación, de que dió aviso á madama que lo estimó y cesaron inconvenientes y desvelos.

Con la orden que madama dió á Durandarte, prevenida carroza y criados, fué don Juan á San Dionis con el huésped. Oyeron misa con devoción, y aunque el clérigo francés no de aquellos que dicen en España que se lo dirán de misas, porque si no de Francia, ha habido algunos de Inglaterra que á título de decirlas y de confesar, introducido con los que trataban de materias de Estado, servían de espías, Durandarte hizo enseñar, como principal caballero, á don Juan, cuantas reliquias y santuarios, edificios y cosas peregrinas había que ver en París.

Llevóle á la comida de los cristianísimos reyes, y acordándose de la grandeza de los católicos de España, no le pareció igual á la majestad de servidos. Vió á la bellísima reina doña Ana Jacinta Mauricia, que de

gozo, y haciendo el alma el debido sentimiento, no pudo resistir lágrimas del amor debido á su deidad, como vasallo de su natural reina y señora, que, habiéndole conocido español, no le pesó.

Después, procurando besarle la mano, lo negoció Durandarte, y su majestad fué servida en darle razón de cuanto de sus divinos hermanos procuró saber y del estado de la monarquía. Entendió ser persona de grande ingenio, y que pretendía darse á conocer en la Universidad, y con su clemencia y grandeza le prometió hacerle favor y merced en lo que se ofreciese.

Visitó á Juliana Morella, mina del oro divino resplandeciente, de inmensos quilates; que aunque todos los santos son sabios, hay fénix Agustinos, Ambrosios, Crisóstomos, Tomases y Escotos sutiles. Recibióle la maestra santa, con su hábito de capuchina, que más imitaba ángel ó abrasado serafín que humana criatura, con la alegría del alma; y tratando de las ciencias y cátedras que había leído y leía, pareció á don Juan que eran su divino ingenio y virtudes mayores que su fama. Pidió á don Juan le oyese, y habiéndole dado cuenta de sus es-

tudios, que acudiese á leer algunas lecciones presumiendo se haría buen lugar. Muy aficionados quedaron.

Don Juan fué visitando á los deudos de madama á sombra de la carta de su prima, ofreciéndose por muy servidor suyo; y como don Juan se llevaba la importante recomendación en su casa y en su persona, todo le sucedía bien. Visitó los doctores de la Universidad, dióles noticia de sus estudios; conocíanle por la que tenían de su ingenio.

Pidiéronle honrase la Universidad leyendo lo que le pareciese más á propósito á lo que codiciaban los discípulos; que los pocos años y los estudios muchos, daban á los maestros esperanzas de serle debida estimación, ofreciéndole cuantos honores le pudiesen acrecentar.

El real palacio admiró á don Juan, por de lo más único del mundo. Hízose dueño del número de señores, caballeros y criados que servían á sus reyes, y como no todos servían todo el año, sino la mitad de los de un oficio, y así los de la vacante el otro medio; que en Francia se tiene cuidado de esta providencia.

Algunos días fué don Juan á ver á ma-

dama, y las noches de los que no, á darle cuenta de su vida y de su alma. Agradábase del caballero, entraban en cuenta á solas. Don Juan, tal vez á puro ingenio y amor, no respondía á propósito á madama, por no divertir de mirar tan lucientes estrellas de sus orbes tan rara y peregrina hermosura de que Blanca se agradaba. Y como el amor es invencionero, recibía ya á don Juan, no en las tres almohadas de su grandeza, sino teniéndolas á docenas, no por de poco valor, en sola una de ellas y en silla pequeña de matices de seda y oro á don Juan. Deseaba, decía madama, saber el estado de su alma.

Respondióle excusase la pregunta que nadie le sabía mejor. Replicó que más debía á Carlos que á don Juan, pues á Carlos no perdía de vista y á su hermana sí; que pensaba enviar por don Carlos para tenerle más cerca, y echaba de ver debía más al camino que á la corte, si bien por vida suya le conjuró dijese con verdad si había tenido algún recelo de que Carlos fuese Blanca. Y como el juramento era para don Juan lo que en la antigüedad por la Estigia laguna el de los dioses, le dijo así: Que en los días que

estuvieron en Irún no tuvo ninguno, mirando un caballero tan airoso y hermoso, tan halladas la espada y daga en la cinta, que las miraba haber nacido con el dueño allí. Mandaba y reñía á los criados con lo entufado que traía de Madrid, sacaba la daga con brío sin verle acción en que desdecir, y como los amores de Polonia y solicitudes de Jerónima era, imitando á los que fué guía de la corte, título de comedia del poeta español, y encareciendo los escudos y joyas esparcidos, no lo podía presumir lince.

Sólo una vez dijo que tuvo el menor amago para indicio, y fué que haciéndose almoneda en el lugar que durmieron ó velaron juntos, fueron á codiciar alguna curiosidad.

Había del dueño, capitán famoso, espadas y dagas de todas leyes, arneses blancos, dorados y grabados con pernos de plata, y en extremo resplandecientes las galas; y pasando el señor don Carlos por estas maravillas, no le detuvieron como al valiente Aquiles, de que Ulises, viéndole en hábito de doncella, conoció era el invencible griego que iba á buscar para el incendio de la infeliz Troya, que luego se fué más al vistoso

arnés. Carlos pasó en un dechado de diversas labores, de matices y primaveras, principio de alguna que le dió su maestra. Encarecióme, decía don Juan, los puntos altos y redes, cadenetas, deshilados y otras curiosidades que en lazos y laberintos dificultaban la salida de ellos. Yo se los encarecía; desaire me pareció, no de presumirle madama, sino un poco más acá de Orlando furioso; la presunción fué ésta, y al despedirse, dejando la compañía, me tomó las manos, indicio de voluntad entre dos amigos; y como el veneno vuela de la mano al corazón, sentí unos rayos del espíritu que se fueron al mío, que veneno hermoso llaman los críticos á la belleza de una dama, sino á penetrar á Carlos de otro ser, no tuve amago más que la blancura y blandura de las manos y el modo de la apretura. Vínose á París, merced me hizo de visitarme; deshaucié el pensamiento más atrevido con saber que el señor don Carlos lo era en su patria apoyado por los huéspedes, dos retratos suyo y de vuestra excelencia; y aún ahora estoy dudoso de que no vendrá hoy el señor don Carlos de la casa á que dijo iba. Dígame vuestra excelencia si los cabellos cres-

pos de oro largos á lo francés con cintas de nácar, los habrá cortado.

Rióse Blanca de quien los cristales pudieran tomar la risa, y dijo:

—¿Qué sabéis vos, si habiendo yo leído los libros de Homero, no valiéndome de la Iliada, como el Otomano á destruir el mundo quitándole seiscientas mil vidas, y observando la astucia de Ulises, quise ver de la vuestra si penetraba la influencia femenil? No fué descuido, natural sutileza fué, señor don Juan, que no maravilla no haberla penetrado la blandura de las manos y apretura, como Carlos era muy vuestro amigo. ¿Cómo os regalan?

—Con extremo, respondió.

—No os pregunto, dijo Blanca, si habéis menester dineros, porque no quiero lo hayáis menester, y me agradó que diéseis tan linda joya á Isabela. ¿Tenéis muchas?

—Algunas tengo.

Replicó:

—Pues traédmelas; soy curiosa; si las fiáis de mí, yo os las guardaré, que no parece mal pronóstico darme vos joyas; y estimo la sortija del diamante y rubí que me cedió el criado, porte de la carta de su her-

mana de Carlos; maridaje la llamáis en Madrid, en Francia también.

—Una de ellas puedo suplicar á vuestra excelencia estime, por ser de Venus y Adonis, tan rendido á la diosa, que nunca la perdió de vista, y sólo un día infausto que no la vió, no vió más. Castigo fué de la envidia que el infierno infundió en aquel feroz animal por haberse apartado un punto de la mayor divina belleza. Quisiera poderle imitar, será en lo que me fuere posible y permitiere vuestra excelencia, de quien soy; no me atrevo á más, que no puedo ser de otro dueño. En el reverso de la joya verá vuestra excelencia el retrato de don Juan.

—¿A quién le enviabáis, dijo Blanca.

—Después de en París le hice, no presumiendo el mayor bien que pude imaginar. Enviaré las joyas.

—La del retrato estimaré, y no si he visto otra de mayor excelencia. Una os quiero dar que os enamore el pincel, también de Venus en brazos de Adonis; es retrato de Blanca, y decía el pintor lisonja de la diosa; quiero que lo estiméis por la deuda en que le estáis.

Ya don Juan apuraba el ingenio, la razón

se helaba, no el amor, que se encendía. Levantóse madama y fingió iba á caer, aunque no de chapín, porque en Francia, quien tiene deseo de ser Faetón no teme abrasar el mundo. Don Juan, diestro prevenido amante, acudió veloz á levantar lo que más deseaba caer. Refregó manos y asiento, tan á la cara se halló.

Acudieron las criadas y las luces, y don Juan reconoció las manos de Carlos á la despedida y se fué; no sé si quedó, presumo que sí.

Los criados de don Juan, despedidos por Blanca, si bien pagados y no de haberlos despedido, aportaron á Madrid, vieron á Leonor. Nuevas alegres y enamorados discursos aguardaba. Contáronle cuanto de lo referido sabían, y el amor de madama Blanca de Angulema, de que al punto cayó desmayada. El aire, á quien sigue el agua, hizo volver el jazmín en la más encarnada rosa; Cloris vió su primavera, diosa de las flores, que más lo parecía Leonor. En brazos de Marcela, su criada, volvió á la más bella fiereza que vieron el amor y los celos.

—¿Soy yo, decía, la despreciadora de tantos príncipes, de quien he sabido triunfar

por el más vil de los amantes? ¿Qué astro riguroso, qué inclinación de las segundas causas influye el hado en mi adversa fortuna? Sólo tuve por tesoro y gloria amar á don Juan Bernardo, sin haberle entrado aliento indigno de mi voluntad. ¿Qué hechizo sangriento miraba á la blanca luna lleno la hechicera de Luciano? Más á la Blanca debió de invocar mi estrella infeliz. Llegó el día de la venganza. ¿Así olvidas, traidor Eneas, á la mayor amante que la reina Dido? Soy la triste Olimpia. ¡Oh fiero homicida! que al partir del río Beobia, que divide éste y el francés reino, lo hiciste el del olvido; yo borraré la estampa de tu gentileza de mi memoria, yo la perderé de mi vida por no tenerla de tantos agravios. ¿Qué te iba en dar mi alma tan pronto á los Elíseos? ¿Qué mi vida en ceniza á la urna por más famoso mi amor que el de Evadnes? ¿Tan pronto? ¿Tan aprisa? ¿Así pagas memorias? ¿Olvidas regalos, desvelos y sedientos deseos de animar en ti? Loca estoy, la vida se acabará con la nueva que me dieron los criados de don Juan. El porte será hacerles muchos bienes y á su señor muchas ofensas. Mas, ¡ay, triste! Que será Ulises

con Calipso, y habrá Circe que le convierta en animal como á sus compañeros.

Pues rabiosa de celos, que con agravios son crueles injurias, y sabiendo cuántos deseos tenía Ricardo de ser su marido, y las desesperaciones que padecía á no defraudar lo bien nacido de la amistad, escribió un papel á Ricardo y una carta á don Juan, que sabiendo que estaba en Francia, le puso muy sangriento el sobrescrito; y el papel de Ricardo decía así:

«Don Juan Bernardo, su amigo de v. m. está casado en París con madama Blanca, señora muy principal y muy rica; más lo era mi alma con la honestidad de sólo mirar á ser suya. El amor que debo á v. m. me obliga á ser su mujer. La casa y el dueño corren por su cuenta. Yo la he dado muy buena de mí, eligiendo á v. m. por señor mío.

Doña Leonor de Guzmán.»

Recibióla Ricardo de mano de Marcela; no lo creía, tanto lo deseaba; leyóla muchas veces. Preguntas temerosas de engaño ó burla hizo á Marcela; aseguró el amor de su señora. Ricardo era riquísimo caballero, y

el que á falta de don Juan más á propósito marido de Leonor; era señor de una villa cerca de Madrid, y á mayor merecer á Leonor, á título de su nobleza, hazañas heróicas, empresas y laureles de sus pasados, le dieron el hábito del patrón y guiador de los reyes de Castilla y León. Fué á dar gracias á Leonor con mucho amor y humildad; trataron el casamiento con el gusto de iguales voluntades, que mayores finezas dejó la fortuna para los crisoles de oro y plata. No se pudo imaginar el gozo y contento de los ya amantes, de la ausencia de don Juan, que los celos y ausencia corren línea sutil de Apeles hasta perderla de vista.

La carta escrita á don Juan fué ésta:

«Señor don Juan Bernardo: De los bienes que dejó en Madrid, como del alma que llevó á Francia, disponga, que ya francés por la vida, no la codicio por una *blanca*.

»A su amigo Ricardo dará v. m. el parabién de mi esposo, en que he mostrado el amor que le tengo, pues amo lo que v. m.

Doña Leonor de Guzmán.»

Decía el sobrescrito:

«*A don Juan Bernardo, en París, en la*

posada de madama Blanca de Angulema ó á Blanca madama en la posada de don Juan.»

Ya don Juan cursaba como en Salamanca las escuelas de París, que con capa y espada y pocos años, admiraba arguyendo al poste á los Bártulos, Baldos y Acursios, á quien tenía singular amor; y como los argumentos eran sutiles, por esto le llamaban Escoto. Enamoraba á cuantos laureaba aquella insigne maestra; era de eficaces y dulces palabras, que decían con lo dulce de la condición. Hallábase en las conclusiones y en las matemáticas; arguyó en romance por curiosos que lo entendían, y no latín, en que los hizo lisonja que le agradecieron. Los maestros le hacían fiestas en París y en jardines, no sin licencia del dueño, que no imitaba al que dijo se le habían perdido las memorias del alma. Cosa de grande gusto para madama, desengaño y aprobación, viendo amaba París lo que el suyo.

Leyó don Juan el más aplaudido español en Francia, no sólo á los maestros, estudiantes, colegiales, pretendientes, y á todo el Cuerpo de la Universidad, sino á cuantos permitieron los generales, todas las

ciencias que el gran Basilio de León, fénix Agustino, su maestro, le influyó; que discípulo de aquel peregrino y portentoso ingenio, no tenía mal fiador, por quien dijo á la primera luz era don Juan el cisne que en sueños había visto cantar dulcemente. Leyó, pues, los adivinos *in specie*, los profetas y cómo era su profecía divina revelación, inspiración divina, de verdad infalible; de las Sibilas, de los agoreros y de las observaciones supersticiosas, los profesores del arte especulatoria, que consiste en los monstruos, portentos, prodigios y lo á ellos tocante, pronósticos y presagios naturales de los oráculos y suertes, interpretaciones de sueños, fisonomías, piromancia, hidromancia, geomancia, quiromancia y otros semejantes, y el *Arte* de Raimundo Lulio en un pliego, admiración de aquella Universidad. Leyó tales sutilezas, delgados y nuevos pensamientos, que más les parecía de ciencia infusa que de trabajos y desvelos. Este día, á la fama del español, le oyeron en un balcón frontero de la cátedra con sus coturnos sin chapines y con mascarillas, madamas, y entre ellas Blanca, que si la más contenta del mundo de oir bendiciones y

maravillas de don Juan, no sé como sentía la voluntad de las francesas á la dicha del forastero. Celos son Troyas abrasadas del alma.

¡Oh fortuna desatinada por extremos sin habitar el medio! Madama muere por honores de don Juan, y muere porque se los dan. Avisó á Durandarte le llevase á su alcázar, que alcázar era su palacio, por reina de la hermosura. No fué posible desde allí, por haberle acompañado hasta su posada monsiures y doctores que le aplaudían.

Despedido ya de todos, con la cortesía que admiraba, parece le acompañó anticipada naturaleza, fueron á ver á Blanca hecha de más estrellas que la noche, á ver si venía. ¡Qué fierezas tiene el amor, que á sólo anticipar un momento, pierda el honor y defraude la mayor alteza! Su ama le dijo llegaba don Juan, tocó á retirar. Es lo que decía un discreto de los consejeros del mayor monarca, en llegando á la puerta de sus tribunales, que era la puerta del mudar semblantes, desconociendo al acompañador hasta allí.

Don Juan llegó á primera grada del templo de la diosa, milagro dejarse ver. Man-

dóle llegar la silla pequeña, no sé si más, el dueño en la grandeza que prevenía á don Juan, que le dió gracias, como si las hubiera menester del exceso que su excelencia hizo hallándose presente á las lecciones. Preguntóle Blanca si había visto la belleza de las madamas que la asistieron.

Respondió don Juan:

—¿Pues hubo en el balcón otra que vuestra excelencia?

—Señor don Juan, no estoy en veros tan prevenido. Si los amantes no hacen y dicen disparates, no lo apruebo. Así lo he visto en poetas itálicos.

La respuesta fué, á no saber que estaba en el templo de la más bella diosa, fueran tantos los disparates, que su excelencia le tuviera por loco.

—Pues haced cuenta que estáis en el templo y que las locuras son mías, que á las vuestras, no se da licencia. Quiero advertiros, don Juan, que no milita en mi voluntad experiencia; diamante bruto me hallo; debéis de ser buen artífice, que me habéis de labrar. He presumido sois hechicero, y que á título de la astrología os habéis entrado, no la tierra, sino el alma

adentro, y que tenéis algún pacto con el Narciso feroz, no difícil al crédito con lo que habéis leído; y sería crueldad que el artificio, el ingenio, ó la mágica, obligasen á un corazón sin nobleza á que amase y no de voluntad. Triste sería mi suerte si por Blanca saliese en blanco. Mas ¿qué importaría quedando en mi mano la satisfacción? Brasas hay de Porcia, puñal y laureles de Lucrecia, áspides de Cleopatra, á que no triunfe de sus triunfos Roma; si bien que ya pudiera ponerlos al pecho de doncella tan atrevida, atropelladora y tempestuosa como las borrascas y tormentas del mar, menos temidas que las calmas, por quien puede ser, cuide don Juan, y se logre pensando en Leonor, y que mirando su belleza, diga aquí lo que no es de aquí. ¿Quién, si esto se escribiera no culpara al historiador dando á la estampa osadías de una doncella, señora y de la sangre de los reyes? No me engañéis, no me perdáis, no me desdoréis, que á Venus le tiran el carro mansas palomas; y Venus y la blanca diosa, luz de la noche y honor del cielo, por Adonis y Endimión, disculpan las locuras del amor.

A los pies de madama arrojó don Juan los ojos, el alma, y las que dobló en el suelo, suplicando á su excelencia le tuviese por caballero y por Orlando el Enamorado, si de más bella Angélica; y si no Medoro, por no dar crédito á quien decía que si esclavo en que más le podía imitar. Reconocía su fortuna próspera, y viese su excelencia asomada á la cara como la salía su voluntad y el agradecimiento; y tomaba resolución, si más desconfianza de su amor y obligaciones, no dormir en París, que era hacerle notables agravios, injurias y desprecios, desconfiar de quien no osaba respirar sin su licencia, habiéndole erigido y colocado sobre la más alta nube que tuviera á mayor fortuna el más alto príncipe.

Pidióla don Juan licencia para su posada; Blanca le fué á levantar y le pidió no se precipitase y creyese podía estar en su mano lo que presumía en cuanto á las hechicerías.

Respondió á su excelencia don Juan que los hechizos eran los que una dama de muchos años, sin belleza y de pocos méritos, había hecho dar en la corte á un señor alemán, quitándole sin merecimientos donai-

res, gracias, ni sabiduría (si ésta fué la mayor), hasta unas pocas más de cien mil monedas de oro de aquel imperio.

Los que él había estudiado para con su excelencia eran adorarla, servirla, por haberle arrebatado el alma á punto que vió en Irún al señor don Carlos y haberle dejado sin albedrío, y que el trato de aquel breve tiempo le cautivó sin libertad. Y para que su excelencia viese cuanto podía con Leonor el ausencia de la primera luz, mostró la carta á Blanca, que un extraordinario á toda prisa, que iba á diferentes partes de Italia, sabiendo la posada de don Juan, por la noticia que le dieron sus criados, le dió, que por ser breve, se pone segunda vez borrado el sobrescrito:

«Señor don Juan Bernardo: de los bienes que dejó en Madrid, como del alma que llevó á Francia, disponga; que ya francés por la vida, no la codicio por una *blanca*. A su amigo Ricardo dará v. m. el parabién de mi esposo, en que he mostrado el amor que le tengo, pues amo lo que v. m.

Doña Leonor de Guzmán.»

Atenta leyó la carta madama, y tuvo por bien la injuria con el seguro de la nave, ya libre de las furiosas olas del mar de los celos; y á no descubrir más pesares, no codició saber el sobrescrito, acordándose de un verso jocoso:

Que al fuego que descubro, me chamusco.

—Mal debe de estar con las Blancas, Leonor, dijo madama.

Respondió, que Leonor lo era con la calidad de la nieve fría, como si fuera Francisca en el invierno, como el verano estufa, á diferencia de la nieve, que en el invierno templaba el hielo, y no Leonor, que así lo decía, haciendo gala de su frialdad.

—Diréis, dijo madama, que no imito á Leonor.

—No imita vuestra excelencia á persona humana.

De industria hacía Blanca que no diesen los relojes de una sala, que suave y peregrina armonía ilustraba, porque no llegase la hora de irse, que la tenía prevenida á sus criadas.

—Ya don Juan, dijo Blanca, tenéis muchos monsiures, caballeros y del claustro de

la Universidad, á vuestra devoción, y os habéis llevado, Cicerón, el vulgo, que lo que aprueba no se debe desperdiciar; triste de aquél á quien aborrece, y dichoso el amado por amor y no por el que miraba á Tarpeya Troya, de quien se dice:

Y él de nada se dolía.

Y mal aborta el Constantino, en cuyo tiempo perdió su Constantinopla; que perder lo adquirido es de infeliz estrella.

—Señora, dijo don Juan.

—No habéis de decir señora, le replicó, sino madama, como en Francia, no como en Madrid.

—Pues, madama, prosiguió, á vuestra excelencia debo estos honores, y le suplico disponga mi vida y lo que debo observar en su servicio, que seré el que decía caballero puntual.

Respondió gustaba de hacerlo y quería darle los preceptos.

Que de las joyas que le había enviado, podía disponer cuando le pareciese, como no de la que tenía el retrato, por la excelencia del pincel, que á ser dama el pintor, pudiera á no perder el dueño de vista, dila-

tar el más valiente golpe á industria de la voluntad, sino á malicia del arte. Que en su posada le daría Isabela luego la que de su mano le enviaba, también con su retrato.

—Ya no tengo que desear, dijo don Juan, si lo que deseaba no osé pedir.

—Prosiguió madama, no habéis de escribir á Madrid sin que yo vea las cartas, ni abrir las que recibiéreis. No habéis de dar ninguna cosa porque no vaya á vueltas la voluntad; no daréis para fuera de París, ni suspiro ni lágrima. Diréis que pasáis á Italia, con un título de príncipe de Viciñano, que ya mi prima Doñalda, con letra que yo le envié, os le tiene comprado; dicen que es el precio cinco mil ducados, y enviéle mil más, por no poner duda. Príncipe sois; vuestra señoría me tenga en su gracia, y mande en qué le sirva; que los reyes, emperadores y monarcas de poderío absoluto, hacen criaturas, como dicen en Roma de los cardenales Arnaldo, criatura del señor cardenal Urbino ó Borja; y del que lo es, amontonándoles favores y mercedes, calificando la persona á que no decaiga, aunque lo procuren el tiempo y el hado.

Don Juan, postrado á los pies de mada-

ma, y presumiendo sueño, inquirió si lo era; y pareciéndole merced leve (si para él inmensa) en tal majestad, le pidió la mano para besarla. Madama la retiró y pidió á su señoría se levantase; indigna acción de un príncipe á los pies de quien no era princesa. Obedeció don Juan y prosiguió Blanca:

—Si su señoría escribiere á Leonor, diga la firma el príncipe de Viciñano, y sirviéndose que yo sea la secretaria, lo seré. A Ricardo no le culpe vuestra señoría, que teniendo Leonor la belleza que pintaba don Carlos, y casado con ella, fuera injuria consentirle otro cuidado, injuria del amigo.

Decir en París el título de príncipe, llámenle señoría, que quien le sirve con ella bien le quiere excelencia. No le quiero cansar más. (Mal dije, debió decir entre sí.) Vuestra señoría vaya con Dios, y avíseme si le hubiere ocurrido algún inconveniente, que no será mucho en París á forastero, que hay quien sabe más de armas que de letra.

—A vuestra excelecencia guarde Dios muchos años, que en mí tiene un esclavo bien obligado y reconocido.

—Esto se me olvidaba, dijo madama, se-

ñor príncipe: que vuestra señoría venga á verme cada día con la noche, á que me diga el suceso de una aventura prodigiosa que le sucedió, de que Isabela tiene alguna noticia. Diómela de habérsela dado vuestra señoría, que dice es de una casa ó cueva encantada; holgaré de saber sus prodigios y fortunas.

Respondió, aunque pudiera lo que Eneas, diciendo á la reina Dido, lo que sentía volver á renovar su triste historia, haría lo que su excelencia le mandaba, por su reina, sin tener la ingratitud del Troyano.

Agradecida, hizo ésta primera reverencia á don Juan; la suya hasta el suelo, que besó por pisado de la bella diosa.

Sólo en esto contradijo don Juan á madama, no darse por príncipe en tanto que no llegase el título de que le dió cuenta, y le pareció bien.

Ya cuidaba don Juan de hacer memoria del suceso de la cueva encantada, y prodigiosa aventura que en ella le sucedió, que tremenda, horrible y espantosa, aun referida, le ponía horror y cubría helada maldición del primer hombre al rostro; si mayor admiración le desmayaba, verse prín-

cipe de Viciñano, tan por la posta, si no ponía duda en la voluntad y grandeza de Blanca.

La duda, era no hallar en su idea merecimientos si no era que lo fuese madama, que debiera envidiar el mayor entendimiento.

Visitaba Isabela á Blanca, pareciéndole consuelo ver dueño de la posada de don Juan, á dicha para encargar el huésped. Temía si cuidase mucho, que los celos decía madama, imitaban al sol en abrasar y dejarse ver la cara; y como el rayo que fulmina el cuerpo y le deja entero, ó el relámpago que deslumbra y ciega, y siendo luz deja en tinieblas; ó como la llama siempre incendio nuevo, desvanecida en humo.

—No sé quién, decía Blanca, tiene celos, que no muera. Y no sabía dónde hallaba estas novedades que habiendo leído todas las comedias de la antigüedad, no había penetrado lo que se ofrecía.

Quiso que Isabela regalase á don Juan, no con desvelo, sino con moderación, porque no pasase á la otra banda de la voluntad; como si las heridas de las doradas volantes saetas de Cupido al hacer el tiro, lle-

vasen compás. Preguntóle condición, palabras, modo, término y largueza del español, y si devoraba grifo ó comía; si lograba el silencio ó lo parlero á la mayor golosina.

Respondió, la blandura y dulzura de la condición, suaves y elegantes razones, curiosos y aseados conceptos, templando en cuanto al preciso alimento, no mudó con la vianda haciendo gala de no devorar, como su excelencia decía; limpio y curioso el vestido, poco el sueño, y mucho el cuidado y el que tenía de servirle.

Agradóse y aumentó el incendio del alma, Blanca, que con esto y la noche que durmió ó veló con don Juan, le satisfizo aliento, más que de galán, de la florida primavera; que á otra madama oyó la desdicha que le había sucedido, después de presa ignorante avecilla en la red que tiene amor á las novelas, paloma amante, á quien los palomos crespos y rizados, fingiendo los celos de que mueren, engañan. Dió á Isabela una joya, rica; Isabela fué contenta y pagada; al huésped dió recado de madama á que al día siguiente diese principio al encanto, en que ya se desconocía amante y celosa, y de cuanto había pasado le dió cuenta.

Al recado, besó don Juan su mano y quiso la de Isabela; peligro del amor, este de besar las manos, principio de sus preceptos, y principio que promete el fin; que por esto se dijo, el peligro que hay en las damas de la mano á la de claveles y perlas; á que no ayudaba poco á don Juan, llamarle Blanca de vos, por lo inmediato, que es palabra del alma del amor y la que pocas veces desdice, ni vuelve otras.

Por sentencia en favor tuviera el enamorado Tarquino, si Lucrecia le llamara de tu. Amaba Isabela á don Juan, y sabiendo el título de príncipe, llamóle señoría, de que hizo sentimiento, mirándose más al retiro que del v. m. Durandarte no cuidaba de Isabela, sino de su Belerma, que servía por no desdecir, dándole corazón y hacienda. Esto faltó al del tiempo de los doce pares; y porque sólo en España se hace el debido sentimiento de la injuria del adulterio, que defraudan otras naciones, don Juan, por dicha, temiendo fuese traza del ingenio de madama, y porque la amaba con extremo, retiraba aun el primer movimiento, desconsuelo de Isabela.

Don Juan visitaba y comunicaba los

monsiures y señores, y los doctores y maestros escolásticos hacíanle fiestas, y le acompañaban, fiador suficiente á la satisfacción su agrado y entendimiento; que quien obra con él, no puede errar. En casa era servido y regalado y pasaba creyéndolo, por haber leído las aventuras de otros memorables caballeros, que tuvieron dichoso fin, así le esperaba de la suya.

Prevenido el príncipe de Viciñano á entretener á madama con la cueva encantada, y enamorándola de nuevo, si ya no debía de ser á propósito; que los caimanes de la facultad que se escucha y afeitan la parola, no presumen perder la cátedra con la lección, documento de lo sutil y peligroso á las damas.

Y prevenida la primera noche, más codiciada demadama que las *áticas*, y las demás de la antigüedad, esperado y recibido en la cercanía del estrado español, y pareciendo á don Juan había entrado en el cielo de la blanca y hermosa luna con más lucientes y bellísimas estrellas que la amante de Endimión, y habiéndole dado cuenta de su vida, aunque no la tenía sino de su excelencia, hecho el exordio y pareciendo á don Juan

no que anochecía, sino que salía la mañana con pies de rosa y jazmín floreciendo los campos y rayando los montes y más altos olimpos el dorado sol, que así resplandecía; y viendo que madama imitaba con la suya y luces de los diamantes brilladores, y esplendores de sus rayos á los incendios en el Oriente del recién sol, hiriendo las nubes y horizontes, dió á su temerosa y portentosa historia, sin más exordio, este principio.

Ricardo, mi grande amigo y yo, con muchos criados y no pocos dineros y joyas, partimos de Madrid, á ver y abrazar á traición al patrono y guiador de los reyes de Castilla y León, el Apóstol Santiago de Galicia; caminando contentos de noche, por el rigor de Julio abrasado, ejemplo de los verdaderos amigos.

Sucedió que una noche breve de aquel mes, ví en sueños (que dudo no lo viese) un varón hermoso de ricos y preciosos vestidos; la barba, sin quien la nieve pudiera ser blanca, y hasta la cinta, en que tenía una banda bordada de matices de oro y seda, con una rosa muy grande en que resplandecían cautivos en cerco de oro finos y fondosos diamantes. Preguntéle si era el Aris-

tóteles de aquel divino pincel que asombró el mundo en la librería de la octava maravilla dél, primera de los siete, del famoso Escorial, mausoleo de los católicos reyes, y mayor que las ocho maravillas la de aquel divino pincel que don Juan había visto en el real monasterio, de manera que siendo su verdadera efigie, la duda no la tendría de ser el príncipe de la Filosofía. Respondióme, decía don Juan, con amorosas y dulces palabras que no era Aristóteles, sino el padre de mi buena fortuna, y venía á que viese lo que le había de sucecer en su vida y el fin que había de tener, sólo aficionado á su peregrino ingenio y estudio y haber visto, en pocos años, la mayor erudición y sabiduría que habían visto los siglos, á que codiciasen no ignorar los pretendientes de los tiempos y laureles de Minerva y que tal vez habían de llegar los premios, advirtiendo que en aquel viaje le había de suceder entrar en una cueva encantada donde le llevaría su hado, en la cual había de ver cosas portentosas, no vistas ni imaginadas. Que tuviese valor y fortaleza para resistir los peligros y trabajos en que se había de ver, dudosos á la mayor osadía

á que su fortuna le había de ayudar, y que no temiese llegar al fin aunque tremendos inconvenientes se le habían de oponer, y no dudase la victoria, que conociendo la viveza de su ingenio y los desvelos de adquirir honores, coronas y laureles, venía á ayudarle; que esta aventura prodigiosa no tenía más término que el de veinticuatro horas, al fin de las cuales, y de pocas más, vería el fin en que había de venir á permanecer y se hallaría con su amigo y criados, y había de proseguir á dar gracias á Dios nuestro Señor y al apostol Santiago, y con esto desapareció y yo desperté admirado de tal visión y novedad.

No quedé temeroso ni turbado, sino alegre y contento; y como dió fin á su oración con Dios nuestro Señor y su Apostol, si los sueños se pudieran creer, aunque este al amanecer, le diera crédito.

Admirada madama, y con más amor y menos ánimo y resolución del fugitivo Eneas que la reina infeliz Dido, no quería que prosiguiese el príncipe su prodigiosa aventura, por no verle entre los horrores que prometía, que el verdadero amor aun en relación no quiere oir los trabajos del que ama.

—No, señor don Juan, dijo, no quiero ver á su señoría entre lo espantable que previene; no le quiero ya con peligro de perder la vida.

Sosiegue su excelencia, respondió; que es lo mismo que una comedia, que por trágica y sangrienta que sea, como suelen ser ficciones y delgadezas de los poetas, ya sabe el vulgo que no muere el príncipe ó rey que le despeñan ó quitan la vida á puñaladas; y si lo que ha de escuchar vuestra excelencia son aventuras prodigiosas á que dí fin, y el de su historia viniese á parar en cosa que fuese no disgusto de vuestra excelencia, proseguiré ó dejaré el caso para el olvido, que por falta de ingenios y cisnes quedaron sumergidas.

—Por esta noche no oigo más á vuestra señoría del cuento; pensaré si ha de proseguir. Pasemos á lo no trágico, que leí en un libro español que la razón, entre otras, porque Jesucristo, nuestro Señor, se había transfigurado en el monte Tabor, permitiendo los mares de luces y de glorias que le adornaron y á sus altos cabezos y horizontes á vista de aquellos santos discípulos, había sido en testimonio del amor que

tenía al género humano, pasando de aquellas glorias y luces á la muerte, que pasar del bien al mal es grave pena, y de la pena á la muerte suele ser más vida y consuelo que pena.

—En lo sagrado es vuestra excelencia estudiosa, no para mí nuevo, mas veo exceder á quien tiene mayores obligaciones.

—¿Pues de qué había de servir nuestro rey cristianísimo?

—Presumía yo, dijo don Juan, que hay reinos donde se estudia con mayor desvelo la materia de estado que la Sagrada Escritura, y ha sido causa de haber nacido en aquel infeliz reino demonios donde nacían ángeles; así lo aseguraba San Gregorio.

—No quiero, dijo madama, señor don Juan, argumentos con vuestra señoría, que no he cursado las escuelas y lo había menester. Dígame cómo le regalan y sirven, y cuál de los amigos le asiste más.

—Monsieur de Lansaque, primo de vuestra excelencia, dicen que vendrá dentro de ocho días; no tengo estrecha amistad por no prendado, hasta que venga y le sirva.

—Parece, respondió, adivina vuestra señoría en qué me puede agradar; es astrólo-

go, no será maravilla, si para esto no hay más ciencia, si me quiere bien, que ser de mi sangre y puede ser de la suya.

Lances mortales jugaba Blanca sin haberlos estudiado en el juego de las damas, con tal sutileza, que nunca le dejó hacer una á don Juan, y así venía á ser vencido de la forzosa no forzada.

—Señor don Juan, quiero hacer con vos una fineza, porque no se agravie Doñalda, mi prima; que no importa tratar á vestra señoría de vos, pues á los grandes llaman así en España las damas de Palacio, que no premian ni agradecen, y aunque las deseo imitar en algo, presumo me habéis de obligar á desdecir. Yo he labrado una camisa que, encareciéndola delgada, parece que no fuera tormento beberla; era para mí, tiene muchos bordados de oro y seda que no ofenderán puesta; ponéosla, que os prometo no ha podido ver su jazmín rosa, y que ha sido una y no dos; no la temáis del centauro, que no soy tan ignorante como la que, engañada, la dió á su Hércules; cruel venganza, aunque causa de ser dios.

La hora señalada para esta noche fué de las once, que ya Blanca, por no otro dueño

en su casa, no reparaba de las horas más de en parecerle breves; hizo quitar los cuartos por si podían olvidarse y dilatarlas; y tal vez presumió don Juan que los detenía, porque sus criadas no las juzgasen deshonras. El príncipe estimó verse tratado como al principio, y se ofendió del seguro de la camisa, que bien sabía que á ser en la antigüedad sin aquellos incendios y pedazos de ella, y de lo que había cubierto su excelencia, le hiciera lo que á Hércules los demás dioses.

Con esto se fué don Juan acompañado de las criadas y luces, y con lo que al despedirle dijo madama sólo el que lo oyó:

—Dios os guarde, que lo deseo.

Como fin de papel.

Viento en popa llevaba en sus pretensiones don Juan con madama, maravillas no creídas le enriquecían. Hallábase con milagros del amor, que no presumió; servido, regalado, y aunque no quiso enviar por las joyas, madama le envió un cofrecillo con muchos escudos y doblones de oro, para que á los criados que le servían les diese con larga mano, y mandó que á cuantos caballeros, señores y de la Universidad le habían

regalado, les hiciese un espléndido y real convite, y fiesta de príncipe de Viciñano, que ya, cuando llegase el día, habría venido el título, y en él carta, tratado como de príncipe, y la fiesta fuese la mayor que hubiese visto París, que dinero le enviaba más de lo menesteroso.

Así quedaron de acuerdo. Don Juan hizo largas mercedes á los criados, que más le adoraban que servían; que los que sirven no pagados, más aborrecen que aman, y servir sin alimentar la vida para servir, no habrá cosa que no haga el que sirve mal pagado.

Acordó madama prosiguiese don Juan su aventura, por ver el fin que decía poderle tocar, que saber lo porvenir, tiene millares de ignorantes en el infierno.

Por buen modo, decía don Juan, le había dado á entender madama en la camisa, no dos, sus pocos hermosos años que aventuró osadamente.

Llegó la hora de proseguir la aventura, y habiéndole recibido madama con agrado y deseo, prosiguió así:

—No dí cuenta del sueño á Ricardo; confiésolo delito, por verdadero amigo, y fué no me impidiese lo soñado.

Caminamos hasta llegar más adelante de Villafranca, y como á media noche, á luna tan clara que parecía sol, ya en el reino de Galicia, de la gran nobleza española, comenzaron á detenerse los caballos en que íbamos; volvían atrás; las que oyen juntas parecían de mármol, sin movimiento, tal temor los debió de obligar; ya relinchaban, ya juntaban las cabezas como suelen las yeguas sintiendo los atrevidos lobos. Allí no se temía el acicate ni gobernaba el freno. Paramos á ver si lo causaba alguna fiera, comunicando á los dueños el temor, no de salteadores, que íbamos muchos y casi con otras tantas escopetas pedernales de la cerca de la insigne Madrid, que imita al cielo en cercada y defendida con el fuego. Pues no pudimos detener los caballos sin ver quien les diese causa al desconcierto, y saliendo del camino, fueron á más andar hasta cerca de una montaña cercana, agria, altiva, su población riscos y peñascos. Allí nos íbamos perdiendo los unos de los otros y prohijando á no divididos nos volvimos á juntar.

Consultaba el más animoso, qué sería cosa tan sin imaginación; nadie sabía qué

decir, que en las tormentas y peligrosos acontecimientos de temor pocas veces le socorre lo de repente. Con esto llegamos á la falda de la montaña, y aquí se dió principio al horrendo caso, al no presumido prodigio.

—Cierto, señor don Juan, que casi no permito prosiga, respondió madama.

—Quien no tuvo temor, ó si lo tuvo, dijo don Juan, no le faltó valor en el mayor conflicto, no le ha de faltar para contarle. Y prosiguió:

Comenzaron unos aullidos tan temerosos y espantables, que á ser de día se viera la fugitiva sangre de la cara al corazón; ya parecían de personas humanas, ya de feroces animales, tan desconcertados y desiguales, tan horribles y disformes, que no sabíamos qué podía ser. Comenzaron luego vocerío, bocina, caracoles, sordinas y otros muchos instrumentos de caza, que si disonantes y sin concierto, no hacía la disonancia temeridad. Volvieron los aullidos más lastimosos, ya voces de mujer, ya de algún Goliat, tan gruesa y fuerte era la voz.

Ricardo y los criados, aunque Ricardo no, se quisieron volver á buscar el camino.

Yo, dijo don Juan, ya iba dando crédito, al que no se debiera dar, si más parecía poderla creer otra cosa que sueño. Cobréme, y animado, con resolución de morir ó vencer, que en no menores riesgos había puesto la vida, me fuí hacia la parte donde parecía poder estar los instrumentos, voces y aullidos.

Entré por malezas y selva intrincada, que por defender el paso al caballo, le dejé á Ricardo, que cerca estaba, diciéndole me esperase hasta que volviese. Con gentil denuedo saqué la espada y daga, que por el calor, la capa llevaba al portamantas de un criado, y al paso de los aullidos y voces, me fuí acercando á unas terribles peñas, de quien, como del mayor artífice, estaba hecha una calle de hierba sencida, no pisada, cuyas intrincadas ramas, de la una y otra parte, daban tales abrazos, que sólo á cuchilladas los pude dividir.

Anduve un largo viaje por la calle, y era tanto el ruído de las fieras y animales que cerca de allí se oían, al parecer en cruel batalla, y tantos los silbidos de serpientes y culebras, que no se dude, no teniendo mi resolución del más fuerte Rodamonte, vol-

viera el pie. Pues acercándome más á la parte que buscaba, que reconocí ser la boca de una espantable cueva, ya casi á la primera luz del alba, salieron tantos golpes de agua y llamas de fuego como de los volcanes de Sicilia, con un terrible temblor de aquellas brutas peñas, que dí en el suelo, casi turbado, si no temeroso. Encomiéndome á Dios, nuestro Señor, y á la Santísima Virgen María, á quien invoqué por las mercedes recibidas y haber escrito seis pliegos peregrinos y extraordinarios de su pura y limpia Concepción, sin culpa, sin mancha de pecado original; sentí la maravilla en el nuevo aliento que la invocación me infundió y proseguí animado y confiado.

Llego al umbral de la puerta de la cueva sin más puerta que de los árboles, de cuyas ramas se componía, y cortando las que fueron menester para entrar, dieron mayores los aullidos y desesperaciones de los dueños y dió un trueno tan espantoso ruido, que á ser en el camino temiera no uno, sino muchos rayos; sordo me dejó y presumo que si oyera el segundo lo estuviera ahora. Dí pasos la cueva adelante, cuyo pavimento era de las mismas peñas, aunque sin

concierto, trabajosas de emprender por la desigualdad, y como si fueran de navajas, cortaban haciendo fuerza en ellas. Salióme al encuentro una fuerte batalla de un tigre y un león tan disformes y enojados, que tuve (aquí lo confieso) el primer temor. Habíanse hecho grandes heridas, y yo temerario con mi espada y daga desnudas, si de más valor que acero, voy á la batalla, y tíroles muchas cuchilladas y estocadas.

—No prosiga, señor don Juan, dijo madama, temo que al punto os vieron hecho pedazos.

—Y como ya estaba en la pelea (prosiguió), haciéndose á una parte los dos feroces enemigos me acometieron con aquellas feroces bocas y ya sangrientas uñas. Defendíme cuanto pude, y habiéndome herido en un brazo el tigre de una mortal herida, y el león en el hombro de otra, comencé á verter copiosa sangre y sintiendo las heridas como de veneno, caminando al corazón, tuve tal dicha, que dando al tigre feroz una fuerte estocada por la abierta y espantosa boca y pasándole gran parte de la espada, en venganza del dolor, dió tan fieros aullidos, que huyendo y siguiéndole el no de mí

herido león por la suya, quedé libre de este peligro y de las heridas, que las ví cerradas si el dolor dentro.

Desaparecieron y luego salió una espantable serpiente verde y voladora con su lengua de arpón, batiendo las alas y esparciendo el veneno de que hizo y condensó el aire una espesa nube, que perdí de vista al enemigo fiero. Deshecha se vino á mí con tan espantosos y tremendos silbos, que estremeció aquel tosco edificio y se cayeron algunos pedazos de las peñas, que me dieron el mayor asalto que el fin vibrado de la serpiente con que me alcanzó dos ó tres golpes de fortaleza desigual.

Cubríame sudor el rostro, si de tal osadía se le hice que huyéndole á otro el cuerpo, que dió en vacío y alzándose en vuelo, que bien alto era el techo, no de artesones dorados, sino de pardas peñas, le pude sin que la serpiente lo pudiese prevenir ni remediar, herir en lo no guardado de las feroces y fuertes conchas, con tan vengativa estocada, que la sangre me cayó encima con el veneno, que sentí embarazándome el brazo de la espada y el movimiento. Grande ruido y estruendo hizo, y pare-

ciendo haberle penetrado el corazón, desatentada dió por las peñas tan terribles desatinados golpes, que la misma fortaleza, defendiéndome su desatino, la hizo pedazos la cabeza, sin valerle armadura, conchas, ni el aliento que al principio temiera la osadía mayor. Cayó en el suelo, y tal fué el golpe, que si alguna vida le defendían las entrañas contra quien tal vez prohija á desasir la muerte, le faltó. Allegué á darle otras heridas por no tener duda en el vencimiento.

Pues á esta hora sucedieron dos cosas; una que se cerró la puerta de la cóncava cueva, como si nunca hubiera habido señal de haberla habido, y supe después de Ricardo, que siguiendo mis pasos, los primeros que fatigaron aquellas espesuras, hallando la puerta de la cueva que se acabó de cerrar cuando á socorrerme daba el primero en el umbral, quedó casi muerto, con propósito de esperar á su amigo y dar fin á la vida: triunfo digno del templo de la amistad; la otra que se me apareció el Aristóteles del sueño con la luz que había menester, por haber quedado en tal obscuridad que no la podía igualar la del caos confuso y obscuro,

y abrazándome, su venerable presencia me animó y consoló diciendo que las grandes hazañas las había hecho la fortuna para los héroes valerosos é invencibles; que hasta allí había mostrado cuanto lo era, y que mirase que de las heridas de la serpiente estaba sano, aunque de éstas y las demás quedaría por algún poco tiempo la memoria del dolor.

Díjole no le había de faltar, que grandes temores, trabajos y penas le aguardaban en aquella aventura prodigiosa cuya victoria no se podía adquirir con menos que tuviese valor y fortaleza; que del estupendo caso, saldría gloria; que las fieras, monstruos, vestiglos y esfinges, y los demás temidos animales que viese, no le habían de quitar la vida, aunque sentiría con los tormentos y dolores llegarla á perder, si bien no sería así. Con esto, y dándole un estrecho abrazo, que le animó, se fué el varón ilustre, llevándose la luz que había esparcido en la parte donde se hallaba, que era una como sala cuadrada de aquellos riscos y peñas, no vistos, ni aun imaginados, ignorados del mapa, libros y relaciones.

Madama, tomando resolución de no escu-

charle más, y por lo menos en aquella noche. Temió (decía) presumir la mirada en aquellos peligros, y ya que pasados, contarlos á solas, pareciéndole que si entre otras personas sería de más deleite, y quien no sabía de aquellas penas y temores querría oírlas entre muchos, para que llevando cada uno su parte, no persiguiesen todas á su imaginación; si no quería Blanca dar parte á nadie de lo que decía don Juan, que aún de día no quisiera hablara con otra persona. Con esto se fué, y madama le hizo mucha cortesía.

Don Juan pasó aquella noche, ó la mitad que le quedaba, en si tendría por agravio el casamiento de Ricardo con Leonor, y parecióle que siendo matrimonio, y no haber de casarse con ella, no debía prevenir la sangre ni la venganza. Envidia pudiera tener antes de conocida madama, que después no tenía que envidiar; cumplía con dejarle su hacienda, que amar y el que puede no enriquecer no ama la mujer; mas á la mano que la dió tiene merecimiento para no tenerla corta.

Terrible fuera el sentimiento de don Juan si Ricardo, su amigo, pusiera la vista en lo

que la tenía puesta, que este modo de injuria queda para la infame vileza del más cruel enemigo y del hombre más vil; no con el fin, sino con el principio de la imaginación se ofendía el ser el ejemplo, haber visto en los amigos lo que no en los deudos, violar la amistad, aleve delito no proporcionado en la naturaleza.

Llegó la noche de proseguir, y tomando el puesto como para fiesta codiciada, prosiguió don Juan, que estando en aquella oscuridad que á ser el infierno creyera menor pena y temor, oía cerca de sí unos gemidos tristes, unos suspiros temerosos, unos movimientos que le pareció haberse trabucado aquel silvestre edificio, y dió un tronido tan espantable, que sintió derribada, y por el suelo peñascoso la mayor parte. Oyó quejidos y voces lamentables de muchas personas á quien se daba á entender había cogido y quebrantado la fábrica no de humanas manos. Echábanse muchas maldiciones en lengua que entendía don Juan, y parecióla como el sitio imitaba al infierno, que los gemidos, maldiciones y lamentos eran de los condenados.

Aguardaba don Juan cuando el terremoto

llegaba á una de las esquinas de la cuadra, donde esperaba su fortuna ó la muerte; se había recogido, que no esperaba ver ya luz, y como había sido de sueño el principio no era mucho que dudase. «Mas yo, decía don Juan, tenía el corazón sin temor de perder la vida, y que de allí saldría con victoria. Oí luego, según me pareció, que en el techo de lo que había quedado corrían sobre bronces delgados (tal era el sonido) muchos caballos, y daban las carreras tan aprisa y con herraduras tan fuertes, que estremeciendo aquellá fábrica tremenda, se venía al suelo, si también parecía imitar los truenos ruidosos en las tempestades del verano; sí faltaban los relámpagos, que por lo menos dan luz para el lugar donde se halla el que los teme.

Comenzó á entrar por un resquicio la luz de la mañana, y esparciendo la vista para ver lo que había quedado de aquel rústico lugar, comencé á temblar (confieso mi flaqueza), porque no muy lejos de mí hallé á una parte una fierísima culebra; tendría cuatro varas de largo, el cuerpo de la mitad del mío, con cresta como serpiente, los silbos espantosos, muy levantado el cuello,

volviéndole contra mí, lengua de brasa amenazante. Á otro lado estaba un jáculo de los temidos en la Libia ardiente, de quien dice Lucano pasaban á los más valientes soldados de la una á la otra sien. Luego ví un ferocísimo león no inferior al Nemeo, coronado rey de los animales; los ojos y garras muy sangrientos, el medio cuerpo crespo y guedejoso, la disforme boca abierta y todo espantable. Viéndome, comenzó á rugir y dar tan fieros bramidos, que estremeció cuantas montañas y riscos parecían por lo derribado del sitio. Otro valiente y pintado tigre veloz, de agudas y rapantes uñas. Cerca de la otra parte estaba un ardiente y volante dragón, echando por aliento espeso humo: en llama tan abrasado tiene el corazón. Dió un vuelo y arremetió á un gigante animal, cimiento de los fuertes castillos, en que atrevidos soldados pelean en las batallas campales y sangrientas, y aunque daba muchos y espantosos ronquidos y jugaba la trompa y colmillos para defenderse, no pudo que el dragón fiero no se le agarrase con las ya sangrientas uñas por el vientre, donde la defensa está más débil, y por allí irle chupando la fría sangre, re-

medio y antídoto á templar lo abrasado de las entrañas y corazón.

Pues viéndome entre tan portentosa y tremenda desdicha, animales inmundos y feroces, mirando todos cual me tragaría ó haría pedazos primero, llegó mi buena fortuna á defender mi vida, que no presumí escapar con ella.

El jáculo se fué para la culebra, y alzando el buche la hería con su fiereza tan sin poderse valer de lo enroscado ni extendido de los silbos y golpes del cuerpo, y fin de él, que la traía herida y mal tratada, y como era tan gruesa y pesada no podía ni revolver el peso ni ofender al jáculo.

Comenzaron la sangrienta batalla el tigre y el león valiente, tales heridas se daban, que me pareció imposible llegar á la segunda; y admiré la destreza y velocidad del tigre, lo astuto y soberbio desprecio del león, el cual asegurando un poco al enemigo de que se retiraba, y dando un salto el tigre para herirle en lo no guedejoso, el león le hurtó el cuerpo y le abrazó con tal fortaleza, que no salió vivo de sus garras; sí tan herido el león, que antes de llegar al suelo cayeron abrazados los dos mortales enemigos.

Desangrado el elefante, cayó aquella máquina de cuerpo sobre el dragón, que ya lleno de sangre el suyo, no se pudo desasir, y ambos quedaron muertos á un mismo punto. El jáculo mató á la fiera y no vista igual culebra y voló victorioso; y hallándome perplejo sin saber lo que había de ser de mí, y que el trabajo, mala noche y hambre, prohijaba á dar fin á mi vida, cuando esperaba algún consuelo y remedio, se acabó de hundir lo que de aquel sitio había quedado; los bronces y caballos que los hacían resonar y la máquina peñascosa de su misma pesadumbre venida al suelo, y toda ella y los batalladores, y yo entre ellos, envueltos en sangre y polvo, caímos al más profundo valle que se pudo imaginar, entre mayores riscos y peñascos que los fugitivos de sus cumbres; de manera que presumí haberse desatado, no sólo la fábrica de aquellas montañas, sino la máquina del orbe, y que al mundo se había dado fin.

Todo cuanto había visto se desapareció, yo me hallé sólo, sin que me pudiese conocer, turbado, sin color, perdida la esperanza; y como creía que no había de parecer, y hallándome sin pensar en una selva ame-

na y deleitosa, ví puesta una mesa, muy albos los manteles, con labores y aprensaduras, en que había los fieros animales, batallas, destrozos, muertos y cuanto había visto; manjares diferentes, aves y curiosas golosinas, principios y postres á la italiana, todo de una vez, pan reciente, dulces y preciosos vinos, sin ver quién me hacía esta gracia; y temiendo no se desapareciese como lo demás de aquella encantada cueva, arremetí á lo que más á propósito me pareció á no acabar la vida.

No hallé fugitiva ni la vianda ni otras cosas de cuantas había en la mesa; á la cabecera estaba una silla muy rica, si bien antes que á la silla acudí á la vianda porque no desapareciese; que podía matar la hambre sin la silla.

—No más, señor don Juan, dijo madama; que estoy tan medrosa, que han de dormir esta noche en mi cámara todas mis criadas y no sé si tengo morir de miedo.

—Perdone vuestra excelencia, respondió, que ya no habrá más temeridades; quedan para la noche que viene, grandezas de la casa también encantada, que hallé dentro de la cueva.

—Bien será menester, respondió madama, que voy muerta de temor y no sé cómo vuestra señoría pudo pasar tan inmensos trabajos, tormentos y portentosos horrores. Váyase v. s. con Dios, que temo ha de proseguir sus aventuras prodigiosas. Buen título dió al libro, que dicen es más difícil que hacerle.

Con esto se fué don Juan; esperábale Isabela con mucho amor y ya no pocos celos, que temió viendo enamorada á Blanca, aunque se le desaparecían de entre las manos en queriendo apretar la dificultad, de que presumió Isabela que imitaban al azogue en el movimiento mareante, inquietud y desasosiego. Recibióle como quien le deseaba, si bien no podía lograr el deseo, que dentro de unos umbrales, y no cuidadoso el marido y coronado apenas del cabello el labio, mucho es.

Cuidaba Blanca de que le sirviesen la vianda aprisa, por no creer estaba en el encantamento y se le desapareciese; y después discurría si sería ficción del español ó cuento de su raro ingenio, ó sería verdad, si bien le pareció que verdad ó mentira con tan excelentes palabras y lo airoso del re-

lator, daban gusto, entretenían, dando lugar á la dilación por no perderle de vista, esperaba el fin á ver qué le tocaba de la aventura.

Durandarte estaba con Belerma, muy tarde venía; ya Isabela se lo iba perdonando, porque cenaba con don Juan y discreto la regalaba y quedaban á solas después. Terrible estrecho es para una dama amar y tener presente lo amado y no corresponder, siendo el que debiera investigar á disculpar la rosa vergonzosa de la cara, y no siendo la que desea, indigna de ser amada, y que le parecía, aunque fuera don Juan pretendiente de Blanca, en tanto que no el tálamo, alguna travesura.

Tenía contra sí, Isabela, la presunción, espía doble de madama, que ser por quien tenía grandes riquezas no fuera mucho serle fiel, acudiendo á la mayor obligación; despreciar un galán á la dama que se aventura á desdecir injuria del amor que suele castigar; íbale mucho á don Juan; no osaba mirar á Isabela, que á solas y con seguridad fineza de quinta esencia.

El día siguiente, salió en su carroza don Juan á visitar á los amigos, que pasar el

que lo es, si puede, sin ver al que ama, no parece que tiene amor. Había unas conclusiones en la Universidad sobre los auxilios suficientes ó eficaces, en que don Juan tenía heróica destreza, habiendo concluído en la de la Salamanca á los más Agustinos y Tomases por haber estudiado en los dos Santos, con que vencer á los que, como don Juan, no habían penetrado sus almas y luces. Aguardaba la Universidad y cuantos monsiures, señores y caballeros había, y cuantos trataban de letras aquel día, conocida la elocuencia y argumentos de don Juan, de manera que en viéndole entrar en las escuelas decían: «Ya viene el rayo de los argumentos.»

Llegó el día y fué á oirle madama con otras amigas, en el balcón, á propósito para las madamas. Aguardaba el argumento de don Juan, y aseóle con tan lucido exordio, que ya se habían agradado, sin que llegase á lo fuerte, que el don de persuadir con excelencia, se le concedió el cielo por una de sus admirables maravillas, como al famoso digno de eterna memoria, D. Francisco de la Cueva y Silva, español, divino en todas las naciones, el que supo mezclar con la

sangre ilustre lo esencial de la sabiduría en las leyes, que á perderse fuera su archivo; el mayor orador del mundo fué, envejeció y desdoró Cicerones y Demóstenes y cuantos enriquecieron la Facultad; más victorias en pleitos imposibles tuvo que pleitos, más coronas mereció, que cuantas previno el Valerio Máximo; más limosna dió que tuvo de hacienda, habiendo adquirido á la abogacía más de seiscientos mil ducados; y la señal fatal que tuvo creyendo la hora de su muerte, digna de admirar y de envidiar, fué hallarse con ochocientos escudos, que debió de reservar á la fortuna para que su entierro no fuera de limosna, que también los diera. Lloraron los pobres y los pleitos, y debieran los jueces, á excusar estudios y cuidados, que más parecía, abogando ó escribiendo, deidad que hombre. Llora la abogacía de haber perdido quien expresase sus ya, sin él, poco entendidas excelencias en el don de persuadir; si en la corte han quedado ingenios divinos, y el aragonés valiente, que admiran, asombro, aunque sin esto es sacerdote, y hay tan lucientes mancebos florecientes, que no ha de hacer falta aquel Bártulo español. El

amor llevó la pluma á segunda alabanza.

Llegó don Juan con su argumento; el sustentante se acobardó, no presumió poderle responder, el presidente se halló corto, no respondía á propósito. Hacíale el valiente español confesar y negar una misma cosa, y daba tan eficaces luces y salidas á su opinión, que todos eran de la que tenía; y cuando todos ya conformes, y no tener que replicar al argumento, salía con otra opinión diferente, que era la matante; mas teniendo cerca de sí á un doctor de Teología, amigo, le dijo no apretase tanto la dificultad, y habiendo dado á entender al más lego su agudeza, procuró que el presidente quedase sin deshonor: fuerza de la sabiduría.

El presidente le quedó agradecido y obligado.

Estos son los ingenios de la insigne Madrid; su argumento fué el último con que se dió alegre fin á las conclusiones y al día.

En hombros sacaron al español los doctores de la Universidad.

Juliana Morella le oyó, que también hizo sutilísimo argumento, de manera que España salió vencedora. Estuvo con don Juan,

ya que le habían dejado los hombros, hablóle agradeciendo el honor que había dado á su patria. Alabó su ingenio, como si el suyo fuera inferior; visitábala muchas veces don Juan.

Grande envidia hubo en los de la Universidad, del argumento de don Juan, diciendo sobre los auxilios suficientes y eficaces, las mayores delgadezas y sutilezas que oyó en cuantos actos le habían hecho en la materia de auxilios. Madama excusó alabanzas del español con las amigas, que se las dieron sin saber que Blanca no tendría disgusto.

Llegó la hora de proseguir la aventura prodigiosa de don Juan, y ya en la palestra, dándole madama gracias de las maravillas que había hecho en las conclusiones, y cuantas le había dado París, de que se daba el parabién, llegó, doblada la rodilla, á besarle la mano, desvió la suya madama, aunque á ser reliquia ya la había tocado, y prosiguió:

—Halléme, dijo don Juan, en una casa, en medio de unos prados amenos y deleitosos jardines de flores y maravillas, donde la primavera hacía su habitación, en tanto que no en los de Chipre con la diosa, y en los

pensiles con la admiración. La puerta, de peregrina arquitectura, las ventanas de balcones y rejas, la fachada labor mosáica, el pórtico no visto hasta allí, la delantera de solos cuarenta pies y doscientos de fondo, si por la mayor extrañeza del mundo había en ella cuantos nombres tienen lo que hay en los palacios reales, reducido á tal epítome y proporción, que no le faltó más de una cosa necesaria, porque esta casa era de un caballero ilustre, dotado con excelencia de cuantas gracias y donaires dió el cielo á todos los hombres: la gala, bizarría, lo airoso, político, y más pródigo que liberal, lo tuvo con no contraria opinión; no era como está dicho, porque sólo la habitaba el dueño. Tenía zaguán, patio, salas, cuadras, cámaras, retretes.

Los cuartos eran tres; corredores, bóvedas, oficinas y cuanto se halla en el más alcázar; las fábricas, con excelencia de dinteles, jambas, dórico, cornisas, zocos, tizones, techos dorados, pavimentos, paredes con lazos y peregrinas labores, también de oro; lo mosáico, lo sutil, y la cuenta de los pies cúbicos y cuadrados, y todo el arte de la matemática, advertido á la elección para

la hora en que á la fábrica se había de dar principio.

Toda la casa, dijo don Juan, anduve, y las cosas que me causaron mayor admiración fueron, que siendo mucha la renta del caballero, toda la gastó, no al desperdicio, sino en cosas de curiosidad. Tenía una sala de vidrios y barros con tal compostura, adorno y riqueza, que había saqueado á Venecia de lo más admirable y dorado de sus fábricas, y á la China de sus vajillas y maravillas y lo que en España tiene mayor nombre. La traza, el aseo, la compostura y correspondencia, no se puede creer, pues cuando por gran favor y merced lo mostraba, era más de ver lo accesorio que lo principal. Hacía estos favores de noche, y dejando á los que como yo lo entraban á ver y admirar, que así, de más de haberlo visto, lo entendí del padre de mi fortuna; estando él solo en aquella casa, hallé encendidas más de doscientas bujías de cera blanca y de bruñida plata en que estaban, y como el adorno superior y el encendimiento imposible, y lo compuesto de tan raro ingenio y belleza, pasé á saber que se hacía por encantamento.

Llevóme el caballero á otra sala de sus galas, vestidos y riquezas, habiendo encendido, sin tener lugar, otras tantas luces con mayores bujías, á que yo viese que no eran las que dejaba. Tenía muchos cofres barreteados, cubiertos, no de lo que decía un poeta que eran vivos, sino de telas y primaveras. En ellos había tantos vestidos como días el año, con aderezo de cada vestido del sombrero al que llaman coturno, espada, daga y plumas diferentes, en cuanto posible, de colores diversos, de telas, de lanas, de sedas, rasos, terciopelos y cuanto ha sabido inventar la ambición de la gala.

No deseo cansar á vuestra excelencia deteniendo el pensamiento en lo que ví, y fuera menester para referirlo, como para verlo, un año. Entróme en otra sala donde ví lo que aún dejo de creer. Estaba colgada de telas de oro tan ricas, que el arte depreciaba naturaleza, sillas de la misma tela, tablas de excelentes pintores de Roma y España y otras naciones, todo admirable y costoso. Aquí salió por la puerta de la sala donde había otras tantas luces, una gruesa nave con sus velas, jarcias, cables y los demás pertrechos que pudo tener la de

Colcos de Europa, ó la más rica y artillada que los mares han visto en sus hombros. Portentosa era la nave de la quilla al tope; venía sobre un mar tan artificioso, que no pudo buscar en la tierra cosa que más le imitase.

Era, pues, un mar de azogue, cuya inquietud formaba las olas como si fuera de sus aguas cerúleas.

Por sí solo se movía el mar, en quien no se hundía el hierro por muy pesada y grande cantidad que le echasen; y la nave que parecía la real de su armada, estando á la mitad de la sala, conmenzó á disparar tantos tiros de artillería, que me llenó de humo y de asombro, temiendo derribase el edificio. De la una y otra banda disparó á un tiempo cuantos tiros llevaba, la pólvora de buen maestro y bien seca según los truenos y respuestas. Salió por la puerta frontera sin haberla navegado mano humana.

Llevóme á la cuadra en que dormía aderezada de su curiosidad y riqueza, y diciéndome después de vista, nos saliésemos fuera del umbral, apenas se hizo, cuando toda la cuadra, cama, rica tela de oro y lo demás que allí había, se voló sin dejar rastro ni

señal; y desviándome creyendo lo mismo de toda la casa, me dijo:

—«Sosiéguese v.m., señor don Juan Bernardo, que somos amigos y aquí no ha de padecer daño, sino admiración».

Con esto se volvió la cuadra al estado en que estaba al entrar en ella.

Entré en otra sala de un alcázar real, donde vi un grande cuadro del más excelente y divino pincel; admiración me causó superior á cuanto había visto.

Tenía la envidia sobre un sello un candado en la ardiente boca; la naturaleza vencida del arte. Contenía y lo advertía la inscripción: *El monarca de los dos mundos;* armado, no de acero, sino de fino diamante, que si Adonis en la belleza, más imitaba en la severa ferocidad y grave compostura, en lo airoso y temido, al dios Marte, batallador, y decía la letra: *Tan parecido, que dudara el alma si le animara.*

El caballo feroz, argentando el freno la espuma, la rizada crin tan por la tierra, que tenía duelo de pisarla. Parecía haber trocado el instinto por entendimiento, conociendo de la majestad la mano de la rienda, como la del sol los que vuelan por su eclíptica.

La braveza de aquel bellísimo animal, más lisonja hizo á la vida que al pincel; tan airoso, tan fiero, tan vivo lo pisado en el aire despreciando el suelo, la viveza y luces de los ojos de tal providencia, que se llevaba admirando con amor á cuantos le merecieron ver, que príncipes mostraba el cuadro, miraban la maravilla peregrina, no posible haberla podido imitar Apeles, ni cuantos valientes golpes enriquecieron los templos de los dioses, y reales alcázares de toda la antigüedad.

Tenía el Marte belicoso, imitando á Atlante, el mundo sobre el hombro, cercado de los ángeles que se le ponían, que más parecía creado que de pintura. En lo alto del cuadro la Fe, adornada de velos de oro, trayéndole del cielo la corona de eterno laurel para coronar á su único defensor y amparo. Al igual descendía la venganza divina, con un rayo, entre llamas ardientes en la derecha mano, que demostraba confundir con él la niebla de la herejía, que esparcida, se iba desapareciendo.

Siguiendo iba al valeroso invicto príncipe, con la celada del mismo diamante, de las armas reales, con blancas, airosas y

hermosas plumas, en que el aire se entretetenía, un rey judío, el vestido rico de diferentes sedas, colores y matices, con arco de plata y las flechas en la aljaba de oro, vasallo de aquel poderoso rey. La banda española del color sangriento; los cabos procuraba, al parecer, hurtarle el aire, tal esfuerzo hacía; y era el arte del pincel tan milagroso, que la fingida luz del sol, que reververaba del peto, imprimió su mismo color.

A los pies estaba de hermosos, intrincados, frondosos y verdes árboles, un país, y los horizontes con tal destreza reflejos y jaspes, que los lejos, admiraban las cercanías, sin que una hoja tembladora se pudiera desconocer. Reparó don Juan en que el país había de estar donde lo célico, por los horizontes, preciso en la pintura, y acordóse por lo estudiado, que el cuadro estaba en alto, y el país pedía la parte ocupada por excelencia de la perspectiva.

El «Faciebat Petrus Paulus de Rubens», excusó con razón, por no ajeno pincel de tan rara maravilla. *Plus ultra*, debiera ser por serlo del arte, y por un único como el fénix conocido en cuanto el sol mira su pincel di-

vino, cuyos valientes golpes y líneas sutiles admiran y enmudecen.

El Rubens famoso en el orbe, digno de la estimación que sólo ha sabido merecer de cuantos príncipes pueden lograr sus pinturas, sus colores envidian los que el sol al alba ó á la aurora matiza, borda y enriquece de jaspes y doradas nubes, milagroso en cuanto pone la mano, en que parecía tener todas las ideas. Con sus retratos, decía la inscripción, llegaron á hablar los que no dudaron ser originales, estando á poca luz, dudando imposible lo que al fin reconocían.

Supo don Juan ser Pedro Pablo de Rubens, muy ilustre caballero flamenco, y haber adquirido por su ingenio divino catorce mil ducados de renta; si corto premio á sus grandes merecimientos y virtudes, enriqueciendo á Flandes que le mereció, cuya habitación para honor, gloria suya y fama eterna, era en Bruselas ó en Amberes. Y aquí dió fin la divina pintura, que decía la letra haberse hecho en doce días, caso imposible, á no ser el artífice este famoso caballero.

Prosiguiendo, ví de un bellísimo mancebo el airoso retrato, que parecía al dios de la quinta esfera, armado de resplande-

cientes armas, graduadas, fuertes y vistosas, con rizadas plumas; una bellísima celada en que miraba el sol diamantes riquísimos, tanto imitaban sus rayos y luces. No desdecía la belleza de la ferocidad. Despojos de los enemigos tenía á sus pies, más advertido que el fuerte Hector de las griegas traiciones de Aquiles. De armas, timbres y blasones el famoso escudo de oro enriquecido; y aunque el pincel imitó excelente al vivo el dueño, que al punto conocí tan parecido, que pudo el alma dudar en cual de los dos animaba, pecando en no excusar el nombre, decía: *Don Alonso de Valcárcel*, caballero muy ilustre del solar de su antigua casa y nobleza heróica, venerada por sus laureles, en los triunfos de la fama de inmortal memoria.

Y prosiguió la inscripción: *Hijo único del español más amado que el día,* cuyo sutil ingenio, gobierno y letras, sólo posible poder ser imitadas de sí mismo. Y pasando más adelante ví su retrato presidiendo en el que decía ser el supremo tribunal de justicia, de cuantos ilustraba el orbe entre los senadores jurisconsultos más temidos y obedecidos, que la muerte, con

ser la empresa de sus tiempos en lazo estrecho la paz y la justicia con desnuda espada y vestida oliva.

Entré en otra sala donde había retratos de reyes y príncipes con nombres, uno decía: *Don Rodrigo de Villandrando, Conde de Rivadeo*, á quien el señor rey Don Juan el Segundo, año de mil cuatrocientos cuarenta y uno, hizo merced el día de Año Nuevo, que tanto cuanto viviese y desde en adelante los condes de Rivadeo, que de su linaje viniesen, hubiesen para siempre la ropa que el rey aquel día vistiese y comiesen en su mesa. Fué estando á la vista de Toledo que defendía con armas el infante de Aragón don Enrique. Mandóle dar privilegio, premio digno á la menor de sus valerosas heróicas hazañas de eterna é inmortal memoria.

Otro retrato había que excusaba el nombre; tal era el pincel y decía la inscripción: «Este libro *De Prodigios y maravillas* envío á V. Excelencia que imita al *Conde de Rivadeo*, por su descendiente y al sol en quien residen luces y claridades presidiendo á los que con sólo mirar atento, hizo de oro, plata, piedras preciosas y metales peregri-

nos. Debiera el sol envidiar el más bien afortunado Faetón de vuestra excelencia; excusara los incendios, en vez de rayos y luz; los voladores, en el carro de oro no desconocieron la eclíptica, ni la mano de la rienda.

El excelentísimo señor Duque por quien la patria del título feliz Atenas y su reino de Aragón, dichoso imperio que hoy logra las mercedes del día de año nuevo, enseñando á lo futuro tan al vivo retrato de su padre insigne, que el astro y divino pincel le infundieron su misma sabiduría, última alabanza.

El valeroso Príncipe, honor y prez, excelencia y esplendor de la caballería española, único amparo por quien viven su heróico nombre proezas y gloriosas hazañas contra las porfías del olvido y envidias extranjeras, y por quien ya los frisones, entre las doradas espuelas y destreza del continuo ejercicio, desdicen terrenos, admirados hijos del céfiro y los napolitanos saltadores en los torneos, galopes, osadías y acometimientos vuelan y no saltan, despreciando el suelo, imitando en el aire al que con alas al oriente; ylos andaluces ligeros batidos en la ijada

con el acicate sutil, sin ofensa, que olvidan por las del cristalino Manzanares, riberas del sagrado Beis, perdiéndose de vista en la carrera obedientes y veloces.

No pudo naturaleza lograse el mundo inmortal á vuestra excelencia porfía en cuanto le es posible animando su mismo ser; prodigio suyo parece que en tiempo no muy claro, en querer imitar al señor *Duque* no haya desamparado lo que defienden y aumentan las monarquías, haciéndolas imperiosas y siempre augustas de coronas y demás laureles.

Más adelante, en una tabla con letras de oro, estaban estas palabras en un libro que decía: *Novelas del Autor á propósito de lo no premiado*.

Miraba lo que dijo aquel grande, como discreto, príncipe, honor de España y del mundo, que al igual de sus merecimientos eran leves premios de reinos, imperios, monarquías, cuyos son estos versos:

Mata con sana intención
Como el imprudente amigo.

Y prosiguió lo escrito: *Virey de aquel reino Lusitano*. Logró en su tiempo dichoso floridos y útiles sucesos, felices victorias en

los mares y en las tierras sin perder ni una nave de la India, ni un remo de sus galeras. La oriental imitaba el belicoso reino; tantas fueron las riquezas y las fortunas prósperas en aquel siglo de oro, vistas sin adversas.

Mirando iba yo, dijo á madama don Juan, por la sala otros retratos, cuando al punto comenzaron tales aullidos, quejas y lamentos, fantasmas y desiguales gigantes con armas y fuegos que me dí por hecho trozos fulminados. Proseguían ruídos de cadenas estruendosos, aves negras y nocturnas que oscurecieron el día, y quedé en la noche de la más oscura tiniebla, sin que pudiese ver más; y luego con horrible y portentoso ruído, se hundió y cayó en terremoto á un lago profundo la parte donde yo estaba. Fugitivo el sentido, no sabía de mí. Desperté de aquel como profundo sueño, sintiendo el agua y el fuego que en ella ardía, donde á la luz del incendio, ví muchos infelices que padecían crueles tormentos, lamentables y, al parecer, de sufrir imposibles crecían las infernales penas. Aquí se apareció mi buena fortuna, con no haberla en el infierno, sino que le sea menor pena de la merecida.

Sacóme de aquel lago de azufre, pez y resina, donde no padeciese y viese padecer; que lo mismo pasaba en el mundo, dijo. Y yo codiciando saber, por qué les daban tan grandes penas los demonios, respondió que algunos eran los que imitaban á los floridos almendros, que anticipados á persuadirse anuncios de la primera hermosura, desvanecidos en darle principio, presumiendo que la rosa, jazmín, lirio, azucena, clavel y las demás flores y bellezas, jaspes y maravillas no le podían competir de intrépidos eran fulminados de los hielos y célica inclemencias. Otros, por haber quitado la vida á quien no les hizo ofensa, pagados con dinero, con esperanza ó con semblante de lo que podía ser.

De este peligro me sacó mi fortuna y animándome á llegar al patio, desapareció y cuanto había visto. Halléme en un lugar que decía las letras que ví, no de oro ni diamantes, sino de pobre y deslucida tinta: *Casa de la Desdicha*. Era quien salió á impedirme la entrada una bellísima hermosa dama de pocos, si bien dichosos años, en imitar al cielo su cara de nieve y rosa armada como la diosa Palas, con su escudo

cristalino al pecho y lanza sangrienta en la derecha mano. Temor y horror me causó, y desnudando la espada que nunca la perdí, fuí á impedir el estorbo de no pasar adelante, y díjome:

—«Vuelve desdichado á tu reino, mira que si entras en el mío, te perderás con los demás que le habitan.»

Respondí:

—«No puedo volver atrás, dama hermosa. ¿Cómo puede ser desdichado quien merece ver tan rara belleza? ¿Qué mayor gloria que morir viendo lo que tal maravilla angélica advierte? Quiero morir donde os vea, no será difícil creer que en la gloria.» Y replicó:

—«Lástima os tengo, caballero; agrádame corazón y valor; entrad, quiero mostraros mis desdichas, que habiendo procurado cuantos remedios humanos y divinos ha podido prevenir el cuidado y desvelo, consejos, estudios y cuanto la piedad ha llorado y ensangrentado el castigo, no se ha podido hallar remedio. Mis riquezas, tesoros, oro y plata, rentas, joyas y diamantes, se han desvanecido con hurtos y robos de los otros reinos, de forma que os

quiero mostrar en las desdichas que he venido á parar. Comenzando á llorar, díjele que para volverle á enriquecer bastarían tan hermosas perlas, y cómo estaba tan pobre, que á reina tan poderosa no le podía faltar. Respondió que tenía empeñadas todas sus rentas y vendidas cuantas joyas había tenido para defender sus vasallos y reinos; y con esto me llevó á su alcázar, en e cual puse apenas el pie, cuando se hundió la parte donde le puse, y me hice una herida en la reja que estaba debajo del ladrillo que pisé. Allegó la dama á levantarme y se halló tan débil que no pudo.

La señora desapareció, quedé sólo y turbado viendo que en una pobre cama, con solo un cobertor negro estaba amortajado, la cara descubierta, un hombre mancebo; y por diferentes partes de los pechos salía abundante copia de sangre, en que la sábana de la mortaja se bañaba; y fué tan desdichado, que muerto y desangrado, saliendo de otra pieza dos feroces enemigos, cubiertas las caras, le dieron con las dagas desnudas, sobre las que tenía, tantas heridas, que no le quedó en su cuerpo cosa en que sin ella las pudiese recibir. Luego encendie-

ron fuego, que pareció de alquitrán, y quemaron el cuerpo y cama del difunto; crueles se fueron por diferente parte. Temí lo mismo, y luego ví otra mayor desdicha, que habiendo cortado la cabeza á un caballero que lo parecía en el vestido, y enterrándole en una sepultura que cerca de allí estaba, acudió uno que parecía juez severo y riguroso, y diciendo muchas injurias á los que le habían enterrado tan presto, les hizo que le volviesen á desenterrar, y le pusieron en la parte donde le habían cortado la cabeza, y salieron dos desiguales feroces y hambrientos leones que haciéndole pedazos al que decían que había sido león, le tragaron sin que la muerte pudiese impedir el cruel hado infeliz de su fortuna.

Entré en una sala muy grande, huyendo de casos desastrados, y comenzó terrible tempestad de rayos, truenos y relámpagos y aguas tan apresuradas, que temí y presumí haber caído de una vez cuantas en un siglo pudiera llover el cielo, y si venían en ellas las cristalinas no lo parecían en el turbión. Había en aquella sala formada una ciudad con mucha gente, que hombres, mujeres y niños se anegaron y perecieron en

solo un punto, con muchos bienes y riquezas, que se vieron perdidos y consumidos. Los lamentos, lágrimas, dolores y penas, eran en comenzando la desdicha, tremendos. Otro diluvio miraba, los niños cortando los pechos á sus madres por no desasirlos, ya sangre la leche; los maridos que lo parecían con sus mujeres y los hijos con los padres abrazados. El juicio y fin del mundo pareció haber llegado, sin quedar sola una persona viva si no fuí yo temiéndole también.

Ya presumí el fin de tantos prodigios, cuando se me fué acercando, que salió de una cueva, aparecida de improviso un áspid feroz; pareció que volaba, saco la espada y con gentil denuedo voy para la serpiente, creyendo que los áspides de Cleopatra eran fabulosos, que no murió de haberlos puesto al pecho sino de veneno bebido en vaso de oro; ni sus criadas, como dice Juan Bocaccio, imitando con otros dos áspides á su señora, que eran muchos áspides y no á propósito en lo femenil sí al más valiente César por si era horror uno, sino la conjuración de Catilina y guerra de Jugurta ó Numancia. Tales vuelos daba el áspid acometiendo, que le tuve por la Cerastes, aunque le faltaban los

cuatro cuernecillos, que cubierta de arena y dejándolos fuera matan á las aves que los codician. Nunca va derecha, no se revuelve sino al través con tal velocidad que San Isidoro creyó no tener espina.

El áspid venenoso, que también imitaba al basilisco en tener alas, se vió acometer con tal osadía que pareció temía (que sólo el animalejo á quien falta el corazón no teme), y aquí pudo el instinto lo que en la garza, que no grita hasta que sale el neblí ó halcón de la mano del cazador que la ha de matar, no para alimento sino por bizarra tiranía y heróica vanidad. Tendióse en el suelo el áspid y puso un oído tan igual con él, que pareció le escuchaba, y tapó con el fin de la cola el otro. La destreza y cuidado admiró, temiendo más el encanto que la espada. De que esto hacían el áspid y otras serpientes al encanto del que temían encantador, sabía yo las palabras y para que las oyese le tiré una cuchillada, que hurtando el cuerpo, dió más que salto un vuelo, y antes que pudiese prevenir lo sordo le conjuré diciendo las palabras del encanto que no se ponen aquí, por si el pacto liga al que no lo sabe.

Esta opinión de si liga ó no al que sabe el encantamento y no hizo el pacto, para valerse de él está dudosa si al punto ví que era cierto; porque el áspid, desenroscando las vueltas que dadas en cuerpo humano tienen tal hielo y frialdad, que parece imposible poderlo sufrir; extendiendo el cuerpo, quedó sin movimiento y al parecer sin memoria. Llegué, tomé el áspid y pasándole de una mano á otra, y arrojándole al suelo, no hizo resistencia, ni su veneno dió indicio. Cortéle el cuerpo, hícele muchos trozos y admiré el suceso.

Luego ví cosas peregrinas y diferentes. Una letra al pie de unos despoblados y lejos curiosos y de rico pincel, decía *Scithia Asiática;* la pintura de muchas tierras donde había abundancia de oro y piedras preciosas amontonadas, unas en que residían las luces como en el sol, y con desperdicios otras, pintados muchos grifos, aves ferocísimas y crueles que daban á entender la causa de no haber llegado hasta allí la codicia. Son aves de cuatro pies, semejantes en todo al león, sino en tener pico de águila; habitan en los montes Rifeos, si difícil que la codicia haya temido los grifos, despre-

ciando tormentas y calmas del borrascoso mar, Sirtes, Caribdis, Scila y con otros peligros invencibles.

A donde estaba yo salió un hombre mancebo con dos gruesas culebras enroscadas por los brazos, áspides también parecieron, y como si me hubiera conocido, hablando lengua que entendí, me dijo viese una maravilla portentosa si en la parte donde estaba las había de ver, que picándole sobre el corazón bebería de la triaca que me mostraba, sacando una bien de cristal redomilla sin matarle el veneno, á que viese los secretos que allí había. Yo le respondí agradecido, y con esto puso los áspides al pecho sin ser Cleopatra, y le dieron dos fuertes bocados de que reventó sangre denegrida.

Comenzóse á quedar muy descolorido y turbado. Desasidos los áspides, y pareciendo dar fin á la vida (tal debía de ser el veneno), tomando de la triaca volvió la sangre á su lugar y quedó como si no hubiera pasado por peligro tan desesperado. Los áspides huyeron y volví á decir al aparecido estimaba haber visto el milagro de naturaleza. Replicó:

—«Pues aquí traigo otra redomita (que

sacó) de tan fuerte veneno, que basta una gota á dar muerte á quien la probare, y con sólo palabras que yo diré no puede hacer daño.»

Díjele que renunciase al pacto. Respondió qué era el pacto; que ni lo sabía ni lo había hecho. Repliquéle que lo renunciase, aunque no lo supiese y vería el suceso. Renuncióle, y tomando el veneno, que era muy eficaz, comenzó á temblar, y aunque dijo las palabras contra él muchas veces admirado, no le aprovechaban. Comenzando á turbarse desesperado de la novedad se desfiguró, y viéndose mortal dijo:

—«Oh, señor, que me habéis quitado la vida.»

Cayó en el suelo diciendo:

—«Muerto soy»; y quedando como los heridos de aquella ponzoña, le ví muerto. Al punto se abrió sobre lo que había caído, y con temerosos aullidos y gemidos desapareció.

De aquí dijo don Juan, presumí haber pacto, y que el pacto no renunciado aprovecha al que le hizo y al que no le hizo; y que renunciado, aunque sea por el que no vino en hacerle, preciso que le cueste la

vida. De que parece á propósito que no deben usar de él, ni el que le hizo, ni el que no, ni usar de lo prohibido, aunque se ignore el pacto.

Con esto ví, dijo don Juan, que alcázar, edificio y cuanto en ellos había se desapareció, y me hallé solo sin saber donde estaba, turbado y con poca esperanza de vivir, aunque reconocí no haberse dado fin á la aventura.

Aparecióseme otra sala de héroes y valerosos príncipes, también en retratos; y uno, de admirable y real presencia, decía la inscripción: «*Ejemplo de lealtad*, Diego de Avellaneda». Fué un gran caballero, hijo de Lope de Avellaneda, señor de Villaverde y de doña María Fajardo, nieto de Juan González de Avellaneda, señor de la casa de su apellido y de la de Fuentealmejir, antigua y generosa en estos reinos, á que ya se había juntado la de Aza, de ricos hombres, caudillo mayor de los escuderos del señor rey don Juan el Primero y su alférez mayor, y de los dos hermanos don Pedro y don Enrique; y de doña Leonor de Rocaful, señora de Abanilla, su mujer. Entrególe el infeliz maestre don Alvaro de

Luna, su villa y fortaleza de Escalona, con sus tesoros, y con mayor confianza los de su hermano, y estado en su mujer é hijos que en ella estaban. Bien guardaría la casa de su maestre el comendador y trece que dejó derribar la suya en Illescas, heredada de doña Leonor, su abuela, por resistir á los infantes de Aragón, que por el Marzo del año 441, entraron á aquella villa en su seguimiento.

Hizo homenaje de defenderlos, más que su propia vida, obligado por la fe y por la sangre (era cercano deudo del maestre porque la misma doña Leonor fué sobrina de don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, y á esta causa la había dado grandes heredamientos en aquella villa).

Pudieron persuadir los émulos del maestre al señor rey don Juan II que le prendiese en Burgos, dejase en Portillo y fuese en persona con su ejército á sitiar á Escalona, donde halló tan invencible defensa, que obligó á mudar la batería contra el más importante (pero ya rendido) fuerte, que fué la vida del maestre, á quien con el cañón de una pluma pudo derribar sobre un cadalso, haciendo el tiro tan cierto, que ha-

biendo armado y disparado sobre el real de Escalona, hizo su efecto en la plaza de Valladolid. (Prodigios contamos, y por eso de buena gana y á propósito esta historia.) El fiel alcaide que pudo resistir á los contrarios de su dueño (que con el nombre real cubrían su pasión), no pudo á la desdicha y así volvió los ojos á la defensa política de la viuda condesa, y supo antes de entregar la villa al rey sacar en favor de ella el condado de Santisteban y la mitad de los tesoros del condestable.

Conoció el rey la constancia, la lealtad, la prudencia, el valor militar y civil del alcaide, pues siendo su regidor de Toledo desde el primer nombramiento de regidores que hizo para aquella imperial ciudad el año 421, fué doncel pregonero mayor y maestresala. No bastó para que faltase á lo riguroso de su homenaje, pintando el respeto y obediencia real á la defensa de su señor; y agradado de la virtud, le mandó entregar la misma villa y fortaleza con título de su alcaide en ella y en la de Almonacid, y dos mil doblas con la villa y fortaleza de Langa, que después su hijo Diego, también comendador, vendió con otros va-

sallos al conde de Miranda, su primo, pasando el regimiento á hijo, nieto, biznieto y rebiznieto en el mismo comendador Diego de Avellaneda (por merced del rey don Enrique) en Tristán y luego en Fernando, y últimamente en Diego, cuyo hijo licenciado don Jerónimo de Avellaneda, Manrique, alcalde de la casa y corte de su majestad (en quien la varonía legítima ha quedado), no pudo atender á cuidados de aquella ciudad por asistir á mayores obligaciones en que desde sus primeros años se halla ocupado de que no están olvidados los anales de nuestros tiempos donde se podrá ver, y el sutil peregrino ingenio que logra presentes cuantas maravillas produce milagro la memoria, acreedor á los derechos y leyes por de las únicas inteligencias de sus almas y luces de los que nacen de siglo á siglo, y en quien se admiran unidas valientes letras y sangre generosa de las dos ilustrísimas casas de Avellaneda y Manrique.

Con esto, pareciendo largo el discurso, se le dió fin hasta la noche siguiente, que volviendo á proseguir dijo don Juan:

—De aquí por abreviar, pasamos á otra sala de tanta diversidad de imágenes (que

era muy devoto) y de escritorios con secretos que sólo el dueño ó el demonio acertara los que me enseñó; y temiéndome divertido, vistas aquellas portentosas y extraordinarias curiosidades, yendo á pasar á otra sala, hallé tan cerrada la puerta por donde entré, y tan sin memoria de que la hubiese habido, que creí quedaba emparedado. Comenzóse á reir, no me acuerdo si ambos de un hombre, y díjome:

—No tema v. m., que mayores tropelías hice en su posada cuando estábamos en Sevilla; quiérole bien y le pienso regalar y servir; y llegando á un escritorio el más curioso de los que tenía, sacó un retrato de su pincel, que era estremado, y me lo dió y dijo:

—«Este servicio quiero hacer á v. m., señor don Juan, tome el retrato que le doy en esta caja de oro, que me costaron doscientos escudos las historias del cincel y lo valiente del arte; mire la belleza de esta dama, divina su hermosura, los años pocos, la gracia mucha, el donaire, lo entendido, peregrino al parecer, y busque el dueño que ha de ser con quien se ha de casar». Toméle, besé el reverso, no atrevido á no ser

corto y besé al caballero la mano por el favor y merced que me había hecho. Púsele al lado del corazón donde le he tenido adorado con respeto y sin ofensa.

—Señor don Juan, dijo Blanca, y qué se ha hecho. ¿Tiene ahí el retrato?

—Sí, madama; respondió.

—Pues démele que lo vea.

Replicó, no le podía mostrar hasta acabar la historia que se desaparecía sin haberle dado fin, que fué advertencia del caballero.

—Váyase, vuestra señoría con Dios, señor don Juan, á contar sus prodigios á la dueña del retrato, que habiendo de ser mujer suya, á ella se le puede contar. ¿Y nunca ha sabido quién es?

—Sí, madama, respondió, ya la conozco, ya la adoro, ya peregrino por su belleza.

—Adios, señor don Juan, si no me da el retrato, dijo Blanca.

Y don Juan, que como su excelencia le guardase sin verle, dándole palabra de cumplirlo, se le daría, prometiólo y dióselo.

¡Tristes de los amantes que se fían de palabras ó juramentos; que miente quien jura

y ama! Tomóle Blanca más de lo que solía, que la sangre fugitiva de la cara se fué al corazón.

Abrasada estaba de celos y agraviada de la ignorancia de don Juan, dijo:

—«Aquí desdice de lo que debiera».

Púsole al pecho y temióle áspid.

—Prosiga vuestra señoría, la casa encantada que temo lo ha de ser ésta.

Don Juan penetró celos en Blanca, si viendo que eran en blanco no temió.

Había en el cuarto bajo como cien instrumentos curiosos y de gran riqueza, hasta las fundas y cajas y todos los tenía el dueño con destreza y ciencia tan no entendida que me dijo no había alcanzado el alma de la música ni la antigüedad, ni cuantos hasta aquel día le habían sucedido, sino solo él, y quería que un bufete, una silla y otras mil cosas estuviesen con su arte en música, y decía lo que estaba ó lo que no, consultándolos con un instrumento que había penetrado de puntos y medios; y tenía lástima á los inventores y aún tenía asomos de culpar la naturaleza; pero esto debía de ser quejoso de un agravio que le había hecho. De cuantos nombres tiene la Sagrada Escri-

tura y había inventado la curiosidad y sutileza, los tenía muy duplicados y en todos hacía dulces y divinas consonancias. Tenía los cuchillos con que de muchos siglos á esta parte habían cortado las cabezas á los más famosos de adversa fortuna que decayeron de la próspera; muchísimos espejos pequeños y grandes y grandísimos de vestir y armar, y cada uno hacía diferente el rostro que miraba y algunos se hallaban gigantes, monstruos y demonios; otros á una vista miraban más de cien retratos suyos; plumas de vidrio de todos colores, esencias de las curiosidades de aquella ciudad de quien dijo un poeta:

Que no son tan mudables venecianos.

Las joyas, las curiosidades, lo artificios, lo rico, relojes demostradores y de campanilla de los excelentes maestros de París, un peso tan sutil, que inclinaba el fiel una ala de mosca más en la una balanza; tales riquezas y curiosidades que no tenían los precisos números, ni se podían numerar.

En toda la casa había fuentes de aguas puras y cristalinas, perennes y perpetuas con tantos y no imaginados burladores que

no podía el maestro, dejar de ser burlado. Fingía fiestas y tempestades; las fiestas de músicas y voces diversas, celestiales si no vistas, solo oídas; parecía haber juntado allí los coros angélicos, á cuya dulzura, paró el aire y el sol. Por los corredores altos pasaban figuras fantásticas de galanes con criados, de damas con dueñas y doncellas; las galas y atavíos ricos y costosos; las tempestades de agua, truenos y relámpagos, espantosos y temerarios que al sueño pusieron temor. Disparaba entre aquellos tronidos la tempestad rayos que abrasaban lo que de la casa acertaban, desmantelando el edificio y temiendo otro diluvio; no quiero cansar más por esta noche á vuestra excelencia que se ha diferido; la culpa el reloj, que á este punto dieron las once.

Blanca se despidió alabando la casa encantada y el historiador, celosa hasta ver el retrato.

Don Juan sin cuidado de ofenderla se fué á donde le recibió Isabela con el que le deseaba.

Si no cosaria, madama penetraba la mayor dificultad; fué á que se sirviesen las viandas, no con sobresalto de celos, que

poniendo la mano sobre el corazón le halló quieto.

Después de sola en su cámara, y de haber sacado el retrato del pecho, hizo este discurso:

«Don Juan es discreto, prevenido, astuto y de ingenio sutil; es fuerza que este retrato sea mío y que le haya hecho hacer en París por el que le envié y el que vió en su cuarto haciendo lisonjeras reverencias, luego que le vió; finge habérsele dado el dueño de la casa encantada, la encantada es la mía y don Juan el encantador. Calló el haberle visto, que tiene arte en todo; si no engaña con la condición y fuese verdadera que podría, aventuro no menos que la vida y el alma. Dice también que si la que viere el retrato antes de haber dado fin á la aventura el dueño, no tendrá efecto el matrimonio; á la historia se le da mañana en la noche, y aventurar por tan breve término lo que yo, es fuerte osadía. Si el retrato es ajeno, y yo le veo, será dicha que no habiendo de ser la que le viere, con quien se haya de casar, cierta quedaré que seré la que ha de lograr mujer al español.

Terrible puede ser el suceso, y sacar un

encanto de otro (como el que oye una injuria y de aquélla previene otra mayor al que se la dijo) es de la sutileza del forastero. Mas ¿quién podría tener paciencia y pasar veinticuatro horas sin ver su vida ó su muerte, estando en su mano? Perdone el vivir ó morir que tengo de ver lo que es.

También sería locura aventurar cosa de tanto peso, el bien ó mal, hasta el último día.

No tomaba Blanca resolución, que aventurar á perder lo que se ama, pone mucho temor.

Tapó con la mano todo el retrato, que estaba en una lámina de oro; y como el diestro jugador que brujulea la carta de oros y de espadas que le falta; que espadas para matarse y oros para enriquecerse, la voluntad buscaba la palomilla mansa hermosa; fué retirando del cabello la mano del nombre, y mirándole en las primeras trenzas de sí mismas, los crespos rizos, también de oro; las flores y cintas, redes ó enredos de tantas almas, conoció que hasta allí era madama el daño. No osaba proseguir, por haber en Francia otras que se tocaban con el mismo veneno. «Aventurarme quiero, di-

jo, que no soy yo quien debe temer. Esto debiera don Juan si de su mirar no dudo sino el retrato». Descubrió la tembladora mano, como hoja de aquel árbol de paraiso la blanca frente y vió que era de blanca nieve, ó bruñida plata que dicen los poetas, que pagan en esta moneda de que ya aun á las blancas no satisfacen, que son morenas en desengañadas de las lucientes perlas de la aurora, diamantes y rubíes, quieren más un doblón traidor, por de dos caras. Esto de dos caras se había de excusar; dícese para la ignorancia, que lo entendido, vió que doblón traidor era por ellas; si no importa que hay tantos dedos, caras en las cortes que se desea uno sin ellas.

El retrato hasta allí creyó madama espejo verdadero; aventuró á bajar la mano á las estrellas que parecía del reloj en ir señalando si no las horas, las que eligiera el amor, para ver las que daban más hermosas luces que el sol á la salva de las aves ó al despertar el aurora; conoció, no segundas causas, sino primeras, descendió á los que dijo el poeta:

Que en el campo de la cara
tantos agravios han hecho.

Aquí agravió el pincel con poca destreza por no imitar sutil rara perfección. Volvió madama á ver los arcos de los triunfos, las pestañas, saetas del amor, y mirábalas tan largas, que les pudieran hacer alforzas. Ya se reía Blanca, y quitando la tapa del todo, halló que entre perlas y claveles imitaba su misma risa, menos de maravilla la del alba. Conoció la rosa y jazmín de su belleza, guardó el retrato para espejo y el desengaño del encantamento, de que no tendría efecto el matrimonio de don Juan con la dama que le viese antes del fin de la historia. Paró con la inadvertencia de don Juan, si no fué agudeza que el pintor puso á una parte su nombre, prosiguiendo el *Faciebat*, y era Astolfo el que había hecho el de madama, de que le copió y fué el Astolfo de Angélica, sino de Orlando, que como el paladín restituyó el juicio, lo mismo hizo con la francesa que ya le tenía perdido otro Astolfo. Y tomando recado para escribir á don Juan y enviarle á la mañana no muy lejos, dijo así:

«El riesgo de ver el retrato del encantador era sin acabar de oir la historia la Dido de Eneas no ser mujer de vuestra señoría.

Héle visto, y es mío, y como no lo había de ser no me importa. Otro encanto prevenga vuestra señoría para esta noche, última de sus encantamentos.

Madama.»

Rendida del sueño, tirano de la resistencia, contenta de haber acertado el no difícil enigma, adormeció sus cuidados; que del honor y del amor martirizan desvelos.

A la mañana recibió don Juan el papel; temiérale si dudara voluntad de madama, que decir: *Y como no la había de ser*, *no me importa*, y hablando de la noche, la última de sus encantos, al más confiado, más su memoria de aquel día, como dice el soneto del sagrado amante, que durmieron en una cama, no temió el fin de la aventura prodigiosa, que á la noche pasó con madama, discursos del retrato y del papel. Hicieron las amistades, que madama pretendía sangrarse para que bebiesen ambos, no para conjuración de Catilina en Roma, sino para las paces eternas de Francia. Y don Juan prosiguió así, que sólo le faltaba por maravilla rara, dar cuenta á su excelencia de lo que había oído en Salamanca de los auxi-

lios eficaces ó suficientes, y de la sagrada Teología, y dijo:

—Oí diversas lecciones del maestro fray Angel Manrique, honor de su religión, hijo único, y universal heredero del ingenio, amor y dulzura del santísimo y dulcísimo Bernardo, sagrado amante de la Virgen María, Madre de Dios, concebida sin culpa, sin mancha del pecado original. Manrique, por su ilustrísima casa, heróicas de victorias, palmas y eternos laureles, por quien el templo de la fama hasta los dorados techos colmó de banderas y despojos de enemigos triunfos gloriosos de inmortal memoria. Por ángel de luces y esplendores, el que más parece imita divina inteligencia de armonía celestial, que á ser posible, como de la insigue Universidad de Salamanca que ilustra, pudiera serlo de aquella provincia, que ángeles heróicos dió el cielo á muchas del orbe por defensa y amparo de sus muros y vidas.

Y volvió á prôseguir:

—Más cuidado me daba Ricardo y mis criados que mis peligros. La mesa y vianda se desaparecieron y yo me hallé en una larga plaza de una populosa ciudad, y en un

mármol había una tarjeta que letras arábigas decían, habiéndolas entendido, que no fué dificultoso: *Constantinopla*. Luego ví que salían por diferentes calles cautivos cristianos, y entre ellos, uno, gigante en la proporción, no bermejo, bermejísimo, que me admiró. Este se fué y salió un turco que parecía persona de importancia, y habló en secreto con los cautivos; estaría media hora con ellos, fuése; y yo admirado de que pudiese el encantamento representar lo que el encantador había fabricado, y que esto pudo ser ponerlo sin pasar por ello en mi imaginación, allegué á los cautivos y preguntéles, como á gente española, qué les quería aquel turco; y viéndome cristiano como ellos, aunque se admiraban de verme libre, me dijeron:

—Mostafá (este era el nombre del turco) nos persuade que le entreguemos á Rodrigo, nuestro compañero, que es el que ahora se fué, y que nos dará cuatro mil cequíes ó doblas de oro; aquí le tienen por grande hechicero, y es el que da á los turcos los venenos que han menester para sus maldades y hechicerías; tenemos temor, que siendo bermejo y diciéndose por pro-

verbio en Castilla, que de los bermejos se puede hacer veneno, le quiera matar para hacerle dél. Hémoslo dicho á Rodrigo, y dice que tomemos los cequíes y se le entreguemos, que con ellos nos podremos rescatar, y él sabrá librarse de Mostafá y de cuantos turcos hay en Constantinopla, tan valiente español es, tantas han sido en la parte que cautivó las fierezas y destrozos que hizo. Mayores las hice yo contra los cautivos por haber admitido la plática. La disculpa fué que Rodrigo lo quería.

Con esto fueron por los cequíes y quedaron de enviarle allá á Rodrigo, diciéndole que el turco le quería hablar. Vì que salieron de la casa de Mostafá, de allí á no mucho tiempo, con el dinero que me mostraron, y que después de una hora entró Rodrigo en aquella casa, pero no salió en más de dos, y lo que supe después fué que estando el turco sentado en sus almohadas, en una gran sala, sobre una bellísima turca alfombra, donde Rodrigo no podía temer traición de él ni de sus criados, que no vió ninguno, fiado en las armas secretas que llevaba y en su valor, se fué para Mostafá, y al llegar cerca se abrió la parte donde

tenía el triste Rodrigo los pies, y cayendo de súbito, se volvió á su sér la sala. Pues viendo los amigos que el suyo no volvía á salir en más de cuatro horas, imitando á Judas, sin ser bermejos, en la venta, y en ir á volver el dinero de la compra, que amigo llamó también á Judas su Maestro vendido, paseaban llorando por la puerta, entrando en la casa y saliendo, hacían demostraciones lastimosas, de manera que el turco lo vino á entender, salió á ellos y díjoles: «¿Qué queréis? ¿Buscáis á vuestro amigo?» Dijéronle que sí, que se les diese y tomase sus cequíes. Respondió: «Aguardad, que yo os le quiero mostrar»; que á mostrársele azotado fueran dichosos. Pues el turco entró y les dijo que aguardasen, y les hizo subir á la sala, donde Rodrigo el desdichado fué sacado con una garrucha por la misma parte que había caído.

¡Oh, fortuna cruel! ¡Oh, hado riguroso! Maldito sea el interés, que tan tramados delitos ha eternizado en el mundo. Salió (no me atrevo á decirlo), colgando de sus pechos, brazos y las demás partes de su cuerpo desnudo, áspides, culebras de diferentes maneras, sapos, y tantas venenosas

y fieras sabandijas, que moríamos, habiendo entrado yo con los cautivos, de temor.

Estaba el pobre Rodrigo sacados los ojos, tan hinchado y venoso el cuerpo, todo morado y denegrido, que fué horror tremendo verle.

Comenzaron otros turcos á cortar los pedazos de la carne más podrida é hinchada, y aquellas venenosas serpientes, como estaba encima de una mesa, y las iban quitando de lo que cortaba, ya cebadas en aquel miserable cuerpo, asían de lo que le iban dejando; y de esta suerte le volvieron á bajar á la cueva, de donde le habían subido.

Las lágrimas de los compañeros, mías, y las voces, los llantos, fueron tan terribles, que el turco les dijo callasen y se fuesen si no querían pasar por la misma pena; que si habían sido amigos traidores, y vendidos al suyo, no se agraviasen del comprador. Con esto se fueron tristes, lastimados, maldiciendo la hora de su nacimiento y de la venta; se desaparecieron turcos, cautivos, ciudad, plaza y cuanto había visto, que no quedó memoria. Yo me hallé ya no en la plaza, sino en una sala grande aderezada de damascos de dos colores, el

suelo de alfombras de seda, muchas sillas vueltas á las paredes, que no habiendo dosel me pareció grande vanidad, gran necedad ó gran ignorancia, no siendo en casa de algún señor, y no habiendo otra en que sentarse.

Madama le dijo:

—Señor don Juan, mucho me ha entristecido la muerte acerba y lastimosa de Rodrigo y he sido con vuestra señoría en la piedad. Considero lo que falta á la historia, qué temeraria caída sería la del pobre cautivo de aquella sala tan aderezada á la cueva oscura, teniendo prevenida la parte por donde había de caer; que menor tormento fuera el del infierno; que crueles venenosas culebras, serpientes, basiliscos y sangrientos áspides, harían pedazos aquel cuerpo desventurado con sus dientes venenosos; qué de ponzoñas le comunicarían; qué sacarle los ojos y el corazón, hasta las entrañas; qué dolores y tormentos padecería; qué sin piedad le sacarían los bocados; qué no hallar auxilio ni remedio; sólo padecer pidiendo á Dios, Nuestro Señor, remedio y perdón de su atrevimiento, que tan crueles martirios le costó.

No me cuente vuestra señoría más desdichas si no me quiere ver muerta.

—Parece, dijo don Juan, que vuestra excelencia va acabando de contar la historia lo que yo debiera haber ponderado; y con lo que diré brevemente, habremos llegado al fin. Halléme en una cuadra donde estaba un hombre, Nestor, sentado en una rica silla, tan soberbio y arrogante, que despreciaba cuanto cielo y tierra descubría, que á la luz del cielo puso la silla. Tenía la soberbia á los pies, despreciando las tiaras, laureles, cetros y coronas á los suyos, donde estaban estos versos, que los hizo el poeta viéndola en cama:

Estaba la soberbia en una cama
De tela riza, en sábanas de velo,
Del cielo imita la encendida llama
Aunque á la cama le faltaba el cielo.

Mejor se pudieran decir al soberbio que á la soberbia; parecía estaba presumiendo que sólo era el primero del mundo, tan loco, tan desvanecido se hallaba y parecíame que tenía algo de la soberbia; un grande espejo delante de sí en que se estaba remirando. Era en soberbia el Narciso feroz que enamorado de su hermosura de ángel, antes de

soberbio, bajó del aquilón al profundo abismo, á los tormentos y penas infernales, al tartáreo reino, á ser demonio; desdijo de Luzbel en no haber llevado tras sí la tercera parte de las estrellas, que no hubo ángel tamaño espíritu que le siguiese; y estando transformado en amor propio y en su misma idea, ni la cosa de mayor admiración y fué que á puro desvanecimiento se fué exhalando y se deshizo y desapareció, quedando su cadáver ni sequísimo esqueleto, llevósele el aire; que todo era cosa de aire cuanto allí había, y estábase quejando de él un famoso capitán á quien había quitado lo que tenía adquirido, tan necia era su vanidad.

—Más parece imaginación de la sutileza de vuestra señoría, señor don Juan, dijo Blanca, que de la cueva encantada.

—Que adivina vuestra excelencia mis pensamientos, puedo decir. Estoy mal con la soberbia desvanecida y le digo lo que ví en la cueva.

Otra vez se apareció la mesa y vianda en que he visto la discreción del encantador, sabiendo que comen los no encantados. Después me hallé á la ribera de dos lagos teme-

rarios y de horror mortal, uno de pez y resina y en él tantos á manera de demonios con garfios y ganchos de hierro, que perseguían y martirizaban diferentes géneros de personas, aullidos tristes daban; las llamas y humos que salían eran de azufre y de terribles olores, aunque no se llama olor, así se dice á excusar la voz fea, atormentaban los tristes cuerpos con penas temerarias, quejas y bramidos daban como fieros leones; todo era guerra á sangre y fuego, sólo para ser guerra faltaba la defensa que desnudas como al nacer y padeciendo como al morir, juzgué ser las almas de los condenados.

El otro lago, también profundo, imitaba la Estigia laguna en el azufre sucio, aguas negras y espantables, aquí había navíos y barcos donde con ver estos horrores había muchos que se embarcaban para el otro lago, que no habiéndolo visto hacían á él su navegación, aunque lo habían oído; por dicha eran de la opinión del conde Agamón, al mandarle cortar la cabeza, que dijo:

Veamos este secreto.

Yo había de pasar á una floresta amena y deleitosa, y unos jardines á la más

bella primavera que el mes gentil y florido Mayo lograron, donde resplandecía un alto alcázar, un rico edificio, que mirándole atento le presumí casa del sol, un balcón como el de la bella Aurora, una dama bien más hermosa y de no fingidas perlas, no estaba lejos, que discernía su belleza y hermosura, y con un lienzo que juzgué bandera de paz, me llamaba. No había con qué pasar á la gloria que miraba por tantas penas, como dicen de las que padecen las almas en el purgatorio. Pues al punto se me ofreció aparecida una puente bien espaciosa y con su defensa de pretiles y pasamanos para no temer la caída en los lagos.

No perdí tiempo, entré en ella, y como iba pasando se iba cayendo en aquellas feroces llamas lo que iba dejando atrás. Halléme turbado y cuando llegué á la mitad del puente se dividió de forma que de la parte donde yo estaba á lo dividido habría cuatro varas de largo.

Desmayé y presumí ser mi desdicha mayor que todas cuantas había visto, y que perdía el nombre y fama de haber emprendido tan heróica aventura y haber perdido la gloria que esperaba.

Tal vez Tántalo me ví, invoqué el auxilio de Dios Nuestro Señor y de su bendita madre, y del padre de mi buena fortuna.

A este tiempo aparecieron muchos hombres armados de la otra parte del puente á donde yo pretendía pasar, y comenzaron la más cruel y sangrienta batalla que vieron los campos catalanes, y aquellos donde César y Pompeyo pusieron en medio el mundo. Los que caían heridos ó muertos eran luego echados de tan inmensa altura al lago de sangre y fuego, donde con los demás eran atormentados; y así poco á poco se fueron matando unos á otros sin quedar más que el último, que viendo á los demás muertos y echados en el lago, vivo por no haber quien le matase, de su voluntad se precipitó, y fué con los demás á padecer aquellas penas infernales, que más son los que las padecen por su gusto que por fuerza. Yo moría de temor y consideraba que mi fortuna permitió la división del puente, que si aquellos feroces soldados pasaran á donde estaba, también fuera con ellos á los tormentos que allí padecían. A este tiempo se juntó lo dividido del puente, pasé con temor de otro engaño; dime prisa porque en levan-

tando el pie se caía lo que había pisado, y aunque no era á propósito discurrir, me pareció que los que van caminando para la gloria que no buscaba, no han de volver pie atrás.

Llegué al fin del puente del cual con el último paso no quedó memoria ni le volviera á pasar aunque no se hubiera desaparecido; los tristes aullidos, penas infernales y castigos al parecer de los demonios, no cesaban, ni el embarcarse para ir á ellos, tal es la ceguedad humana.

Entré en la casa del sol, hecha de diamantes resplandecientes y paredes de oro y plata, diversas piedras preciosas, fuí pasando por diferentes salas y adornos hasta llegar á la esfera del sol. Era aquella dama hermosa que me llamaba desde el balcón del Alba, qué bello sol era. No parezca lisonja. Aquella divina hermosura de aquel sol bello era vuestra excelencia, á quien ofrecí la vida y el alma; y estando á sus pies desapareció casa, sol, luces y cuanto había visto, lagos y asombro, y me hallé al fin de poco más de dos días en la misma parte donde había dejado á Ricardo y á mis criados, que como fieles amigos, si no fué á traer la co-

mida del más cercano lugar, no me faltaron ni dejaran el puesto hasta morir. Fuímos á dar gracias á Dios, á Nuestra Señora y al bendito apóstol Santiago, cumpliendo la promesa. Con esto perdone vuestra excelencia si le hubiere cansado, sino entretener el tiempo y con la historia no perder de vista el sol que adoro.

Madama respondió cuán agradecida y entretenida había estado con lo que mayor contento había tenido, y pues ya era acabada la fábula se comenzase la historia.

—Tengo en mi poder el título de príncipe de Viciñano de vuestra señoría; ya lo puede publicar, y luego hacer la fiesta; daré parte á sus majestades de mi deseo que quiero que vuestra señoría haga verdad su encantamiento. Háme sabido obligar, hemos dormido juntos; dándome licencia seré princesa de vuestra señoría, iremos á conocer los vasallos inculpando el señor dou Juan mis adelantamientos por los suyos. Estime voluntad y amor que le tengo no se acuerde más de Madrid, sino de madama Blanca.

A cuyos pies se arrojó el príncipe, besando la que ya no retiró, ofreciéndose por el primer vasallo de su excelencia que se la

besaba. Madama lo estimó. París tuvo á buena fortuna lograr tan heróico español y peregrino ingenio.

Supieron cuantos príncipes y clásicos había la *Aventura prodigiosa de la Cueva encantada*, y lo demás de este libro impreso, el asunto en aquella ciudad, donde tanto se aventajan las impresiones; este en el más ilustre y peregrino lenguaje que ha sido posible, que si al libro faltaron merecimientos, por él no dé á cada paso se debe de suplir y perdonar los defectos, á quien sólo desea servir, siquiera por escrito sin borrador, y á desvelos de que el sueño se halla defraudado, y en tan pocos días, contadas las horas que no se dicen, porque no parezca atrevimiento, entre obligaciones y ocupaciones de mayor y más alta esfera, que no dan más lugar, siquiera por que en este libro se ilustra Castilla, y en otro que se debiera he visto, que en tratando el tutor de dar honores á su patria, se pierde y pierde el juicio; y dijera yo que lo había perdido, si no pecara haciéndolo así, permitido su amor, no siendo de la corona que desestima. Que el alma de la historia consiste en la providencia, y no en la pasión; causa de

que el Jovio sea tan desestimado, y otros autores interesables.

Madama tuvo licencia de los cristianísimos reyes, dándola á don Juan por sus merecimientos y tener tal vasallo para ser príncipe de Viciñano, aunque no la dieron para vivir sino en París. Los monsiures, señores, la Universidad, la ciudad y la primera, Juliana Morella, se holgaron, le dieron el parabién. Casáronse, padrino el embajador de España; vivieron con muchos gustos y bienes, que hicieron á Durandarte, Isabela y á sus criados y amigos. En las bodas y peregrinas fiestas, se halló el señor de Lansaque y los otros deudos á quienes hicieron muchos servicios.

De los hijos y sucesos, si agradare esta primera parte, habrá segunda. Y porque no haya quien como dijo el poeta español en la comedia de *Amar, sin saber á quien,* el que le preguntase por la que dejó con el cojín apeándose á la pendencia; quien me haga la pregunta de qué hizo don Juan de los bienes y haciendas que dejó á Leonor en administración, digo que se los dió en propiedad, que para dar á las damas los caballeros, no ha de ser á saber que lo son; y

de los dos hermanos que pretendían el casamiento de la que venía de Valladolid, llegando á la corte, y sabiendo el mayorazgo el suceso (que no sólo tienen las paredes oídos, sino los campos), sin darse por entendido, antes que llegasen el hermano y la dama á Madrid, se fué á un monasterio de descalzos y dejó su mujer á su hermano y ocho mil ducados de renta. De manera, que á madama Blanca, obligó al matrimonio, en parte, haber dormido en la cama de don Juan; y al que había de ser esposo, saber que había estado su mujer casi en otros brazos.

No pareció en Francia que dejaba este libro de ser á propósito por lo moral y desvelos; que si no cuesta pocos un soneto, ¿qué no ha de costar un libro en que se da fin á

Las Aventuras ó Historias
prodigiosas de don Juan
Bernardo, y al ejemplo
moral de *tan varias*
fortunas?

(?)

EN MADRID.
Por la Viuda de Luis Sánchez
Impresora del Reyno,
AÑO DE M.DC.XXVIII.

ERRATAS

Pág.	*Línea*	*DICE*	*DEBE DECIR*
15	7	Leonor á D. Juan	á Leonor D. Juan
22	8 y 9	toledana puente	segoviana puente
26	14	porque no lo era,	porque lo era,
43	21	hermanos, y los tres. habiendo	hermanos, habiendo
92	5	alma ausencia	alma la ausencia
102	2	contrapuerto	contrapuesto
103	27	parecía don Juan	parecía á don Juan
105	4	Pierres, una	Pierres y una
170	18	por las	perlas
202	8	en su casa	en su cara
209	7	lleno	llevó
217	19	Blanca le fue	Blanca se fue
226	7	Blanca	Isabela
285	14	los tenía	los tañía

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 10 DE FEBRERO DE 1907,
EN LA «IMPRENTA IBÉRICA»
Á CARGO DE E. MAESTRE,
POZAS, 12.—MADRID